

Más que
un
Capricho

DAISY REED

Amor en Secreto

Más que Un Capricho

Daisy Reed

Amor en Secreto II

OceanofPDF.com

CAPÍTULO I

Matthew Jefferson no sabía por qué había aceptado asistir a esa cena. Bueno, sí. Sabía que era porque su adorable madre, Abygail Jefferson, había estado insistiendo todo el mes para que eso sucediera. Al grado de haberse ido desde Roostvalley, Oklahoma a Boston, Massachusetts a pasar la navidad.

Tenía ganas de ver la nieve, había dicho ella. Pero Matthew no se había tragado ese cuento tan fácilmente. Intuía que había un motivo oculto, y en ese momento estaba sospechando que no se trataba solo de negocios.

– Madre – intentó persuadirla él – no necesitamos viajar hasta Boston, los compradores que tenemos ya conocen nuestra calidad.

– No se trata de eso, hijo, se trata de hacer nuevos clientes – contestó ella– hay uno en especial que quiero que conozcas.

Matthew, mejor conocido en el círculo de ganaderos como Jefe Jefferson, sabía cuando había perdido una batalla y, no había tenido más remedio que aceptar. Así que ahí estaba, la víspera de navidad, junto a su madre y a un excéntrico anfitrión que no dejaba de hablar de las bondades de su hija.

Con tanto halago del padre, seguro sería un adefesio la pobrecilla.

Había pasado poco más de una hora desde que llegaran a la casa del posible cliente, situada en una zona exclusiva de Boston, cuando el anfitrión, de nombre Douglas Connor, había anunciado que su pequeño retoño los había dejado plantados. Así que la chiquilla además de fea, era maleducada.

La cena transcurrió sin ningún percance, pero poco antes de marcharse, Douglas los invitó a pasar a su estudio a tomar una copa.

Abygail se disculpó un momento, aludiendo que tenía que ir al tocador.

Matthew estaba por comenzar la discusión sobre su ganado, al parecer el señor Connor estaba interesado en que el Rancho Ganadero Kent, apellido de soltera de su madre, se convirtiera en su nuevo proveedor para los restaurantes de los Hoteles Connor, cuando un teléfono móvil empezó a sonar.

– Discúlpame un momento, Matthew, es importante – dijo Douglas saliendo del estudio.

Matthew no entendía la situación. No habían charlado ni un solo segundo acerca de negocios. Lo único que habían hecho Douglas y Abygail, era hablar maravillas de la pequeña Liz. Solo esperaba que no fuera cierto lo que estaba pensando. Porque según el rumbo de las cosas, pareciera que querían endilgarle a ese “dechado de virtudes”. No pasó mucho antes de comprobarlo.

Estaba por pararse para, educadamente, despedirse, pretextando una emergencia en el rancho, cuando el teléfono del estudio comenzó a sonar. Después de unos segundos, la contestadora se accionó. No sabía si era porque ese teléfono era una línea directa, o porque si solo él lo había escuchado timbrar.

Una voz familiar saltó del aparato.

– Hermano, espero que las cosas marchen bien. No me he podido comunicar con Abby. Espero que Matt y Liz hayan congeniado. Y ya sabes, si hay boda, espero que sea en el rancho Connor y no en el Kent. Hace tanto que no veo a mi Lizzy. Serán una pareja perfecta. Llámame en cuanto escuches el mensaje, Evelyn.

Casi se atragantó con el whisky, ya sabía él que había gato encerrado. Pero no le iban a endosar a esa señorita. Ni loco que estuviera.

Así que salió del estudio lo más tranquilo que pudo y esperó a su madre y a Douglas en el recibidor. Apenas podía creerlo. Así que Abygail,

Douglas y la misma Evelyn Connor, dueña del rancho contiguo al suyo en Oklahoma, estaban haciendo de casamenteras.

Claro, era de esperarse que Evelyn hubiera influenciado a su madre. Abygail y ella eran muy amigas. Sobre todo desde que ambas enviudaron casi al mismo tiempo. Seguro, en alguna tarde de esas en las que Evelyn pasaba a su rancho, o en las que su madre iba de visita al de ella, había salido a colación que la sobrina fea de Evelyn estaba buscando marido.

Y qué mejor que el tonto de Matthew Jefferson, al que ya le habían cancelado dos bodas, con dos mujeres distintas.

Deben haber pensado que sería presa fácil. Pero si algo había aprendido de esos dos compromisos fallidos, era que no se podía confiar en las mujeres. Y desde hacía tres años, prefería tener un romance casual con Mary Alice Jenkins, la dueña de la taberna del pueblo. Ni ella ni Matt querían nada en serio y ambos, teniendo eso muy claro, eran muy felices.

Así que no lo iban a casar con una chiquilla, que de seguro era fea y malcriada.

– Matt – dijo Douglas interrumpiendo sus pensamientos, me hubieras esperado en el estudio, seguro es más cómodo.

– No te preocupes, Douglas, estoy bien. Además salí a buscarte porque me temo que tengo que marcharme – mintió Matthew.

– ¿Sucedió algo?

– Lamentablemente, sí. Me acaban de llamar del rancho, al parecer hay unos asuntos que requieren mi presencia de inmediato y no puedo quedarme más tiempo en Boston.

– ¿Cómo? – preguntó Abygail que en ese momento bajaba por las escaleras y escuchó la excusa que daba su hijo.

– Lo siento, madre, pero así es. No podré quedarme toda la semana como te lo había prometido. Pero tú sí, quédate, disfruta de estas

“vacaciones” y la semana entrante mandaré por ti.

– No sé hijo, no creo que deba quedarme sola.

– Tonterías, Abygail. No estarás sola, seguro mi hija podrá hacerte compañía. Así podrán conocerse mejor.

– Siendo así...

– Bien, ahora creo que será mejor que nos marchemos – dijo Matthew – saldré esta misma noche, para llegar lo más pronto posible a Oklahoma.

– ¿Tan grave es, hijo?

– Gravísimo, mamá. Douglas, gracias por la cena – Matthew extendió la mano para apretársela – espero que pronto podamos hacer negocios.

Matthew sabía que el Rancho Connor era el que proveía de carne a los Hoteles Connor y sabía que ese asunto de que Douglas fuera un potencial cliente, solo había sido una charada para sacarlo de su rancho y hacerlo conocer a Liz Connor.

– Seguro podremos arreglar algo, tu madre y yo.

– Sí, seguro – comentó él, sabiendo que no se refería al ganado precisamente.

Y con un apretón de manos Matthew se despidió. Esperando no volver a ver a ese hombre ni conocer a su hija jamás.

Para Liz Connor, aquella navidad había sido la más terrible de todas. Había estado ilusionada por hacer que Andrew Sullivan se enamorara de ella. Se había acercado a él, lo había visitado en innumerables ocasiones al trabajo, habían bailado juntos, se había puesto sus mejores ropas, inclusive lo había dejado en paz un par de semanas, para que la echara de menos. Había usado todos los trucos de seducción que conocía y nada había funcionado.

No entendía por qué Andrew era inmune a sus encantos. Hasta esa noche.

Fue una casualidad del destino encontrarse esa navidad con él en Haverhill. Fue otra casualidad que Andrew se quedara en casa de los Coleman a pasar la navidad. Fue una casualidad más grande aun que ella lo encontrara en la cama con otra persona. Lo que no era casualidad era que no había sido con otra mujer.

Liz Connor había encontrado a Andrew, el hombre que creía el amor de su vida, en la cama con Dominic Coleman. Liz quería a Dominic como si fuera su hermano. Por eso el engaño dolía más.

Ni siquiera podía llorar, sentía un ardor en el pecho y un dolor en el estómago. Era como si algo dentro de ella se hubiese apagado.

Ninguno de los dos la miró, estaban demasiado cansados, dormidos, uno en brazos del otro, después de una tórrida noche de pasión.

Una noche de pasión que debió haber sido la de Liz con Andrew.

Ninguno fue honesto con ella. Liz no se hubiera ilusionado con Andrew, de haberse enterado que él y Dominic eran pareja. Pero claro que entendía el por qué lo habían ocultado. Seguramente querían proteger la reputación de Dominic. Un hombre varonil, el soltero más cotizado de Boston, con miles de mujeres a su alrededor. Y era gay.

Probablemente no querían que nadie se enterase, sería pasto de las habladurías. Comidilla de los diarios amarillistas y de las revistas del corazón. Por esa misma razón ella no había dicho nada. Además de que no quería lastimar a Ann, la madre de Dominic. Ni a Ashley, su hermana, pero sobre todo a Dominic padre. Sería un terrible golpe para ellos.

Por ello, esa mañana, había tomado las pertenencias con las que había llegado a Haverhill y, sin despedirse de nadie, excepto de Ann, había pensado en retirarse de esa casa. Pero no fue así. Justo cuando estaba por tomar las maletas, miró que Andrew caminaba por el pasillo, dispuesto a bajar las escaleras.

Le dolió ver a Andrew en la escalera al irse, no quiso ni voltear a despedirse, sentía que podía mirarlo besando a Dominic y eso le partía el corazón. Así que hizo lo que creyó más prudente, se fue sin volver la vista atrás.

Pero si creía que nada peor estaba por suceder, se equivocaba. Su día estaba por estropearse aun más.

Se bajó del coche color negro que había mandado pedir para regresar a casa. Su padre no la esperaba en Boston hasta después de Año Nuevo, ya que le había dicho que se quedaría en Haverhill con los Coleman a pasar las fiestas.

Douglas y ella habían discutido la tarde anterior, su padre quería que Liz pasara la víspera de navidad con él. Tenía importantes invitados a cenar, le había dicho, pero ella se había negado.

Inicialmente, Liz solo había ido a Haverhill a visitar a los Coleman y a llevar unos presentes de navidad, había quedado en volver esa misma tarde a Boston y cenar con su padre. Pero los planes cambiaron cuando Andrew llegó. Andrew era el motivo por el cual Liz se había auto – invitado a la cena de los Coleman. Y no solo a la cena, había pensado quedarse todo el tiempo que Andrew estuviera ahí.

Incluso, esa misma noche, había decidido seducirlo. Se había puesto un negligé negro y había entrado a hurtadillas a la recamara de Andrew. Casi se fue de espaldas al verlo dormido, desnudo y abrazado a la musculosa espalda de Dominic.

Esperaba que su padre no estuviera demasiado molesto con ella. A Douglas le gustaba que Liz fungiera como anfitriona desde que su madre muriera cinco años atrás. Pero tampoco podía decirle el motivo por el cual no había estado en la cena. Ya bastante tenía con sus reproches cada vez que salía con un chico nuevo, como para ahora decirle que se había quedado con los Coleman solo por Andrew.

La última vez que Liz salió en las revistas del corazón, ebria y en brazos de su nueva conquista, Douglas había amenazado con internarla en

un convento. Estaba cansado de sus escándalos, le había dicho, que en los últimos años se habían cuadruplicado.

Era cierto lo que su padre decía, le gustaban los chicos, las fiestas, y la música fuerte, pero no por esa era una descocada. De vez en cuando se le pasaban las copas, pero tampoco era una alcohólica. Su padre no entendía que ella quería disfrutar la vida antes de morir. No es que estuviera desahuciada, simplemente la vida se iba de pronto, sin que te dieras cuenta.

Y Liz había pensado en cambiar. Había creído que con Andrew podría formar una familia y vivir la vida disfrutándola de otra manera.

Pero Andrew no era lo que ella había pensado.

Liz debió haber notado que ella no le interesaba, que era amable solo por compromiso. Porque era la amiga de la hermana menor de Dominic, no por que estuviera interesado en ella.

El viaje desde Haverhill la había dejado terriblemente cansada. Así que decidió que solo avisaría a su padre que había regresado y se marcharía a dormir. Tal vez discutirían después de que ella se despertara, pero seguramente su padre se quedaría más tranquilo cuando le dijera que ya no se iría de juerga como antes y que inclusive estaba pensando en volver a la universidad.

El chofer dejó la maleta en el piso del recibidor, la mansión de los Connor estaba en Beacon Hill, un poco más al este que la casa que Dominic tenía en Boston, pero podía decirse que eran vecinos.

Escuchó a su padre en el estudio que tenía a la derecha del recibidor, un poco antes de la escalera. Iba a tocar la puerta, pero la notó entreabierta, estaba por hablar cuando escuchó su nombre en la conversación que su padre sostenía por teléfono.

Sabía que no debía escuchar la plática, pero no pudo evitarlo, la curiosidad la hizo acomodarse a un lado de la puerta y pegar el oído a la madera para tener una mejor audición.

Lo que escuchó la dejó helada.

Su padre le estaba concertando un matrimonio por conveniencia.

Prácticamente la estaba vendiendo a la madre de algún cretino.

– Lamento lo sucedido, Abygail. Espero que Matthew y Liz puedan conocerse pronto. No sé qué sucedió. Ella había quedado muy formal de venir a cenar. No sé por qué me canceló en el último momento.

Hubo una pausa. Seguramente la tal Abygail le contestó algo. Pudo ver a su padre a través de la rendija de la puerta entreabierta. Douglas sonrió, haciendo que unas arrugas se marcaran en sus ojos.

– Si, también es una pena que Matthew se haya tenido que regresar tan pronto. No, no te preocupes, espero que antes de un mes puedan conocerse.

Liz no podía escuchar lo que la mujer contestaba a su padre, pero seguramente trataba de hacer que su hijo pareciera una maravilla a ojos de Douglas. No quería creer lo que estaba pasando ¿Quiénes se creían para decidir por ella?

– No te preocupes, ella hará lo que yo diga.

Hubo otra pausa. Liz se estiró todo lo que pudo, pero su padre había caminado hacia la ventana y no pudo escuchar lo que había contestado. Sonrió, contestó otra vez y volvió a girarse. Sacó unos papeles del escritorio y después de leerlo en silencio hubo otra pausa. Mataría por ser el pisapapeles en el escritorio, quería escuchar más.

Su padre cerró la carpeta y se levantó, caminó hacia la puerta, Liz apenas tuvo tiempo para moverse y que no la viera.

– Ok, entonces serán dos millones de dólares. – le oyó decir a su padre antes de que éste emparejara la puerta.

¿Dos millones? Eso valía ella, eso valía Liz para su padre. ¿El poder deshacerse de ella, de sus rebeldías y escándalos, le costaría a su padre dos

millones?

El dolor que sentía en ese momento, fue mucho peor que descubrir a Andrew con Dominic.

Su padre la estaba vendiendo. Solo Dios sabía con qué clase de hombre le había concertado el matrimonio.

Subió a su cuarto sin hacer ruido. Se dejó caer en la cama perfectamente hecha y se enterró en medio de la docena de almohadones.

No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Por qué nadie la quería?

Esta vez tampoco lloró. Le escocían los ojos y el hueco que sentía en el estómago se le había ensanchado. Aun así no podía llorar.

No quería estar en esa casa con su padre, pero tampoco podía regresar a casa de los Coleman. Allí estaban Dominic y Andrew y no podría enfrentarlos. No en ese momento ni en ese estado.

Entonces pensó en la única persona que tenía en el mundo, además de su padre, su tía Evelyn.

Su tía, hermana de Douglas, tenía un rancho en Oklahoma, hacia casi diez años que no la visitaba, pero seguro la recibiría. Ya no volvería nunca más a casa de su padre.

Ni siquiera tuvo que deshacer la maleta que ya tenía, aun así hizo otras dos más, puesto que pensaba pasar el resto de sus días en Oklahoma.

Liz se marchó de casa sin siquiera despedirse. Su padre, seguramente se sorprendería al saber que ya no estaba en Haverhill. Le llamaría después, ya que el dolor y decepción que sentía disminuyeran.

Casi una hora después, ya estaba abordando el vuelo que la llevaría a su nuevo hogar, con su tía Evelyn.

Cuando optó por ponerse un vestido volado negro con lunares blancos, medias negras y zapatillas de tacón alto, no imaginó que su

traslado hasta Roostvalley sería tan accidentado.

Todo iba muy bien, hasta que en el aeropuerto de Oklahoma City le habían dicho que Roostvalley estaba a unas 80 millas al sureste y que para poder llegar tendría que transbordar. Según el conductor de un taxi, estacionado a las afueras del aeropuerto, tenía que tomar una avioneta que la acercara lo suficiente como para tomar un caballo que la llevara a la estación de autobuses más cercana para poder llegar a la población.

La cara de Liz no pudo haber sido otra que la del terror. Ella jamás había montado a caballo sin su traje de amazona, y por Dios que no lo haría con ese vestido Chanel de veinte mil dólares.

Esperando que el conductor del taxi que le había dicho eso solo estuviera bromeando, decidió preguntar en uno de los stands apostados en la terminal aérea.

Desgraciadamente, era verdad. No había ningún vuelo comercial que viajara a Roostvalley o a algún aeropuerto local. Debía tomar una avioneta que la llevaría al aeropuerto de McAlester y de ahí buscar algún transporte que la dejara en Roostvalley.

–Tiene que ser una broma – dijo Liz para sí misma.

La trabajadora del aeropuerto que le había dado la información, le sonrió a modo de disculpa.

Así que quince minutos después, estaba sentada sobre una pequeña avioneta rumbo a McAlester. Liz jamás había estado en ese lugar. Pero sonaba demasiado lejos de Oklahoma City.

La última vez que había estado en Oklahoma, había sido más de nueve años atrás. Había ido al Rancho Connor en Roostvalley, al funeral de Joseph Gordon, el esposo de su tía Evelyn.

Y Según recordaba, lo había hecho a bordo del jet privado de su padre. Simplemente se había dormido durante el vuelo y al llegar al hangar que estaba en la propiedad de su tía, simplemente se había bajado del jet.

Jamás se hubiera imaginado que sería tal odisea viajar otra vez a ese lugar.

Después de varias horas de vuelo, habían aterrizado en McAlester, y tras varios minutos de negociar con un taxista, habían llegado a un acuerdo razonable sobre la tarifa hasta Roostvalley.

Se bajó del taxi adolorida. Sentía un nudo en la espalda. Mejor dicho, su espalda era un nudo. Como Liz no sabía la dirección exacta de su tía, el taxista la había dejado en la estación de autobuses locales. Se había quedado parada en mitad de lo que ella creía, era la entrada a la estación.

Mala idea. En cuestión de segundos había sido ensuciada con la mitad del polvo de la ciudad.

Ahora, los lunares de su vestido ya no eran blancos, sino marrones. Al igual que su cabello que hasta hace poco había sido rubio.

Tosió un poco y se sacudió el rostro con el guante que se había quitado dentro del taxi. A pesar de ser diciembre el calor era insoportable.

No podía creer que hasta esa misma mañana, había estado pisando nieve en Haverhill. Y una vez más, pensaba en que haberse puesto ese atuendo, había sido un error. Subió las maletas a la acera y sacó su móvil. Tal vez su tía no le había entendido esa misma mañana, cuando le había hablado para decirle que iría hacia Roostvalley a pasar una temporada con ella.

Y como no había podido comunicarse con ella antes de salir de

Oklahoma City, esperaba que ésta vez sí atendiera el teléfono.

CAPÍTULO II

Evelyn Connor, madura mujer educada y bastante mesurada, casi nunca decía maldiciones. Casi nunca.

– ¡Maldición! – gruñó pateando el neumático pinchado de su Toyota pick up.

Su sobrina Liz la había llamado esa mañana para notificarle que había decidido pasar una temporada en su rancho. Evelyn casi había saltado de alegría al oírla.

Cuando Abygail le había llamado la noche anterior para contarle que Matt había salido casi huyendo de Boston, había pensado que un encuentro entre Liz y Matt era casi imposible. Pero no.

Ahí estaba la pequeña Liz viajando para ir al encuentro de Matt. No podía ser mejor. Exceptuando que iba tarde a recogerla. Nunca imaginó que Liz viajaría en transporte público hasta Roostvalley. Lo más lógico sería que hubiera utilizado el jet de su padre. Solo Dios sabía por qué no lo había hecho.

Y solo Dios sabía por qué tenía que pinchársele un neumático en ese preciso momento, cuando Liz la llamaba cada diez minutos para decirle que ya no soportaba un segundo más en la estación de autobuses.

Estaba por llamar al rancho, para que uno de sus trabajadores fuese a ayudarla a cambiar el neumático, cuando miró una nube de polvo en el camino tras ella.

Era una de las camionetas del Rancho Kent, dio un suspiro de alivio al ver acercarse el vehículo.

La camioneta bajó la marcha y se detuvo a un lado de Evelyn y su conductor, que no era otro que el mismo Matt Jefferson, bajó del vehículo al

recocer a Evelyn. En la 4x4 se quedaron dos hombres además del viejo Seymour, capataz del Rancho Kent.

– ¿Necesitas ayuda, Evelyn? – la mujer era tan amiga de su madre, que Matt la llamaba por su nombre de pila desde muy joven.

– Si, Matt, muchas gracias – dijo Evelyn mostrándole la llanta pinchada.

– Bien – Dijo Matt al ver el neumático sin aire – ¿tienes la llanta de repuesto?

– Creo que está en la parte de atrás de la camioneta – al ver que Matt se encaminaba hacia allá, Evelyn lo siguió mientras los dos vaqueros bajaban de la 4x4 de Matt – No quiero presionarte pero ¿crees que tardarás mucho en cambiarla?

– Solo unos minutos ¿Por qué?

– Me está esperando en la estación de autobuses mi sobrina Liz – Dijo poniendo especial énfasis al nombre de su sobrina.

Seguro que dio resultado, pues Matt al oír el nombre dejó caer la llave de cruz al suelo golpeándose con ella el pie.

– ¿Tu sobrina está en el pueblo?

– Acaba de llegar a Roostvalley y tengo que ir a recogerla.

En cuestión de segundos miles de ideas cruzaron por la mente de Matt. Y una urgente curiosidad por conocer a la mujer con la que lo querían casar sin su consentimiento, se apoderó de él. Tal vez si la conocía sin que ella supiera que él era él, la disuadiría de querer atraparlo.

– Creo que nos tardaremos un poco. Por qué no, Ben y Louis se quedan a ayudarte con el neumático y Seymour va a recogerla en la camioneta mientras yo llevo a este purasangre al rancho de Calvin Quinn. – anunció Matt señalando el caballo que estaba en el tráiler sujeto a la parte

de atrás de su camioneta – Así Seymour me deja de pasada con el tráiler del caballo en el rancho de Quinn y matamos tres pájaros de un tiro.

– ¿Y cómo volverás a tu rancho, Matt?

– No creo que Quinn me mande andando al rancho. Seguro me presta una de sus camionetas, Evelyn.

– Pues, si tú consideras que es lo mejor, adelante. Porque Liz está realmente desesperada por salir de la estación.

Con una inclinación de su sombrero Stetson, Matt se despidió de Evelyn, y después de darles las indicaciones a sus dos empleados, se subió a su camioneta y se marchó en una nube de polvo.

Haría casi exactamente lo que le había dicho a la mujer. Porque en lugar de enviar a Seymour por la sobrina desesperada de Evelyn, iría él mismo y mandaría al viejo capataz al rancho de Calvin Quinn a entregar el caballo purasangre que le venderían.

Luego de hablar con Quinn y decirle que su capataz haría el trato con él, salió a toda velocidad hacia el pueblo. No quería que Evelyn decidiera a ir por su sobrina al tener su Toyota con los cuatro neumáticos en perfectas condiciones.

Ni siquiera sabía cómo sería la chiquilla. Pero seguro era la que desentonara con el lugar. Siempre resaltaban a primeras luces las fuereñas.

Al llegar a la estación, no se le veía por ningún lado a la señorita Connor. Tras diez minutos de buscarla hasta en los baños de damas, decidió preguntar por ella. Seguro alguien sabría algo.

Después de averiguar con varias personas, supo que una señorita de aspecto citadino, había entrado cargando tres maletas a la Sunshine Tavern, la cantina que estaba frente a la estación de autobuses. Que precisamente era la taberna de Mary Alice Jenkins.

Entró al lugar quitándose el sombrero y sacudiéndolo contra su muslo forrado con unos vaqueros negros. La luz del lugar era un poco tenue y la rockola sonaba a lo lejos una canción sobre los prados de Oklahoma. Matt no distinguía bien las siluetas dentro del lugar, pero sabía que tras la barra estaría Mary Alice.

– Jeff, ¿Qué haces tan temprano por aquí? Y en plena navidad – Mary Alice le decía Jeff de cariño, como diminutivo de su apellido.

– Ya ves, Jen, tuve que venir al pueblo a hacerle un favor a Evelyn Connor – confesó Matt sentándose en uno de los taburetes, él también la llamaba Jen como diminutivo de su apellido – Su sobrina llegó al pueblo y he venido para llevarla al Rancho Connor.

Según pasaban los minutos, los ojos de Matt se acostumbraban a la poca iluminación del lugar y ya podía ver a los escasos clientes del bar.

– Debe ser ésa – señaló Mary Alice hacia una de las mesas del fondo – hace como media hora que llegó, pidió un emparedado y ha estado hablando con su móvil desde entonces.

Matt se giró en el taburete y miró la espalda y el pelo suelto grisáceo de una mujer. Seguro había un error. Él creía que la sobrina de Evelyn era joven. Aun así, dio las gracias a Mary Alice y se acercó a la mesa en la que estaba la mujer.

– Te digo que tuve que hacerlo, Ash – la oyó decir al aparato – ese hombre seguro es un gordo, calvo y pervertido aprovechado.

Matt estaba por hablar cuando algo lo hizo detenerse.

– Bien, supongamos que ese tal Matthew no es ni calvo, ni gordo, ni pervertido, pero seguro si es un aprovechado, capaz de hacer cualquier cosa por dinero. Como prestarse a ese matrimonio por conveniencia al que mi padre pretende obligarme.

Si Matt no hubiese estado tan molesto por lo de gordo, calvo, pervertido, y aprovechado, hubiera notado que Liz había dicho que ella

estaba en contra del matrimonio. Pero no lo notó. Carraspeó para hacerse notar y casi se rió de la jovencita cuando ésta giró el rostro para verlo.

Si era joven, y era más hermosa de lo que se había imaginado en un principio. La joven tenía unos grandes ojos grises y unos labios carnosos rosados. Y aunque estaba bajo una capa de polvo, seguro con un buen baño se vería mucho mejor. Pero debía ser presuntuosa y seguro estaba acostumbrada a que le cumplieran todos sus caprichos.

– ¿Sí, qué se le ofrece? – preguntó la joven tapando la bocina de su móvil con la mano.

– ¿Es usted Liz Connor? – seguro que era, nadie más se atrevería a hablar mal de él sin conocerlo.

– Así es.

– Vengo a recogerla para llevarla al rancho de su tía.

– Muy bien – dijo ella – las maletas están por allá.

Matt tomó, como pudo, las tres enormes maletas que estaban al pie de la mesa y caminó tras la cintura estrecha de la joven.

– Hasta pronto, Jeff – dijo Mary Alice en tono alto para que Matt la escuchara.

– Hasta pronto, Jen – contestó él a su vez.

Liz había escuchado la despedida, pero no volteó a verlos, seguía hablando por teléfono de lo repugnante que le resultaba el tal Matthew, sin saber que ese ser “repugnante” era el que le estaba cargando las maletas.

Cuando se giró para preguntar en que viajarían hasta el Rancho Connor, se le secó la boca de pronto, y no precisamente por el calor del lugar.

Frente a ella estaba el hombre más sexi que había visto en su vida.

Era un hombre de una altura aproximada al metro ochenta, porque era casi de la misma estatura de Andrew. Tenía el cabello ligeramente rubio y unos ojos verdes muy claros, los más hermosos que había visto jamás. Usaba una camisa a cuadros rojos y azules, arremangada hasta los codos. Pero lo que más llamó la atención de Liz fueron los pantalones vaqueros negros, y ajustados, del mismo tono que su sombrero.

Cerró los ojos, intentando dominar sus pensamientos. No era posible lo que estaba sintiendo, hasta hace unas cuantas horas ella estaba muy enamorada de Andrew. Seguro esa atracción inmediata que sentía por el hombre parado frente a ella, se debía a la terrible decepción que había sentido por Andrew.

Liz abrió los ojos para encontrarse con la mirada interrogante del hombre y no pudo evitar sentir un hueco en el estómago cuando él se sonrió.

– Me preguntaba en que viajaremos hacia el rancho de mi tía – anunció tratando de que lo decía sonara coherente.

Para Matt no pasó desapercibida la mirada de deseo con la que lo recorrió la joven. Deseaba con toda su alma poder echarle en cara que él era el tal Matthew, el repugnante pervertido con el que su padre había concertado casarla.

Pero decidió que esperaría un mejor momento para hacerlo. Si se lo decía en ese instante, no lo disfrutaría tanto como después.

– En esa camioneta – Matt señaló su 4x4 que traía el logo del Rancho Kent en el costado.

Liz asintió y se paró junto a la puerta, esperando a que el hombre se la abriera para poder subirse. Pero él no lo hizo. Arrojó las maletas a la caja de la camioneta, como si de costales de patatas se tratara, y se subió él, dejando el sombrero sobre el asiento del copiloto. El asiento que se suponía sería para ella.

Cuando Liz notó que no le abriría la puerta, lo hizo ella misma y se subió al vehículo sin decir una palabra. Él la miraba de forma extraña y ella se sentía incómoda, así que se puso el móvil al oído una vez más, solo para darse cuenta que su amiga Ashley Coleman debía de haberle cortado la llamada desde hacía mucho.

Todo el camino de ida hacia el rancho, lo habían recorrido en completo silencio. Liz había tenido que ponerse el sombrero en el regazo al sentarse, puesto que no había otro lugar para acomodarlo.

El trayecto hasta el Rancho Connor había durado poco más de media hora, durante ese tiempo ni ella ni él pronunciaron palabra alguna.

Sin embargo, Liz notaba que él la miraba de soslayo intermitentemente.

Ella se preguntaba por qué.

Hasta que se le ocurrió asomarse por la ventana de la puerta de la camioneta y mirarse reflejada en el espejo. Casi dio un grito. Estaba totalmente empolvada. Su cara, cabello y probablemente toda su vestimenta, lucía como si se hubiera acostaba pecho tierra. Sacó un pañuelo desechable de su bolso de mano y empezó a limpiarse. Después de vaciar casi todo el empaque plástico de los pañuelos se sintió un poco más limpia. Pero su cabello sería otra cosa. Sin un buen baño no se sacaría el polvo tan fácilmente.

Matthew pagaría por saber que era lo que ella pensaba en ese momento. Se revolvía incómoda en el asiento evitando mirarlo directamente. Igual que él, que la observaba de soslayo.

Matt había notado que él le había gustado a ella. No se sentía el hombre más guapo del mundo, pero sabía de su atractivo. Todos esos años haciendo trabajo pesado en el rancho, habían terminado por hacer que los músculos de su cuerpo fueran firmes y marcados. Y sabía que unos buenos pantalones vaqueros y camisas de algodón le quedaban mucho mejor que cualquiera de los trajes Armani que su madre le había traído en su último viaje por Europa.

Ansiaba ver la cara de ella cuando se enterara que el perverso Matthew era él.

Llegaron a las afueras del rancho casi cuarenta y cinco minutos después de que él la encontrara en el bar de Jen. Paró la camioneta frente al cerco de hierro forjado, mientras la señorita Connor lo miraba con cara extrañada por el espejo retrovisor. Lo miró bajar las maletas una a una de la caja de la 4x4 y arrojarlas, una a una al suelo. Haciendo que una pequeña nube de polvo se levantara.

Ella quiso decir algo al ver que él se subía de nueva cuenta a la camioneta. Pero no hubo necesidad.

– ¿Qué? –Dijo él viéndola por primera vez directamente a la cara – ¿No esperará que la lleve hasta la sala de la casa? ¿O sí?

Liz no supo que decir, no entendía que sucedía.

– Miré, señorita – comenzó él al ver que la señorita Connor no tenía intención de bajarse de su 4x4 – yo solo le hice un favor a la señora Evelyn Connor, pero si no baja de la camioneta, voy a arrancar. Y usted va a terminar en el Rancho Kent, que es hacia donde me dirijo.

Ella no dijo nada, puso su cara de indignada, mientras el sonreía socarronamente, y se bajó del vehículo lo más dignamente posible. No sin antes arrojar el sombrero sobre el asiento, en un claro gesto de venganza por cómo él había tratado su equipaje. Eso solo hizo que él se riera fuertemente, con una risa ronca y gutural, mientras arrancaba a toda velocidad su camioneta.

Liz acercó su equipaje lo más que pudo, y lo dejó recargado sobre el hierro forjado del cerco que tenía grabado en la parte superior “Rancho Connor”. Tuvo que caminar por casi media milla antes de poder vislumbrar la construcción donde su tía Evelyn tenía la casa y la oficina desde donde manejaba todo el emporio ganadero Connor.

Al llegar a la puerta, sentía que sus pies le escocían, pero el camino empedrado le hubiera hecho sentir que iba por el Monte Calvario, si se

hubiese quitado los zapatos para librarse de los vertiginosos tacones.

Antes de tocar al timbre, Evelyn que la había visto por la ventana, abrió de golpe la puerta y la recibió con un gran abrazo.

– ¡Hija!– Exclamó mientras la estrujaba– tenía tantas ganas de verte.

Liz, que tenía todos los huesos adoloridos, no hizo sino tratar de zafarse de los brazos fuertes de su tía.

– Tía Evelyn – dijo ella soltando el equipaje en el suelo– vengo muerta. ¿Será posible que me pueda dar una ducha con agua caliente?

–Por supuesto, hija.

Evelyn llamó a gritos a uno de los empleados de su casa para que subieran el equipaje de Liz hasta la habitación que la joven siempre había usado de niña.

Mientras el empleado, que aun era un jovencito, quince años, tal vez dieciséis, llegó corriendo a llevarse el equipaje, Liz decidió quitarse los zapatos.

Antes de subir por las escaleras, al segundo piso, Liz se giró.

– Tía... Por cierto, ¿Quién era el hombre que fue por mí al pueblo?

– El capataz del Rancho Kent. Se me pinchó un neumático al ir por ti, y Matthew – mencionó poniendo especial énfasis en el nombre masculino – el dueño del Rancho Kent, se ofreció a mandar a su capataz a recogerte, ¿Si sabes quién es Matt, no?

La pregunta parecía inocente, pero Liz sabía que no era así. Sintió como si un chorro de agua helada le cayera por la espalda. No podía ser lo que estaba imaginando. No podía ser que el dueño del rancho vecino de su tía fuera el mismo Matt con el que su padre pensaba casarla.

– No, no sé quién es. – dijo haciendo un esfuerzo por mantener la compostura. Era mejor que su tía pensara que ella no sabía nada del

matrimonio arreglado. Además, Liz no sabía si su tía estaba al tanto de las intenciones de su padre.

Y sin demostrar lo mucho que la había afectado la información recién descubierta, subió haciendo gala de todo su aplomo.

Liz sabía perfectamente cuál era su habitación. Aunque no estaba como la recordaba. Los tonos rosa pastel de las paredes había sido cambiado por un elegante color marfil, y las cortinas y tapetes eran de color marrón oscuro con detalles en el mismo tono un poco más claro.

Los muebles eran los mismos, a excepción de la cama que había sido reemplazada con una mucho más grande. El jovencito dejó las maletas a un lado del buró de noche y se retiró sin hacer ruido.

Después de unos minutos, Liz se metió a la tina, el agua estaba espumosa y caliente, perfecta para relajar sus adoloridos músculos. Se miró los pies largo rato, había marcas rojas en sus dedos y unas pequeñas ampulas empezaban a marcarse. Definitivamente, no podría usar zapatos de tacón alto por un tiempo.

Estuvo pensando largo rato en todo lo que había acontecido en esas pocas horas, y se sentía perdida. Había huido hacia el rancho de su tía, pensando en poner tierra de por medio entre ella y Andrew, para olvidarlo. Pero también había querido alejarse de su padre, hasta que ya no le doliera el pecho al pensar en que la estaba vendiendo. Y a la vez, quería huir de Boston para no tener que conocer al tal Matt.

Pero, irónicamente, resultaba que no solo había ido a parar a donde el sujeto en cuestión vivía, sino que además, el hombre estaba en el pueblo, según el comentario de su tía.

Así, que en lugar de huir de él, había terminado más cerca.

Nadie podía obligarla a casarse, eso estaba muy claro, ya no vivían en el siglo XVI, pero igual, le atormentaba la sola idea de que su padre y el hombre ese lo hubieran acordado.

Ni siquiera quería conocerlo, pero tal vez lo hiciera, solo para dejarle en claro lo que pensaba de él y lo del convenio con su padre.

Liz salió de la tina hasta que sus dedos se arrugaron y el agua se volvió fría. Salió de la ducha y miró que su ropa estaba perfectamente arreglada en el armario que había en una de las paredes. Miró y tocó la seda de sus vestidos y sus trajes sastre y pensó que no podría usarlos ahí.

No quería que terminaran como su precioso vestido Chanel. Pero tampoco podía andar desnuda.

Así que decidió que al día siguiente, después de comer y dormir, por lo menos, doce horas, iría al pueblo a comprarse unos vaqueros y unas botas.

Por lo pronto eligió, un pantalón de gasa verde esmeralda y una blusa beige. Era un conjunto hermoso que le había robado la respiración en el último desfile de modas de Carolina Herrera en New York.

Pero no tenía ningún par de zapatos que combinaran con el conjunto y fueran cómodos a la vez. Así que se puso unas sandalias beiges de dos pulgadas de tacón, que eran las más bajas que traía.

Eran las cuatro de la tarde y Liz se moría de hambre, el sándwich que había comprado en la tabernucha del pueblo, no se lo había terminado, por culpa del vaquero sexy maleducado. Así que ahora su estómago reclamaba alimento.

Estaba por acercarse a la cocina, cuando el teléfono empezó a timbrar.

– ¿Si? – preguntó Liz al levantar la bocina.

– ¿Liz? ¿Qué diablos haces en Oklahoma? – la voz de su padre saltó del otro lado.

Liz no esperaba que fuera él. Se sorprendió sobremanera pero se repuso casi de inmediato.

– Vine de visita, padre – respondió tranquilamente.

– ¿Y cuando pensabas decírmelo? He estado preocupado por ti.

Como si eso fuera cierto. Seguramente lo único que preocupaba a su padre era que el “posible” marido cancelara al convenio al no poder conocerla.

Así que explotó. Liz no supo si era por lo de Andrew, lo de su padre o lo del tal Matt. Pero sintió que una rabia que nunca antes había sentido, subía por su garganta.

– No pensaba decírtelo nunca, padre. ¿Crees que no lo sé? – Preguntó refiriéndose al matrimonio arreglado, pero su padre aun no entendía – ¿crees que soy tan estúpida como para no darme cuenta de lo que tramas?

– ¿A qué te refieres exactamente, Liz? – En Douglas, la preocupación estaba dando paso a la incredulidad. Liz siempre había sido rebelde y caprichosa, pero jamás grosera.

– Al matrimonio por conveniencia al que me has comprometido. Pero si crees que lo voy a hacer estas muy, pero muy equivocado.

– Liz, no sabes lo que dices...

– ¡Oh! Claro que sí. Pero ni creas que lo haré. Ni siquiera dos millones de dólares podrían convencerme, te lo aseguro.

– Liz... por lo menos date la oportunidad de conocer a Matt, es un buen chico – Douglas ya se estaba impacientando. Liz nunca escuchaba.

– ¡Nunca! ¿Me entiendes? Prefiero mil veces el convento.

– Bien, si eso es lo que quieres... Pero no, no te enviaré al convento. Te dejaré sin ni un centavo, hasta que recapacites sobre lo que acabas de decirme y me escuches. Eres una caprichosa, acostumbrada a hacer lo que se te viene en gana, pero se acabó. Veremos cuanto te dura tu valentía.

Dicho esto, Douglas cortó la comunicación de golpe.

– ¡Bien! – gritó Liz al aparato, mientras subía corriendo a la habitación. De repente ya no tenía hambre.

Eran las once de la mañana del día siguiente cuando su tía subió a la habitación a hablarle a Liz. Ella aun seguía dormida.

La noche anterior Liz se había dormido casi de madrugada, pensando una y otra vez en lo desdichada que era su vida. Y estaba convencida que su padre creía que el dinero era lo más importante en la vida, por esa estaba segura que Douglas jamás entendería como se sentía ella al descubrir que nadie la quería y que, para él, todo giraba alrededor del dinero.

Por eso su padre creía que si la amenazaba con dejarla sin un centavo, ella regresaría corriendo a Boston, dispuesta a casarse con quien su padre eligiera, pero no. Estaba equivocado. Liz no era tan superficial como Douglas pensaba.

Que estaba acostumbrada a gastar el dinero a manos llenas, era cierto. Pero también era cierto que el dinero no lo era todo en la vida.

Liz no supo en qué momento se había quedado dormida. Pero sintió que fueron solo segundos lo que había dormido, pues casi de inmediato estaba su tía recorriendo las pesadas cortinas y dejando que el sol de Oklahoma entrará con toda su magnificencia a la habitación.

– Buenas días, hija.

– Buenos días, tía– respondió Liz, restregándose los ojos con el dorso de la mano – ¿Qué hora es?

– Pasan de la once de la mañana, por eso he venido a ver como estabas, como no has desayunado y anoche no almorzaste ¿sucede algo, Lizzy?

Liz se puso en pie acomodándose la bata, antes de responder miró dentro de su armario, no sabía que ponerse para ir a pueblo de compras.

– No, nada. Tía, estaba pensando en que no podré estar en el rancho con esta vestimenta, – dijo mirando sus zapatos “manolos” casi destrozados. – pensaba en pedirte prestado un poco de dinero y uno de los autos del rancho para ir al pueblo.

Evelyn rió.

– Lizzy, en el rancho no hay autos, solo camionetas todoterreno y caballos. Puedes tomar una de las camionetas y aquí tienes – dijo dándole unos billetes – supongo que cincuenta dólares serán suficientes.

Liz se quedó mirando el puño de billetes sin creerlo. Con cincuenta dólares solo le alcanzaría para un café. Pero no dijo nada, sonrió y los guardó en su bolso de mano.

Dos horas después estaba aparcando fuera de la única tienda del pueblo donde vendían ropa. Al parecer la mayoría de las mujeres del pueblo compraban la ropa en Oklahoma City.

Entró al local y empezó a ver las prendas. No había demasiada variedad, la mayoría de la ropa eran vaqueros azules y negros, camisetas de algodón y camisas a cuadros, tanto para hombres como para mujeres.

Se probó un par de vaqueros azul oscuro y le encantó como le quedaban. Jamás los había usado y aunque la tela no era lo que ella estaba acostumbrada, hacia que sus curvas se marcaran y que el trasero se mirara levantado y firme. No es que no lo tuviera así, pero con los pantalones vaqueros se notaba más.

Tomó diez pantalones vaqueros, ocho de diferentes tonos azules y dos de color negro; cinco camisetas de diferente color y cinco camisas a cuadros; además de tomar dos pares de botas, un par negro y un par marrón.

– Son trescientos noventa y ocho dólares, señorita – dijo la dependienta.

Liz sacó su tarjeta de crédito para pagar pero, tal como sospechaba, la tarjeta fue rechazada. Su papá le había cancelado todas las tarjetas.

Buscó en su bolso y descubrió que solo traía consigo los cincuenta dólares que su tía le había dado y unos cuantos dólares más que no sabía cómo estaban en su bolso. Ella nunca había necesitado efectivo.

– ¿Para qué me alcanza con cincuenta y seis dólares? – preguntó abochornada.

– Tal vez dos vaqueros, un par de botas y algunas camisetas.

– Bien, eso quiero.

La dependienta dejó las prendas que Liz no se iba a llevar en una pequeña cesta al pie del mostrador. Y una vez más, volvió a hacer la cuenta. Esta vez fueron sesenta y un dólares.

– Tal vez debería dejar las botas – sugirió la empleada.

– No, las necesito. Dejaré un par de camisetas.

La dependienta estaba por dejar las prendas en la misma cesta que la ropa anterior, cuando una mano masculina puso un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

Liz se giró con una sonrisa de agradecimiento, pero la sonrisa se borró al mirar quién había dejado el dinero. Sin decir una palabra, el vaquero sexy del rancho Kent se había girado y se había marchado de la tienda.

Estuvo tentada a alcanzarlo y devolverle su dinero. Pero la dependienta ya había hecho la factura y guardado el dinero en la caja registradora. Con una sonrisa, la joven le entregó los paquetes con la ropa y las botas.

Liz se apresuró y guardó los paquetes en la camioneta, buscó al hombre con la mirada a lo largo de la calle. Lo encontró parado frente a una ferretería al otro lado de la acera.

– Hola – dijo ella, pero él no volteó– quería agradecerle lo amable que ha sido conmigo.

Liz había pensado decirlo con sarcasmo, dado la actitud agresiva de él, pero la verdad era que sus palabras habían sonado genuinas.

– No tiene nada que agradecer – respondió él, aun de espaldas, estaba acomodando unas bolsas en la caja de la camioneta.

– Le pagaré su dinero en cuanto pueda– volvió ella a hablarle.

– No es necesario.

– Insisto, no quisiera tener una deuda con usted.

Al oír eso, el joven si se giró. Alto, guapo, con vaqueros azul gastados y una camisa de franela a cuadros azules y blancos, con sombrero igual de gastado que los pantalones. La miraba con sus ojos profundamente verdes, como si intentara descifrar la actitud de ella.

– Soy Liz, bueno Elizabeth – dijo extendiendo la mano – aunque todos me llaman Liz.

– Me gusta más Elizabeth –respondió él, estrechándole la mano – yo soy...

– Jeff ¿no? Ayer escuché que la chica del bar te llamaba así.

Matt pensó en sacarla de su error, en decirle que él era el despreciable pervertido con el que la querían casar. Pero después de verla girarse frente al espejo en la tienda de ropa, mientras se probaba los vaqueros, pensó en que definitivamente si quería conocerla.

Hacía mucho que no le pasaba lo que Elizabeth le había hecho sentir. Ni siquiera con Jen. Estaba seguro que estar cerca de ella era un error, pero verla tocándose el trasero mientras se lo veía en el reflejo del espejo, había hecho que cierta parte de su anatomía cobrara vida por sí misma. Por eso no dijo nada acerca de su identidad.

La verdad era que la chica le gustaba. Le había gustado desde que la había visto en la taberna de Jen, toda sucia y llena de polvo. Pero sabía que era jugar con fuego. Ella estaba ahí solo para cazarlo. Pero si Elizabeth no

se enteraba que él era Matthew Jefferson, tal vez podrían pasarlo bien juntos. Porque después de ver la cara de deseo con que ella lo miró, estaba seguro que Elizabeth también se sentía atraída por él.

– Así me dicen – respondió él, así no podría acusarlo de haberle mentido.

– Bien, Jeff, mi tía me ha dicho que trabajas en el Rancho Kent, también te debo un agradecimiento por haberme acercado al rancho de mi tía. Ya te debo dos.

Y sonriendo, la chica se despidió y cruzó la calle, subiéndose a la camioneta aparcada al otro lado. Había dejado en el ambiente un aroma a fresas dulces, que le parecía delicado y delicioso, como ella.

La chica le gustaba, no era lo que él había imaginado en un principio y ciertamente era más atractiva de lo que él hubiera querido.

Tenía una cintura pequeña y un trasero redondo y apetecible. El cabello rubio recogido en una coleta y los ojos grises grandes y expresivos. Le gustaba mucho, era muy hermosa. Y, exceptuando lo que había escuchado en la taberna de Jen, era más educada de lo que habría apostado. Pero seguro todo era un gancho.

Había mencionado que su tía le dijo que él trabajaba en el Rancho Kent, y tal vez, en la mente de la chica, lo veía a él como una posibilidad de acercarse al dueño del rancho. Aunque esa idea era demasiado descabellada, y tal vez, la chica solo quería agradecerle.

La había visto llegar a la tienda de ropa de Anna Benson y no había podido evitar seguirla. Le había llamado la atención el vestido amarillo y los zapatos cerrados de tacón que traía puestos, nadie vestía así por esos lares. Pero casi le da un paro cardíaco al verla salir del probador para mirarse en el espejo como le ajustaban los pantalones vaqueros.

Se veía demasiado sugestiva con esa prenda, nunca lo hubiera imaginado, pero era casi como si no trajera nada encima. Cada curva de su cuerpo era sensualmente resaltada, sin hablar de que había salido descalza y

sin sujetador bajo la camiseta de algodón blanco que también se había probado.

Y se había sentido apenado por ella al ver que las tarjetas de crédito eran rechazadas, fue ahí cuando entendió el por qué el padre le estaba buscando marido rico. Seguro estaban en la quiebra. Había decidido marcharse de la tienda sin hacer ruido, pero al ver la expresión de ella al buscar efectivo y que no le alcanzara, lo apenó aun más.

Con una sonrisa triste, la chica había devuelto más de la mitad de las prendas que pensaba comprar, y aun así no le había alcanzado. Así que hizo lo más sensato que pudo, le dejó un billete sobre el mostrador para que pudiera pagar, y se marchó sin decir nada.

No contaba con que ella lo alcanzara para agradecerle. Tampoco contaba con que la chica oliera delicioso. Con un suspiro, subió a su camioneta. Dispuesto a no seguir pensando en ella. Porque de una cosa si estaba seguro, él no se iba a casar. Ni con ella, ni con Jen, ni con nadie.

CAPÍTULO III

Evelyn escuchó llegar a Liz, casi dos horas después de haberse marchado. La oyó subir a su habitación mientras tarareaba. Había sucedido que mientras Liz estaba de compras en el pueblo, Douglas la había llamado, para decirle que la joven se negaba a conocer a Matthew y que mientras no entrara en razón acerca de su comportamiento impulsivo, él le había retirado el apoyo económico.

Y además, le pedía a ella que no le diera dinero, que si Liz quería algo, debía trabajar por ello.

Evelyn no le comentó que ya le había dado cincuenta dólares, porque de todas formas y conociendo a su sobrina, seguro que ese dinero no le alcanzaba ni para comprar un helado.

Dejó de lado los papeles que estaba revisando y subió a la segunda planta, encontró a Liz acomodando las bolsas que había traído del pueblo.

– ¿Qué has comprado, hija?

Liz se giró sonriendo y le enseñó el par de vaqueros, las botas y tres camisetas de algodón, una blanca, una roja y una marrón.

– ¿Te gustan?

Evelyn la miró sorprendida, nunca hubiera imaginado que su sobrina compraría aquello, tomando en cuenta que no hay ninguna tienda Prada en el pueblo.

– Sí, claro. Son más propios para andar en el rancho que tus vestidos de diseñador. ¿Te alcanzó con cincuenta dólares para todo eso?

– La verdad, no. Pero no te preocupes... yo traía un poco de efectivo – dijo, omitiendo la parte donde Jeff le había prestado.

– Tu padre me llamó mientras no estabas – dijo a bocajarro.

– ¿Y qué quería? – pregunto Liz sin ánimo.

– Decirme que habían discutido, y que ya no te daría dinero. ¿Por eso me pediste prestado?

– En parte. Ya sabía que él iba a cancelarme las tarjetas, pero igual, no pensaba gastar un céntimo de él.

– Hija – dijo Evelyn muy seria, mirándola a los ojos – esta es tu casa, aquí no te faltará comida y techo. Pero no puedo estar dándote dinero.

Liz dejó lo que estaba haciendo para sentarse en la cama a un lado de su tía.

– El rancho no va bien – mintió Evelyn – y si quieres tener efectivo, tendrás que trabajar, como todos aquí.

Liz lo entendía. No pensaba quedarse en casa de su tía de arrimada, pero ella no sabía hacer nada.

– Por supuesto, tía. Te ayudaré con lo que tú quieras en el rancho, ¿Por qué crees que he comprado vaqueros? – dijo la joven con una sonrisa.

Evelyn le palmeó la pierna y se levantó de la cama.

– De acuerdo, mañana te diré cuales serán tus labores. Descansa, la cena se servirá a las seis.

Dicho esto, la mujer mayor salió de la habitación dejando pensativa a Liz. No creía que el negocio de su tía estuviera en crisis. El rancho de Evelyn era el que proveía de carne a los hoteles de su padre. Era sumamente extraño.

Aunque conociendo a Douglas, seguro le había cancelado el contrato a su tía, al enterarse de que la había refugiado.

Se dio una ducha antes de bajar a cenar. Se había puesto el pantalón azul que se había medido en la tienda con la camiseta marrón y las botas del mismo color. Al verse al espejo no se reconoció. Llevaba el pelo recogido en una coleta simple y no traía maquillaje, incluso se veía más joven.

Durante la cena, Evelyn y ella hablaron de muchas cosas, pero ya no tocaron el tema de su padre. Eran casi las ocho cuando su tía se despidió para irse a dormir y le recomendó lo mismo a Liz.

Pero la joven no podía dormir. Así que pasó gran parte de la noche hablando con su amiga Ashley Coleman. Y ya muy entrada la madrugada se quedó dormida, soñando en cómo se vería Jeff sin sus camisas de franela a cuadros. Liz estaba segura que debía tener unas abdominales increíbles a juzgar por sus bíceps que se notaban bajo la camisa arremangada. Liz no podía creer la hora a la que su tía la había levantado. Miró el reloj dos veces para comprobar que no estaba en un error. Su tía Evelyn la había despertado a las tres y media de la mañana. Eso quería decir que hacía solo dos horas que se había dormido.

– Los trabajadores vendrán a desayunar a las cuatro y media.

Tienes que tener preparado el desayuno para esa hora.

– ¿Perdón? – dijo Liz, todavía seguía dormida. Eso debía ser, pues no entendía lo que su tía le decía.

– Si, hija. Ayer dijiste que me ayudarías con el rancho, así que he pensado en que podías ocuparte de las comidas. Ya te dije que el rancho no estaba pasando por un buen momento y he despedido a las cocineras, pensando en que tal vez tú y yo podríamos encargarnos de esto.

Evelyn mentía descaradamente. La realidad era que les había dado vacaciones por un mes, pero les había aclarado que tal vez las llamara antes, pensando en que Liz no duraría mucho en el rancho al ver lo duro que se tenía que trabajar en él.

– Esta mañana ya he recogido los huevos para el desayuno, pero mañana tendrás que hacerlo tú. Así que cámbiate y alcánzame en la cocina.

Nada más su tía hubo salido de la habitación, Liz se enterró entre las almohadas y se volvió a quedar dormida.

Veinte minutos después, Evelyn entró de nuevo a la habitación.

– Sé que es pesado para ti – le dijo a Liz quitándole las almohadas de la cabeza y desenterrándola de las sábanas – pero los muchachos tienen que salir a pastar las vacas a las cinco, si no comen antes de las cuatro y media, no alcanzará el tiempo. Vístete ya, te espero en la cocina.

Liz no lo podía creer. Aun con los ojos cerrados se levantó de la cama y se puso la ropa de la tarde anterior. Bajó a la cocina despeinada y con la ropa arrugada.

–Agárrate el pelo, no queremos que caiga en la comida – dijo

Evelyn con una sonrisa, mientras sacaba una hogaza de pan del horno.

– ¿Lo horneaste tu, tía?– preguntó Liz al sentir el aroma del pan recién hecho.

– Por supuesto, hija. ¿Quién más?

– ¿Pues a qué hora te levantaste?

– A las dos. – Dijo partiendo el pan en rebanadas – ahora, sirve veinte tazas de café y ayúdame a sacar el tocino del sartén, no queremos que se queme. Una hora después, los veinte trabajadores del rancho ya habían desayunado y salido al campo a realizar sus labores. Liz no quiso ni desayunar. Estaba exhausta y se había acostado en la cama con todo y la ropa salpicada de grasa de tocino frito. Se quedó dormida hasta con las botas puestas.

Poco después su tía volvió a subir a su habitación para hablarle.

– Hija –dijo tocándola del hombro – ya casi son las once, debemos preparar el almuerzo.

– ¿Tan pronto? – preguntó Liz con la cara enterrada en la cama.

Sentía que una aplanadora le había pasado por encima.

– Los muchachos almuerzan a las doce y cenan a las cinco. Tú y yo debemos preparar las tres comidas, ya te lo había dicho. – Evelyn sonrió al ver la cara de su sobrina – vamos, solo serán unos días, verás que pronto te acostumbras. Pero no. Después de que pasó casi una semana y Liz no se acostumbraba, supo que esa vida no era para ella. Había tenido que levantarse a las tres de la mañana todos los días, recoger los huevos del desayuno y la leche, que el jovencito aquel que había subido sus maletas el día que llegó, ordeñaba a diario.

No le quedaba tiempo más que para dormir y ducharse. Ahora tenía hambre cada vez que estaba despierta. Dormía todo lo que podía, pero seguía estando cansada. Además ayudaba a limpiar la casa. Nunca hubiera imaginado que sería tanto trabajo. Pero su tía trabajaba igual, o incluso más que ella y no se quejaba. Pues además de todo el quehacer diario, su tía también se encargaba de la parte administrativa del rancho.

A Liz solo le quedaban libres un par de horas después de la comida y antes de la cena. Las usaba para cabalgar un poco por el rancho. Aunque ella no era una buena amazona, siempre había sabido cómo montar. Su padre le había pagado caras clases de equitación, aunque en Boston jamás las había necesitado.

Pasear por los linderos del rancho se había vuelto una afición después de que al segundo día se había topado con que Jeff desmontaba muy cerca de ahí y se ponía a..., bueno, Liz no sabía exactamente a qué, pero lo veía meter la cabeza dentro del cofre de una camioneta amarilla desvencijada.

Quería pensar que trataba de arreglar su motor. Pero independientemente de qué era lo que él hacía allí, a Liz le encantaba verlo quitarse la camisa. Y si, efectivamente, tenía unos abdominales impresionantes. Lo miraba a hurtadillas, escondida entre los árboles pegados al lindero. Disfrutaba verlo moverse, sacar y meter herramientas al motor de la camioneta, ver como trataba de limpiarse la grasa y solo lograba embarrársela más.

Pero ya no había vuelto a cruzar palabra con él. Tampoco es que lo hubiera intentado, Liz sospechaba que ella no le caía bien a Jeff, pero aun tenía una deuda con él. Le debía cinco dólares.

Sonrió, nunca pensó que tal cantidad de dinero se podría volver tan importante para ella. No quería reconocerlo, pero era porque ese dinero le daba la excusa perfecta para poder ir a buscarlo al Rancho Kent sin levantar sospechas.

Liz miró su reloj, faltaba poco para las cuatro de la tarde y tenía que ir a preparar la cena. Caminó hasta llegar a donde había amarrado su caballo. El primer día que lo encontró, Jeff casi la pillaba por culpa del relincho de su animal. Así que como no quería que él la descubriera, dejaba al caballo atado lo más lejos posible.

Otra vez el perfume de Elizabeth lo embargaba, era como si ella estuviera presente todo el tiempo. Por las mañanas no tenía problema, con tanto trabajo en el rancho solo pensaba en ella cuando comía. Aunque también soñaba con ella por las noches.

Pero cada tarde, al ir a donde estaba abandonada la vieja camioneta Ford F-100 de su padre, no podía evitar pensar en ella y si cerraba los ojos, podía olerla. Tal vez se estaba volviendo loco, pero así era.

No había podido dejar de pensar en Elizabeth. En su aroma, en sus ojos, en la suavidad de su piel al estrechar su mano. Y no podía evitar imaginarse tomándola en sus brazos y saborearla.

Sabía que debía dejar esos pensamientos, pero no podía. No entendía su comportamiento. Estaba por creer que se le estaba convirtiendo en obsesión. Solo porque sabía que no podía tenerla. O mejor dicho, porque sabía que si la tenía tendría que haber boda de por medio.

Y eso si que no. No volvería a cometer el mismo error tres veces.

Creer que podía casarse y tener una familia, solo para darse cuenta de que no era así.

Ya había sufrido demasiado escarnio público. Cuando Liz llegó a casa, su tía Evelyn le tenía una sorpresa. Haría una fiesta para festejar Año Nuevo y tenía pensado invitar a los trabajadores del rancho y a algunos amigos.

A Liz no le agradó tanto la idea. Eso significaba más trabajo. Pues no creía que su tía contrataría a una empresa de catering, seguro ellas mismas harían todo. La comida, la decoración, la música. Nada más de pensarlo, Liz se fatigaba.

– Quiero pedirte que vayas al pueblo a hacer las compras para la fiesta. – Dijo Evelyn acercando su bolso.

– Pensé que el rancho iba mal – externó Liz.

– Bueno, será una fiesta sencilla, tampoco voy a gastar cien mil dólares. Como lo hace tu padre cada vez que da una fiesta. Y hablando de dinero, toma.

– ¿Qué es esto? – preguntó Liz tomando los billetes que su tía le extendía.

– Es tu paga, hija. – dijo sonriendo. – claro, te desconté los cincuenta dólares que te di la semana pasada.

– Gracias, tía. No me lo esperaba.

– Entonces, ¿irás a traer lo que falta para la cena de año nuevo?

– Claro que si, tía. Con mucho gusto.

– Que bien, porque necesito pedirte otro favor. Quiero que lleves la invitación para la cena al Rancho Kent. Invitaré a Matt y a Abygail a cenar. Abygail es la madre de Matt – aclaró Evelyn al notar que su sobrina levantaba una ceja. No quiso aclararle a su sobrina que Abygail no estaba en Oklahoma, que aun seguía en Boston y que lo más probable era que Matt asistiera solo a la fiesta. – Los conocerás y seguro congeniarán.

Espero que Matthew y tú se hagan buenos amigos.

– Seguro, tía, yo llevo la invitación. – Liz quiso decir que no quería conocer ni a Matthew ni a su madre, pero no quería desilusionar a su tía. Se veía tan emocionada. – haré eso mañana temprano. Ahora hay que preparar la cena.

– Sí, hija. Los muchachos ya están terminando de meter las vacas a los establos. Al día siguiente, ya que hubieron dado de desayunar a los trabajadores del rancho y después de terminar de limpiar la casa, Liz salió muy temprano a comprar los suministros para la cena.

Condujo hasta Roostvalley sin saber qué hacer. Tenía la invitación, que su tía le diera para los Kent, sobre el tablero de la camioneta y no se decidía a llevarla en persona. No quería conocer a Matt ni que él la conociera a ella.

Pero tampoco podía decirle a su tía que había olvidado llevar la invitación al Rancho Kent.

Al cabo de una hora, había terminado con las compras. La mayoría de lo que iban a necesitar, se producía en la huerta que había en el rancho.

Pero algunas cosas si era imprescindible ir al pueblo a comprar. Como el licor que ofrecerían en la cena.

Estaba subiendo las compras a la camioneta, cuando miró que estaban abriendo la tienda donde se había comprado la ropa la semana anterior.

Pensó que debía comprarse un par de vaqueros más y las botas negras que tanto le habían gustado.

Entró a la tienda y se quedó solo un cuarto de hora. Ya sabía lo que quería. Se llevó unos pantalones negros de gamuza y unos beige, además de las botas negras y dos suéteres, uno color rojo cereza y el otro rosa pálido, todo por la módica cantidad de setenta y nueve dólares. Liz no lo podía creer. Y todo ello fruto de su arduo trabajo.

Se sentía tan orgullosa de sí misma, que deseaba que su padre la viera. Solo para que Douglas comprobara que no era una chiquilla mimada y

caprichosa. Era una mujer, y además una mujer que sabía ganarse el dinero que se gastaba.

Estaba subiendo las bolsas de las compras al asiento del copiloto de su vehículo, cuando miró la camioneta del Rancho Kent estacionada unos metros más abajo en esa misma acera. Instintivamente buscó a Jeff con la mirada, nunca le había pasado lo que ahora sentía. Esa sensación de ansiedad y desesperación por saber donde estaba, por verlo y por poder hablar con él. Ni siquiera le había pasado algo similar con Andrew, y Liz estaba convencida de que era el amor de su vida. Y sospechaba que debía agradecerle a Jeff el hecho de que ahora habían disminuido drásticamente los sueños donde Liz miraba a Dominic y Andrew desnudos.

Con una sonrisa y un billete de cinco dólares en la mano se dispuso a ir a esperarlo a la camioneta que él conducía. Tras cinco minutos de estar aguardando, se exasperó. Ella no estaba acostumbrada a estar esperando por lo que quería, simplemente lo tomaba. Y en esta ocasión aunque era algo diferente, se podía decir que podía aplicar esa filosofía de vida. Ya no iba a esperarlo, iba a buscarlo.

Miró a su alrededor, tratando de imaginar en donde, un hombre como él, podía estar a esas horas de la mañana.

En la calle, que era la principal del pueblo, no había muchos lugares donde Jeff pudiera estar. Había una veterinaria, la tienda de suministros, la de ropa, la ferretería, una farmacia junto al consultorio médico, una oficina que al parecer era del periódico local, la estación de policía, la de bomberos, un poco más abajo estaba la terminal de autobuses y frente a ella el bar del pueblo.

Le hubiera gustado no haber visto la camioneta aparcada frente a la estación de bomberos. Porque daba la casualidad que justo en ese momento Jeff estaba saliendo del bar y pegada a él como una lapa, la chica que servía los tragos en la barra.

A Liz se le borró la sonrisa cuando la chica le giró el rostro a Jeff con la mano y lo atrajo hacia ella para darle un apasionado beso en la boca. Él

no respondió con la misma intensidad, pero respondió. Y eso significaba que ellos dos tenían una relación.

– ¡Maldición!

Se encaminó, casi corriendo, los metros que la separaban de su camioneta. Se metió el billete de cinco dólares a la bolsa de los vaqueros y se subió al vehículo dando un portazo.

¿Por qué se sentía así? Triste y decepcionada.

– Maldición, maldición.

Puso la cabeza entre sus brazos, recargados sobre el volante de la camioneta. Suspiró varias veces para calmarse. Se sentía realmente afectada. Ella nunca imaginó que Jeff tuviera una relación. Se quedó ahí por casi diez minutos, intentando descubrir por qué le dolía tanto el pecho.

– Elizabeth – dijo el dueño de sus pensamientos junto a la ventanilla del copiloto – ¿Te sientes bien? He notado que estabas ahí, sin moverte y me he preocupado.

Entonces Liz tuvo su respuesta. Se sentía así porque Jeff le gustaba.

Y le gustaba más que cualquier otro de los chicos con los que salió en el pasado. Le gustaba más que Andrew.

– Sí, estoy bien – respondió levantando la cabeza y mirándolo, quiso sonreírle, pero seguro solo fue una mueca – me duele un poco la cabeza.

– ¿Quieres ir al médico? Está aquí cerca.

– No, gracias. Estoy bien, seguro es porque últimamente he dormido muy poco.

– ¿Quieres que te lleve al rancho de tu tía? Si estás cansada no debes conducir.

– No, de verdad, estoy bien.

– De acuerdo – dijo él haciendo una inclinación con el sombrero Stetson – si necesitas algo, avísame, estaré en la veterinaria.

– Espera – dijo ella, recordando que aun no le pagaba el dinero que le debía – toma, es el dinero que me prestaste.

Jeff tomó el billete que ella le extendía y la miró como si de un extraterrestre se tratara.

– ¿Qué es esto?

– Ya te lo dije, es el dinero que me prestaste la semana pasada. No pensabas que no te pagaría, ¿o sí?

Aunque él no contestó, esa fue una respuesta para Liz. Seguro Jeff también pensaba que ella no era más que una niña rica mimada. Y darse cuenta de ella, le dolió. Pero no dijo nada al respecto.

– ¿Sabes? Me da gusto verte – la cara de él cambió, parecía sorprendido – así me evitas una vuelta al Rancho Kent, mi tía me pidió que llevara esta invitación a Matthew y Abygail Kent.

Él tomó la invitación que ella le extendía con cierto recelo.

– Es para ésta noche, mi tía ofrecerá una cena de Año Nuevo y quiere que sus vecinos la acompañen. ¿Me harías el favor de entregarla por mí? Tengo muchas cosas que hacer aun. – le dijo ella, omitiendo el hecho de que no tenía ganas de ver a Matthew Kent ni en pintura.

– Seguro – respondió él, metiéndose el sobre en la bolsa de su camisa.

Y sin decir nada más se encaminó hacia la veterinaria. Cuando ya no pudo verlo, Liz encendió la marcha y se fue al rancho profundamente afectada.

Se había calmado bastante en el trayecto, aunque aun no podía dejar de pensar en Jeff y en la chica.

Era absurdo. Algo malo debía haber hecho en otra vida, o Dios le estaba cobrando algo, porque primero pasaba que Andrew era homosexual y ahora Jeff tenía novia. Nunca le había pasado eso. Cualquier chico que a ella le gustara, simplemente lo tenía.

Jimmy, el joven empleado que le llevaba la leche recién ordeñada en la mañana, se apresuró al verla llegar y le ayudó a bajar las bolsas de las compras. Al entrar a la cocina, parecía sacada de una postal navideña.

Su tía tenía la mesa llena de platillos listos y humeantes.

– Me he adelantado un poco. – Dijo Evelyn cerrando la puerta del horno con sumo cuidado – Los muchachos ya no tardan en venir a comer y pensé que tardarías más en el pueblo.

Liz sonrió poniéndose el delantal.

– ¿Has hecho todo esto tu sola, tía?

– Sí, hija, ¿qué te parece?

– Insólito. Yo no podría hacerlo sola – dijo sonriendo – ¿Qué falta por hacer?

Y tras unas breves instrucciones, Liz se puso manos a la obra. Al mediodía compartieron el almuerzo con los trabajadores del rancho y para las cuatro de la tarde después de haber preparado todo lo necesario para la cena, subió a su cuarto a ducharse.

Todavía no sabía cómo le diría a su tía que no iba a estar presente durante la cena. Seguro le decía que no importaba, pero a Liz le preocupaba decepcionarla, porque se había esmerado muchísimo en la cena. La sala había quedado increíble y el comedor también. Además que toda la casa olía a comida exquisita.

Pero de verdad, no tenía ganas de conocer a Matthew.

Se puso el suéter rojo cereza, los pantalones negros de gamuza y las botas a juego. Se dejó el pelo suelto y se maquilló. Se miró en el espejo y

sonrió. Lo único que le faltaba era un sombrero, para completar el atuendo.

Estaba por salir por la puerta principal, cuando su tía sacó la cabeza por la puerta de la cocina.

– ¿Hija, vas a salir? El pavo casi está listo y está quedando delicioso.

– Si tía, saldré. Es que tengo una cita con un muchacho esta noche – mintió descaradamente.

– Pero... ¿no cenarás con nosotros?

– No lo sé, tía. Te prometo volver lo más pronto que pueda. – Volvió a mentir – espero llegar antes de que sirvas la cena.

– De acuerdo, serviré la cena a las siete. ¡Ah! Por cierto, mañana les daré el día libre a los empleados, puedes levantarte a la hora que te plazca.

Liz sonrió, tenía ganas de dormir hasta las dos de tarde, como antes.

– Me llevaré la camioneta, tía.

– Claro, hija. No vengas muy tarde. Y espero que mañana me cuentes como te fue en tu cita y con quien fue. – Evelyn tuvo que gritar la última frase, porque Liz ya estaba cerrando la puerta principal.

El plan inicial era pasar la tarde en el pueblo, buscar un restaurante y cenar tranquilamente sin tener que verle la cara a Matt.

Pero no contaba con que el único restaurante del pueblo estaría cerrado.

Se quedó casi una hora dentro de la camioneta, charlando por teléfono con Ashley. Su amiga se mostraba bastante sorprendida por la nueva actitud que ahora tenía Liz.

– No sé qué te pasó, pero parece que has madurado de la noche a la mañana.

– La verdad no sé explicarlo – dijo Liz, acurrucándose en el asiento, la noche estaba por caer y la temperatura había bajado de pronto – Creo que si he madurado, aunque todavía no sé que voy a hacer con mi futuro. No quiero pasar el resto de mi vida levantándome a las tres de la mañana. Pero tampoco puedo volver a casa con papá.

– Ven a casa con nosotros, – insistió Ash – sabes que aquí eres bien recibida. ¿Volverás a la Universidad? El semestre empezará en una semana.

Ashley llevaba meses insistiendo en que Liz debía volver a la universidad. Hacía más de un año que la había abandonado, diciendo que los estudios no eran para ella.

– Sé que soy bien recibida en tu casa, pero tía Evelyn de verdad necesita ayuda en el rancho. Y respecto a la universidad, aun no sé si volveré.

– Pero...

Repentinamente la conversación se cortó. Liz intentó llamar de nuevo, pero al parecer el crédito de su teléfono móvil se había agotado.

Sonrió irónicamente. Seguro su padre le había cancelado la suscripción.

Arrojó el móvil a la guantera y estaba por poner la camioneta en marcha cuando notó que varias personas entraban al bar del pueblo.

Miró la hora en su reloj y notó que apenas iban a dar las siete. Si volvía al rancho ahora, seguro le iba a tocar tener que ver a los Kent. Y no quería.

Así que se bajó de la camioneta dispuesta a entrar en el bar. Tal vez un par de tragos le aclararan la mente.

La música country sonaba a todo volumen. Había un grupo tocando en el templete y muchas parejas bailando.

El local estaba tan iluminado y tan arreglado que no parecía el mismo de una semana antes. Se acercó a la barra y miró a la rubia, que esa misma mañana besaba a Jeff, ataviada con unos vaqueros ajustados y una blusa tipo corsé, sirviendo tragos al por mayor.

– ¿Tienes piña colada? – preguntó Liz casi a gritos, tratando de que su voz sonara más fuerte que la de los músicos que golpeaban el piso de madera con las suelas de las botas.

– Lo siento, cariño, solo hay whisky y cerveza, ¿Qué te sirvo?

– Dame un whisky. Doble.

Cuando se lo dieron, se giró sobre su silla y se puso a ver a las personas bailando. Ella nunca había bailado country. De hecho, era la primera vez que veía ese tipo de baile. Al cabo de unos minutos, y al sentir el alcohol en su estómago, decidió que no era bueno seguir bebiendo sin haber comido nada desde las doce de mediodía.

– ¿Tienes algo para cenar?

– ¿Qué? – preguntó la bartender, el ruido de la música no la dejó escuchar claro.

– ¡Que si tienes algo para cenar!– preguntó Liz un poco más fuerte.

– Oh, por supuesto. Hay pizza de pepperoni y hawaiana. ¿Cuál quieres?

– Dame de las dos, muero de hambre.

Le acababan de dar el plato con dos enormes rebanadas de pizza, cuando lo miró entrar, venía vestido con una camisa azul oscuro, pantalón negro y el mismo sombrero que le había visto la primera vez que lo conoció ahí mismo. En ese bar.

– Santo Dios – exclamó Liz al ver como Jeff sonreía por algo que una chica se acercó a decirle al oído.

Justo en ese momento la música paró y la bartender la miró muy seria. Seguro la chica la había escuchado expresarse así de Jeff, y Liz no pudo evitar sentirse apenada. La mujer no dijo nada, solo dejó un par de servilletas de papel a un lado del plato y siguió sirviendo tragos.

Cuando la música empezó de nuevo, Jeff se encaminó hacia la barra, justo a donde Liz se encontraba sentada. Pero ella estaba segura de que él no la había visto aun. Cruzó por medio de la abarrotada y singular pista de baile, hasta llegar a donde estaba la bartender.

Liz se giró para esconder el rostro en el plato de la pizza. Pero no pudo evitar mirar de soslayo hasta donde estaba la pareja. Notó que Jeff le dijo a la mujer algo al oído, e instintivamente la chica volteó a verla.

Respondió algo, mirando a Liz directamente y entonces fue cuando él notó que ella estaba ahí, a solo unos pasos de distancia.

Liz dejó un par de billetes sobre la barra y se salió del bar lo más rápido posible. Se sentía estúpida y fuera de lugar. Ella nunca había actuado así.

Apenas iban a dar las ocho y seguro ya estaba por terminar la cena, así que tomando en cuenta el tiempo que le tomaría conducir hasta el rancho, probablemente ya no se toparía con Matthew Kent. Estaba por subirse a la camioneta, cuando alguien la detuvo del hombro.

– Elizabeth – la voz era tan familiar, que parecía que la había escuchado toda su vida.

– Jeff.

– Has olvidado tu pizza – dijo entregándole un paquete desechable. – pensé que habría una cena de Año Nuevo en el Rancho Connor.

– Si, así es.

– ¿Y por qué no estás en ella?

– Tenía ganas de pasar Año Nuevo sola, para no perder la costumbre – dijo en un tono de broma sarcástica.

Liz siempre pasaba sola esas fechas, su padre siempre estaba ocupado. Por eso le había sonado raro que quisiera compartir la cena de Navidad con ella. Claro, después descubrió cual era el motivo real.

– Gracias, creo que me comeré mi pizza dentro de la camioneta.

Cuando Liz tomó el paquete que le daba, él no pudo evitar mirar las ampollas que tenía en las manos.

– ¿Qué te ha sucedido? – dijo pasando los dedos sobre sus manos lastimadas, Liz sintió casi como si fuera una caricia.

– He estado haciendo un poco de “trabajo manual” en el rancho de mi tía – dijo retirando la mano como si el contacto con él la quemara.

– ¿Trabajo manual? ¿Qué clase de trabajo manual?

– No es nada, solo he estado ayudando con los quehaceres del rancho.

Él se quedó sumamente sorprendido, había pensado que Elizabeth había ido a pasar un tiempo al Rancho Connor para atrapar a “Matthew Kent” o inclusive de vacaciones, pero no para trabajar.

– Bien, nos vemos otro día – dijo él retirándose y dejándola parada en medio de la acera con el paquete desechable en las manos.

Se quedó ahí, deseando haber dicho algo para que él no se retirara y permaneciera con ella. Pero notó que entraba apresurado al bar, seguro estaba desesperado por ir al encuentro con la exhibicionista que tenía por novia.

No lo culpaba, la chica era demasiado llamativa y tenía una forma de usar los escotes que seguro aclamaban la atención de cualquier hombre.

Arrojó el paquete a un bote de basura que estaba en la acera, y se subió a la camioneta, estaba tan triste que ya no le importaba encontrarse

con Matt Kent y toda su parentela.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

Elizabeth Connor lo sorprendía cada vez más. Siempre que pensaba que era de una forma, resultaba que estaba equivocado.

Primero había pensado que era fea y maleducada, pero la verdad es que era una verdadera preciosidad y con mucha educación. Había creído que sería prejuiciosa, pero era muy amable con él, tomando en cuenta que lo creía un peón de su propio rancho.

Habría apostado que la chica se había aparecido por Oklahoma con el simple propósito de atraparlo, pero cada vez que había tenido oportunidad de conocer al verdadero Matthew, simplemente no lo hacía.

Había creído que la chica era una de esas bobas “socialites” que solo querían andar de fiesta en fiesta y gastando dinero a manos a llenas, pero ella no era así, la prueba era que había estado haciendo las pesadas labores del rancho. Un trabajo al que no estaba acostumbrada, a juzgar por el estado de sus manos.

Había imaginado que estaban en la ruina y que por eso necesitaba un marido rico con urgencia, pero esa mañana, su madre le había hecho llegar el contrato con los Hoteles Connor por dos millones de dólares para surtir de carne de primera calidad a todos los restaurantes de la cadena hotelera.

Y había creído que esa preciosidad rubia era superficial y vacía, pero en sus ojos se reflejaba su bondad, inteligencia, humanidad y, a pesar de su sincera sonrisa, su tristeza. Que dejaba entrever que todo el dinero del mundo no compraba la felicidad.

Y ya no quería ni apostar, ni imaginar, ni creer, ni pensar cuál era el motivo por el que ella estaba ahí. Había salido del bar con la clara intención de decirle que él era Matthew Jefferson, que le decían Jeff como diminutivo de su apellido y que Kent era el apellido de soltera de su madre. Además de que sabía que sus padres estaban intentando inmiscuirlos en un matrimonio

por conveniencia y que él no estaba de acuerdo. Pero que no le había dicho nada desde el principio porque estaba molesto con ella, por insultarlo sin conocerlo.

Sin embargo, cuando la tocó y ella lo miró con los ojos luminosos y una sonrisa triste, simplemente no pudo. Sintió que el corazón se le encogió, y lo único que pudo hacer fue salir casi corriendo del lugar. Ya que si no lo hacía, lo más probable era que terminara besándola hasta hacer que cada rastrojo de tristeza la abandonara. Y entonces no habría marcha atrás.

Porque estaba seguro que Elizabeth se sentía atraída por él. Y no sabía hasta que punto ella pudiera tener una relación solo por placer, sin ningún compromiso.

Se había presentado a la cena de Año Nuevo a la que había sido invitado en el Rancho Connor con la clara intención de que ella se diera cuenta de que Jeff y Matt eran el mismo, para por fin cobrarse la afrenta del insulto. Pero simplemente, ella no estaba.

Y algo pasó en su interior cuando Evelyn le confirmó que Elizabeth no cenaría con ellos porque tenía una cita. ¿Con quién diablos podía tener una cita? ¿A quién había conocido que pudiera invitarla a salir? Entonces pensó en todos los hombres que trabajaban en el rancho, en el de él y en los ranchos vecinos, y se dio cuenta de que cualquiera podría haberla invitado. Ella era una chica hermosa, sola y claramente necesitada de afecto. Cualquier imbécil podría aprovecharse de ello.

– Es ella, ¿cierto? – la voz de Mary Alice lo sacó de sus ensoñaciones.

Matt no se dio cuenta en qué momento había entrado al bar, ni tampoco si llevaba demasiado tiempo sentado en la barra con un tarro de cerveza en la mano.

– ¿Perdón? – Matt tuvo que bajar la voz al darse cuenta de que la música había parado. El grupo country que tocaba se había tomado un descanso y ahora el lugar estaba en calma. La mayoría de la gente se había sentado a charlar, arrullados por la música de la rockola que era mucho más suave que la del grupo.

– Es ella... ella es el motivo por que el que has cambiado tanto conmigo en tan poco tiempo.

El comentario no fue de reproche, sin embargo Matt sintió que debía decir algo.

– Mary Alice, yo... – solo que se en ese momento su cerebro solo podía pensar en Elizabeth.

– No lo niegues – Mary Alice retiró el tarro de cerveza intacta de su mano, y entrelazó los dedos con él – tu y yo la pasamos bien juntos, pero si estás interesado en alguien más, realmente interesado, creo que deberías intentarlo. Además date cuenta, ya no soy tu “Jen” ¿Notaste que me llamaste Mary Alice? Supongo que entonces tampoco serás mi “Jeff”, volverás a ser Matthew, como en el instituto.

Matt no dijo nada, solo miró la mano entrelazada de la chica que compartía la cama con él, ¿qué debía decir? Estaba realmente confundido.

– Por mí no hay problema – siguió Mary Alice, pero había algo en su voz que le decía a Matt que lo que pronunciaba no era del todo cierto – vi la mirada de ella cuando llegaste, y vi tu rostro cuando descubriste que ella estaba sentada aquí. No pretendo reprocharte nada, simplemente quiero que seas honesto conmigo, como yo le he sido contigo. Si estas interesado en alguien más, solo dilo y yo me aparto.

Ella sonrió y Matt seguía sin decir nada. Mary Alice soltó su mano, fue cuando él se levantó, le dio un beso en la mejilla y se retiró tomando su sombrero que yacía sobre la barra.

– ¡Maldición! – Mary Alice tenía razón, había cambiado con ella y era por Elizabeth.

Matt ya no sentía la necesidad de los besos de Mary Alice, de hecho, la última vez que ella lo había besado al salir de la taberna esa misma mañana, ni siquiera había podido corresponderle.

Tenía que hacer algo, tenía que buscar a Elizabeth Connor y aclarar toda esa situación con ella, porque simplemente él no podía seguir así. Cuando Liz llegó al Rancho Connor, la fiesta estaba en su punto más álgido. Todos bailaban y compartían vivencias. La mayoría eran los trabajadores del rancho junto a sus esposas, aunque también había invitados de los ranchos vecinos. Así que Liz intentó cruzar el pasillo para llegar a la escalera sin que nadie la viera. Pero no fue así.

– ¡Lizzy! – gritó su tía Evelyn para hacerse escuchar entre el ruido

– ¡Ven, hija! ¡Quiero presentarte a unas personas!

Liz rezaba para que no fuera Matt Kent. Aunque en los últimos días había llegado a la conclusión de que simplemente no la podían obligar a casarse con él. ¿Qué iban a hacer? ¿Amenazarla con desheredarla? Ya no le importaba, había descubierto la satisfacción de gastar el dinero ganado con trabajo. Así que simplemente saludaría a Matt lo más educadamente posible, se despediría de la misma manera y se retiraría a su habitación a descansar.

– Ellos son los Johnson – dijo su tía.

Liz estrechó la mano de la mujer pelirroja que debía rondar los cincuenta años y, posteriormente estrechó la del hombre cano que suponía sería el esposo de ésta.

Liz se quedó unos minutos charlando con ellos, sorprendida de la manera en cómo se trataban, diciéndose “amor” cada vez que querían que uno confirmara lo que el otro decía, tomados de la mano y dándose besos cada vez que podían.

Cuando Liz se despidió, alegando que aun no se acostumbraba al horario del rancho y que realmente se sentía agotada, Evelyn la acompañó hasta el pie de la escalera.

– ¿Te sientes bien, Lizzy? – Quiso saber tomándola de la mano – ¿Ha salido bien tu cita?

– Si tía, perfecta.

– ¿Entonces qué sucede?

– Estoy cansada, aun no me acostumbro a levantarme a las tres de la mañana – y de alguna manera era cierto lo que le decía.

– ¿Sabes? Estuvo aquí Matthew, venía solo y preguntó por ti. ¿Acaso se conocen?

– No, nunca lo he visto – No quiso aclarar que su padre intentaba forzarla a un matrimonio con él.

– Pues se fue molesto, cuando le dije que tenías una cita.

Solo eso le faltaba. Que el tipo quisiera celarla.

– Tía, te agradezco todo lo que haces por mí, que me recibieras aquí y que estés al pendiente de mí. Aun así, quiero pedirte un favor más. Espero que no te moleste.

– Claro, dime.

– No quiero tener nada que ver con el dueño del Rancho Kent. Si me busca, niégame.

– ¡Oh! ¿Ha sucedido algo entre ustedes y no quieres contarme?

– Ya te he dicho que ni siquiera lo conozco. Solo que creo que no es mi tipo. ¿Me harías ese favor?

– Si es lo que quieres...

– Si tía, eso quiero. Gracias.

Dicho esto, Liz subió a su habitación y se encerró. Pensando en cómo le gustaría que Jeff mostrara al menos un pequeño interés en ella.

Aunque se había quedado dormida en el momento en que puso la cabeza en la almohada, a lo lejos escuchaba el molesto ruido de su reloj despertador. ¡Demonios! Se le había olvidado quitar la alarma. Su tía le había dicho que podía dormir hasta tarde al día siguiente y había olvidado como una tonta quitar el despertador.

Lo buscó a tientas en la mesilla de noche, cuando dio con él, notó que no era su reloj el que profería ese molesto ruido. Era más bien un sonido hueco, y aunque repetitivo no tenía constancia.

Se levantó y prendió la luz del cuarto, molesta. Intentando distinguir de donde provenía el ruido. Pero de pronto, éste cesó. Así que Liz apagó la luz y volvió a la cama. Estaba por volver a dormirse cuando el ruido comenzó de nuevo.

Se paró de la cama más molesta que al principio, dispuesta a hacerle pagar caro a cualquiera que estuviera interrumpiendo su sueño, cuando notó que eran pequeños guijarros que se estrellaban contra el vidrio de su ventana lo que no la dejaba dormir.

Sin pararse a pensar que solo la cubría el suéter que se había dejado para dormir, abrió la ventana y lo que miró la dejó sin aliento.

Quien estrellaba los guijarros contra su ventana era Jeff. Imposible no reconocerlo.

– ¿Suced algo? – preguntó Liz asomando la cabeza por el balcón y sintiendo que el corazón le palpitaba en la garganta.

Él se quitó el sombrero y miró hacia arriba.

– ¿Podrías bajar? Necesito hablar contigo de algo importante.

No se lo dijo dos veces. Tomó al pantalón arrugado que había dejado tirado en el piso de su habitación y salió casi corriendo, sin molestarse en verificar que estuviera peinada.

Cuando bajó a la estancia, se dio cuenta de que la fiesta había terminado, y de que le esperaba mucho trabajo al día siguiente, a juzgar por el estado en que había terminado la casa.

Salió al patio, bajando la velocidad, y una ráfaga de aire helado le recordó que estaban en invierno, aunque últimamente veía tan lejana su vida en Boston.

Cuando llegó a donde estaba Jeff, se sentía realmente nerviosa

¿Qué era tan importante como para que fuera a despertarla a esas horas?

– Hola – dijo ella con una sonrisa. – ¿Necesitas algo?

– Si. – Respondió tajantemente – necesito aclarar contigo ciertas cosas.

Aquello alarmó a Liz, pero trató de serenarse.

– Te escucho.

Parecía que Jeff la estaba pasando realmente mal. Intentaba decir algo, pero a la vez se arrepentía. Se movía inquieto en un pedazo de tierra, dando giros y moviendo el sombrero en su mano. Parecía que danzaba.

Eso hizo sonreír a Liz y claramente él se relajó.

– Vine a buscarte por que no podía dormir pensando en ti. – soltó a bocajarro.

Las palabras de Jeff resonaron en su cabeza, pero por más que intentaba buscarle un significado diferente, lo único que se le ocurría era que él estaba interesado románticamente en ella.

Mentalmente dio saltitos y gritó: ¡Sí!

Hasta hace unos días atrás, Liz se hubiera arrojado a los brazos de cualquier hombre que le pareciera atractivo y que además demostrara un

interés en ella. Pero sabía que con Jeff no podía ser así. Él era diferente.

No era la clase de hombre con quien Liz acostumbraba salir.

No era como esos chicos universitarios a los que la música fuerte y el alcohol los hacía embrutecerse. Esos que estaban acostumbrados a que sus “papis” los sacaran de cuanto embrollo se metían cada fin de semana.

Interiormente se avergonzó. Ella solía ser así. Pero ahora era otra.

Quería creer que sus nuevas convicciones eran genuinas y no solo una racha de rebeldía en contra de su padre.

Así que hizo lo que jamás había hecho: ignoró el último comentario de él, evitando arrojarse en sus brazos, y nerviosa, trató de averiguar si lo que ella estaba sospechando era cierto.

– Entonces ¿Cómo supiste cual era mi ventana?

Por la cara que puso, Jeff no se esperaba esa pregunta.

– La verdad, arrojé guijarros a todas las ventanas del segundo piso, y solo en la tuya fue donde se encendió la luz.

Liz sonrió.

– ¿Qué hubiera pasado si la habitación hubiera sido de alguien más?

– Bueno, corría el riesgo de que fuera la habitación de tu tía, pero solo eso. Los empleados del rancho tienen sus propias casas dentro de los linderos de la propiedad. Eso todo el mundo lo sabe. Además ¿Quién mas podría estar viviendo en la casa principal? – respondió Matt, desesperado por decirle exactamente a lo que iba.

Pero al parecer, Elizabeth estaba más interesada en hablar de cualquier cosa, excepto de sus sentimientos hacia ella.

Así que antes de arrepentirse, cruzó el reducido espacio que los separaba, la tomó por la cintura y la besó.

Fue un beso diferente. Ella se resistió al principio, pero luego se derritió como mantequilla en pan tostado. Sus labios eran dulces y cálidos, y al sentir que ella respondía, Matt sintió un hueco en el estómago.

Aunque fue un beso sencillo y fugaz, con miedo a ser rechazado, podría decirse que era el mejor beso de su vida, hasta ese momento.

– Ahora sí, si quieres podemos hablar del clima – susurró él contra sus labios, sosteniéndola aun entre sus brazos.

– ¿¡Estás loco!?! – Atinó a decir ella – ¿Qué pasa con la chica del bar?, Pensé que eran novios.

– ¿Mary Alice? – Dijo él soltándola – se va a escuchar feo, pero solo somos amigos con beneficios. De hecho, ella fue la que me aconsejó que te buscara.

Antes de decir nada, una luz cegó los ojos de Liz.

– ¿Está bien, señorita? – dijo Wade, que era uno de los empleados del rancho, iluminándolos con una linterna.

– Si, Gracias, estamos bien. – respondió Liz acercándose la mano a los ojos, no distinguió quien de los trabajadores era. Seguro los había notado charlando ahí afuera y había decidido ir a investigar. – Jeff, creo que sería bueno que nos viéramos mañana, a una hora más razonable.

Agregó Liz al ver que el empleado no tenía intenciones de marcharse, hasta no ver que ella se metiera a la casa.

Matt se colocó el sombrero, e hizo una reverencia a ella y otra al empleado antes de retirarse sin decir nada.

– Lo lamento señorita, no era mi intención interrumpir – dijo el hombre.

Pero Liz no le creyó del todo. Sabía que lo había hecho con toda la intención, para que Jeff se fuera.

– No hay problema.

– Debería irse a dormir. – dijo el empleado encaminándose hacia la salida, pensaba verificar que el señor Jefferson hubiera cerrado bien la puerta del cerco.

– Si, hasta mañana.

Pero Liz no se movió ni un centímetro, hasta ver que las luces de la camioneta de Jeff se perdían en la oscuridad. Llegó flotando hasta su habitación y, aunque tardó mucho en quedarse dormida, a la mañana siguiente estaba tan descansada que parecía que había dormido una semana entera.

Se levantó a las dos y media de la mañana y para las cuatro tarareaba una canción, de la cual no recordaba el nombre, mientras sacaba una hogaza de pan que ella misma había hecho.

La masa estaba algo espesa, pero el sabor era delicioso. Sin embargo, cada día estaba más convencida que ser cocinera no era lo de ella.

Aun no sabía a qué hora vería a Jeff, como la noche anterior no lo habían especificado, no sabía si debía ir a buscarlo o esperar a que él la llamara.

Pasó toda la mañana pensando en eso. A las diez, ya tenía la casa limpia como un espejo, y las ampollas en sus manos dolían menos.

Evelyn notó que algo le pasaba, Liz estaba más contenta que de costumbre y estaba haciendo el quehacer sin quejarse.

A las doce, después de que terminaron de almorzar, Liz se dio una ducha y salió corriendo hacia los establos, tomó a Star, la yegua que montaba y recorrió el espacio que la separaba del límite de los dos ranchos. Ya no se preocupó por tener que dejar atado a lo lejos a su animal, la amarró de la cerca y, levantando el alambre de púas, cruzó por él. Estaba decidida a esperar a Jeff en la camioneta que el joven estaba arreglando. Seguro que pasaría por ahí, dentro de poco.

Pero no fue así. Al cabo de casi dos horas y cansada de estarse quitando hormigas de las botas, Liz decidió que era hora de retirarse.

– ¡Elizabeth!

Liz se giró para comprobar lo que ya sabía. Era Jeff, quien llegaba a todo galope hasta donde estaba ella.

– ¿Qué haces aquí?– dijo él desmontando – he estado en el Rancho Connor y nadie sabía de ti. Uno de los muchachos me dijo que habías salido más temprano que de costumbre a montar, pero nunca imaginé que estarías aquí.

Liz solo escuchó la parte donde dijo que había ido a buscarla.

– ¿Fuiste a buscarme? – preguntó ella mirando como Jeff se acercaba con claras intenciones de tomarla entre sus brazos.

– Por supuesto – dijo él muy cerca de sus labios – me pediste que nos viéramos, pero tuve que esperar hasta que terminé mis labores en el rancho. Te extrañé – le confesó antes de darle un beso.

Matt había pensado en que fuera un beso delicado y fugaz como el anterior. No contaba con la urgencia con la que ella le devolvió la caricia.

La forma como Elizabeth lo tomó del cuello y lo aprisionó contra su cuerpo, haciéndolo profundizar el beso, lo hizo excitarse de golpe. Tuvo que separarse un poco para tomar aire y poder pensar.

– Hay un par de cosas que necesito decirte – dijo él mirándola a los ojos grises, luminosos y esperanzados.

Debía decirle. No quería que se hiciera falsas ilusiones.

– Creo que es bastante obvio que ambos nos sentimos atraídos el uno al otro – ella sonrió – pero quiero que sepas algo, antes de aventurarte a tener una relación conmigo.

Ella no dijo nada, se sentó en el suelo cubierto de césped y lo instó a que él hiciera lo mismo.

– Antes que nada debes saber que yo no soy del tipo de hombre que se casa – la mirada de ella cambió, Matt no supo cómo interpretarla – así que teniendo esto en mente, te propongo tener una relación conmigo. Te prometo que nunca, mientras estemos juntos, te seré infiel. Además de que siempre te respetaré. Pero espero lo mismo de tu parte.

A Liz nunca le habían hecho alguna propuesta semejante. A decir verdad, los chicos con los salía solo eran para pasar el rato, ir a fiestas, bailar, emborracharse y la mayoría la dejaban después de un par de semanas, cuando ella se rehusaba a acostarse con ellos. Y además, solo tenía veinte años, aun no pensaba en casarse. De hecho, salió huyendo de Boston intentando alejarse de tremendo compromiso.

Pero eso era algo que no pensaba decirle, teniendo en cuenta que el “futuro” esposo que su padre quería para ella, se trataba de ni más ni menos que de el patrón de él y dueño de las tierras donde se encontraban en ese momento.

– Me parece una propuesta estupenda – dijo ella acercándose a él, con claras intenciones de volver a besarlo – no pido nada más. Y me agrada que seas tan claro. Solo quiero aclarar una cosa más, al decirme que me serías fiel ¿Quiere decir que tu relación con la chica del bar ya no existe?

– Así es – respondió tratando de ver que reacción tenía.

Jamás se imaginó que por la mente de Liz estaba pasando la idea de que cuando él se encontrara con otra chica que le agradara más, la dejaría a ella al día siguiente, como lo hizo con la chica del bar.

Trató de no pensar en ello borrando la imagen de la bartender de su mente y le propuso al joven conversar acerca de ellos para conocerse un poco más.

Él accedió, teniendo en mente que había llegado la hora de ser honesto con ella y decirle que él era Matt Jefferson.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V

La tarde anterior se habían quedado charlando casi hasta las seis de la tarde. A Liz se le había ido volando el tiempo y no se había percatado de la hora hasta que notó que el sol estaba por esconderse en el horizonte.

Sin ánimos de despedirse, le dijo a Jeff que ya se le había hecho tarde para hacer la cena a los trabajadores del rancho y que su tía debía estar atareada.

Cuando ella se cruzó la cerca nuevamente y montó a su yegua, Jeff también montó, por su lado de la cerca y cabalaron juntos hacia las tierras de los Connor, solo separados por el alambre de púas. Al llegar al límite de la propiedad, Jeff se quitó el sombrero, hizo que ella se acercara y le puso el sombrero sobre la cabeza.

– Sólo te faltaba un sombrero para que seas una vaquera de verdad

– Liz no pudo evitar notar que el sombrero de paja era algo viejo – este sombrero fue el primero que me regaló mi padre. Está algo gastado, pero te servirá.

– Gracias – respondió Liz, atesoraría ese sombrero por siempre. No importaba que se deshiciera sobre su cabeza.

Le quedaba un poco grande, así que él se lo acomodó un poco hacia atrás mientras Liz cerraba los ojos. Ella sintió su aliento en los labios y supo que le daría un beso. La caricia fue tan apasionada que aun palpitaba en los labios de Liz. Ella se sentía ansiosa por volverlo a ver esa tarde y deseaba que el beso apasionado se volviera a repetir.

Jeff era muy distinto a todos los hombres con los que ella acostumbraba salir. Era un tipo interesante, inteligente, atractivo y muy cariñoso. Le recordaba al señor Johnson que trataba de “amor” a la señora Johnson.

Ella le había pedido que charlaran para conocerse, pero en lugar de hablar de ellos, de su niñez, adolescencia y de lo que pensaban de la vida, a Jeff se le iluminó el rostro cuando empezó a hablar de la camioneta Ford F-100 que trataba de reparar.

Él no era mecánico, se lo había dicho desde el principio, pero esa camioneta era un proyecto que tenían él y su padre antes de que falleciera.

Así, aunque él no lo dijo claramente, Liz se enteró de que el padre de Jeff, también había trabajado en el rancho Kent y de que había fallecido. La mirada de él se ensombreció unos segundos, cuando habló de la muerte de su padre, pero cuando ella le preguntó que si pintaría la camioneta al repararla, su mirada volvió a iluminarse.

Le había dicho que si. Que la iba a pintar de color amarillo que, además de ser el color original del vehículo, era el color del vestido que ella traía puesto la mañana que la miró de compras en el pueblo.

Liz sonrió al recordarlo. Sabía perfectamente a que vestido se refería. Y no quiso comentar que había quedado hecho un desastre cuando trató de lavarlo a mano, ese vestido era para tintorería, además de que ella jamás había lavado una prenda anteriormente.

Estaba revisando el armario cuando su tía la sacó de sus cavilaciones y la hizo volver al momento y dejar de pensar en lo que había sucedido la tarde anterior.

– ¿Si, tía? – preguntó Liz sin saber si su tía había llamado a la puerta o a había entrado a la habitación sin tocar.

– Solo quería saber si ya estas lista. – Liz le había comentado que esa tarde saldría con el joven con el que se había quedado charlando el día anterior.

– Si – respondió Liz – ¿Qué te parece?

La joven había optado por un pantalón de gamuza beige y una camiseta de algodón marrón. Al principio pensó en ponerse algunos de los

vestidos de diseñador que había llevado consigo, pero había desechado la idea al no saber a dónde se dirigirían, y tal vez Jeff la llevara a algún rodeo.

– Te ves hermosa – Evelyn se sentó en la cama con dosel – ¿A dónde irán?

– Aun no lo sé.

– Hija – Evelyn empezó la frase con un tono de voz que Liz conocía perfectamente – estoy preocupada.

– ¿Por qué motivo? ¿Acaso el rancho tiene más problemas de los que me has dicho?

– No, no es por el rancho. Es por ti y por ese joven al que estás tratando. No me has dicho quien es, ni como se llama, ni donde se conocieron, ni que intenciones tiene contigo. No sé nada de él, ¿Lo invitarás a la casa para conocerlo? Podemos hacer una cena mañana.

Liz sonrió. Era la primera vez que alguien se preocupaba por saber con quién estaba saliendo y si sus intenciones eran honorables. A su padre solo le importaba que el joven en cuestión tuviera bastantes ceros en le cuenta de banco. Si era hijo de algún conocido que tuviera mucho dinero, con eso bastaba. No le había importado que hacía poco menos de tres años el hijo de uno de sus inversionistas la hubiera querido forzar a tener relaciones con él. No contaba con que Liz tenía gas pimienta en su bolso de mano.

Cuando Liz se lo había dicho a su padre, lo único que preguntó era que si había habido reporteros cerca que pudieran haberlos visto, cuando ella le dijo que no, jamás volvieron a tocar el tema.

– Se llama Jeff y es el capataz de uno de los ranchos aledaños – Respondió Liz sin aclarar que el rancho era el de Matthew, no quería que si su tía comentaba algo, llegara a oídos de este tipo.

– ¿Jeff? No lo ubico. ¿Cómo es?

– Bastante guapo, alto, ojos verdes, cabello rubio oscuro, con unos brazos y un abdomen increíblemente marcados. ¿Qué puedo decirte? Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Evelyn sonrió al ver la mirada soñadora que puso su sobrina y al percatarse de eso supo que cualquier intento de su padre, de ella o de la misma Abygail para que se fijara en Matt, sería inútil. Su sobrina se había enamorado de éste Jeff.

Liz miró la hora en su reloj de pulso.

– Tía me marchó, ya casi es hora y quedé de verme con Jeff en el camino que va hacia el pueblo.

– ¿Por qué no viene él mismo a recogerte? ¿Acaso no quiere que lo conozca?

– No tía, fui yo la que se lo pedí, no sé si él tenga auto propio – que Liz sospechaba que no, porque siempre lo había visto con la camioneta del rancho Kent – y pensé que podíamos ir en la camioneta que me prestas para ir al pueblo.

Evelyn sonrió, le daba mucho gusto que su sobrina no fuera discriminatoria con las personas que tenían menos dinero que ellas.

– Claro que puedes llevártelo, hija. Solo no vengas muy tarde, recuerda que mañana hay que levantarse temprano.

Liz terminó decidiéndose por un suéter de lana blanca para cubrirse en caso de que hiciera más frío y cerró el armario, se acercó a su tía y le dio un beso en la coronilla de la cabeza. Tomó el sombrero que yacía sobre la cama a un lado de su tía y salió muy contenta.

Hacía tanto que no era tan feliz, sentía en su corazón que esta vez había algo diferente. No era como sus relaciones anteriores. Y aunque Jeff le había dejado bastante claro que él no tenía pensado casarse, sabía que esa relación iba a ser la más formal que tendría en su vida. Y a juzgar por la

intensidad con la que la besaba, estaba segura que también sería la más apasionada.

Lo encontró esperándola a las afueras del Rancho Connor. Aunque Liz había pensado que Jeff llevaría un auto, se sorprendió al verlo montado en su corcel negro. Él desmontó y se acercó a ella.

– ¿Adonde iremos? – le dijo Liz cuando se hubo acercado lo suficiente a su vehículo.

– La verdad, no lo sé. – Respondió él – Tengo que confesar que no estoy acostumbrado a las citas. Si fuera por mi te llevaría a comer una buena barbacoa, pero no se qué opines tu.

Ella estaba encantada, ese hombre tan tierno. Ni siquiera su padre le pedía su opinión.

– Una barbacoa estaría genial.

Jeff le explicó que él preparaba las mejores barbacoas del condado, pero que en ese momento no tenía manera, ni tiempo, de preparársela. Así que le propuso ir a cenar al restaurante del pueblo. Liz aceptó encantada, pero para ello, Jeff tenía que ir a dejar su caballo al rancho Kent.

Liz regresó al Rancho Connor y le dijo a su tía que iría al pueblo a cenar al restaurante. Que irían en la camioneta de Jeff y que volvería temprano.

A las seis de la tarde ya estaban sentados en el pequeño restaurante, el lugar no era lo que ella estaba acostumbrada. Pero comieron copiosamente y muy sabroso. Además de que las dueñas eran muy amables. Al terminar de cenar, Jeff la invitó a dar un paseo. Le dijo que frente al parque, vendían los mejores helados del pueblo. Estaban saliendo de la heladería, cuando Liz se quedó mirando un local vacío.

– ¿Qué había antes ahí? – quiso saber la joven.

– Era un ciber-café, creo que la dueña trasladó el negocio a otra calle, casi enfrente del colegio.

– Suena lógico – Liz se acercó e inspeccionó el lugar – ¿crees que esté en renta o lo venderán?

– No lo sé ¿quieres que te investigue? Uno de los trabajadores del rancho es sobrino de la dueña del ciber-café.

– Me encantaría, gracias – dijo ella tomándolo de la mano y encaminándose hacia el parque, había unas bancas de metal forjado que clamaban su atención, mientras se comía su barquillo de helado.

Llegaron al Rancho Connor alrededor de las ocho de la noche. La mayoría de los trabajadores ya estaban durmiendo y en la casa solo la luz de la oficina de su tía Evelyn estaba encendida.

– Gracias por el paseo – dijo ella acercándose a él para darle un beso en la boca.

Matt se consideraba un hombre fuerte y capaz de controlar sus emociones. Pero cada vez que estaba cerca de Elizabeth esa capacidad se iba al carajo. No se podía explicar porque la deseaba tanto y cada vez que se besaban, que siendo honestos no habían sido demasiadas veces, se le hacía más y más difícil controlarse. Quizás ella no se daba cuenta, o tal vez lo hacía para provocarlo, pero realmente lo volvía loco.

Cuando Elizabeth se inclinó para besarlo, él le puso la mano sobre la rodilla mientras disfrutaba de sus cálidos labios. Ella le puso las palmas de las manos sobre el pecho y empezó a acariciarlo. Matt sintió cómo todo su cuerpo se encendió.

Estaban tan cerca el uno del otro, que Liz podía escuchar los latidos del corazón de él. Ella entreabrió los labios un poco y él aprovechó para introducir su lengua en ella. No solo la caricia, sino el sabor también fue exquisito.

El beso se profundizó, parecía que ambos querían fundirse en una sola persona y la sensación era tan fuerte que Liz sintió como si un millón de hormigas danzaran sobre sus piernas. Era un alivio estar sentada, porque casi al instante notó cómo sus extremidades empezaron a temblarle y un sentimiento cálidamente líquido se instalaba muy dentro de ella.

Poco a poco, la mano de él que descansaba sobre su rodilla, fue subiendo lentamente, hasta encontrarse con el límite de sus pantalones vaqueros. Matt no intentó desabotonarlo, en lugar de eso, siguió su excursión hacia arriba, moviendo la mano por debajo de la tela del suéter de Elizabeth.

Ella gimió contra sus labios cuando él hizo a un lado el sujetador de encaje y tomó entre sus dedos el diminuto pezón. Podía imaginarlo sonrosado y podía tocarlo erguido, demostrando que ella estaba tan excitada como él.

Matt sentía pulsaciones en su entrepierna, sintiéndose asfixiado y necesitando liberarse. Sentía todo su ser inundado de sensaciones tan intensas que no podía pensar en nada más. Quería tomarla, quería hacerla gemir y pedir más. Quería saborearla y disfrutarla hasta que amaneciera y volver a empezar una y otra vez.

Cuando le soltó el seno para deslizarse la bragueta de su propio pantalón, Liz reaccionó. No quería aquello. Bueno, si quería acostarse con él. Lo deseaba, lo deseaba muchísimo. Pero no quería que su primera vez fuera en el patio de la casa de su tía y dentro de una camioneta. Ella había imaginado algo más romántico.

– Espera – le dijo poniendo su mano sobre la de él en un intento para que detuviera su urgencia por desnudarse.

Pero fue un error. Liz sintió claramente la potencia de la erección de él y quitó la mano como si el contacto la quemara. Él la miró confundido, con los ojos empañados en deseo. Pero hizo lo que ella le pidió, dejó su bragueta donde iba y se separó forzosamente de ella.

– Lo lamento – articuló él – sé que no es ni el momento, ni el lugar. Es solo que es muy difícil contenerme cuando estoy contigo.

Ella agradeció en silencio que él no la apresurara, pero sabía que tarde o temprano iba a terminar en la cama con él. Era demasiado atractivo y demasiado hábil, y la hacía sentirse tan mujer, que estaba convencida que quería que su primera vez fuera con Jeff.

– No tienes que disculparte – contestó ella – pero gracias por ser tan considerado.

Liz no sabía si debía bajar del vehículo o quedarse dentro un poco más cuando una luz en la entrada se encendió, seguro su tía Evelyn ya había notado que estaban ahí.

– Creo que debo marcharme – dijo ella – ¿Te veré mañana?

– Por supuesto – respondió él.

Y Elizabeth bajó de la camioneta no sin antes darle un beso menos intenso sobre los labios, dentro del vehículo aun se podía respirar la pasión que hacia tan solo unos segundos atrás los embargaba.

Se sentía extraña al dejarlo así, sobretodo sintiéndose igual de excitada que él y a Liz realmente le costaba seguir con aquello, prolongando el inevitable momento en que sus cuerpos se disfrutaran.

Porque de verdad le gustaba Jeff y de verdad deseaba llevar su relación al siguiente nivel, pero hacia muy poco que salían y no estaba segura de querer solo un rato de sexo con él.

Aunque no podía tacharlo de deshonesto. Desde el principio él le había aclarado que no le interesaba nada más que una simple compañera de cama.

Desde el porche de la casa se giró y le dijo adiós. No alcanzó a ver su cara pues el sombrero se la escondía, pero estaba segura que estaba igual que ella: confundido.

Cuando ella entró en la casa, él arrancó la camioneta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VI

Habían pasado casi dos semanas desde que Matt y Elizabeth empezaron a salir. Debido a las ocupaciones de ambos en los ranchos respectivamente, solo se veían un poco por las tardes.

Algunas veces Liz le llevaba el almuerzo al lugar donde él se ponía reparar la Ford F-100 y comían sentados en una manta. Otras veces salían a tomar un helado al pueblo o a pasear por el pequeño parque que había cerca del colegio donde él había estudiado. Ya no se quedaban hasta tarde paseando, nada más el sol empezaba a esconderse, Elizabeth le pedía que regresaran. Matt sospechaba que esa actitud de ella se debía la tensión sexual que había entre ambos y que ella no quería reconocer, mucho menos darle rienda suelta.

Sin embargo, le había prometido respetarla, y eso incluía tener la capacidad de esperar hasta que ella estuviera dispuesta a tener sexo con él.

Ya no iban al bar, fue una de las cosas que Elizabeth le pidió. No quería que la antigua “amiga” de él se sintiera herida por la relación que ahora ellos tenían.

La madre Matt aun no había vuelto de Boston, pero por teléfono, insistía mucho en saber quién era la chica con la que él salía. Pero Matt no se atrevía a decirle a su madre que salía con Elizabeth Connor. A decir verdad, era que él aun no le aclaraba a Elizabeth que él era Matt Jefferson.

Y por ese motivo no quería que nadie más se enterara de su relación, porque cualquier indiscreción podría desencadenar que ella se enterara por otro lado y se disgustara con él.

Por Dios que lo había intentado muchas veces, pero por una u otra cosa, aun no se lo había dicho. Además, quería que ella se sintiera realmente atraída hacia él, para que el disgusto de saberse engañada fuera menor y lo perdonara rápido.

Llevaba pocos minutos esperándola cuando vislumbró por el camino la camioneta del Rancho Connor, y sonrió. Esa tarde harían algo especial. Liz estaba tan entusiasmada, que se había puesto un vestido Chanel rosa pálido y unos zapatos de tacón de diez pulgadas, del mismo color. Se había recogido el cabello en un moño y se había maquillado como cuando salía de fiesta en Boston.

Jeff le había dicho que la llevaría a cenar a un lugar especial. Por eso Liz supuso que no irían al mismo restaurante de su primera cita, que dicho sea de paso, era el único del pueblo.

A los pocos minutos de estar conduciendo, miró estacionada en el camino la camioneta del rancho Kent que Jeff conducía. Él estaba recargado en el costado del vehículo, vestía un pantalón vaquero azul oscuro, una camisa a cuadros beige y azules y un sombrero Stetson color paja. Se veía tan atractivo que Liz contenía el aliento mientras él caminaba hacia ella para abrirla la puerta de la camioneta.

Se sintió fuera de lugar al notar que ella estaba demasiado elegante.

Pero de verdad quería verse bien por eso se había vestido y maquillado como cuando vivía en Boston. Sin embargo ahora se sentía tonta.

Pero cuando bajó del vehículo y Jeff la hizo girarse sobre su propio eje, ya no se sintió tan fuera de lugar.

– Estás hermosa – dijo él y Liz sonrió. Quería verse así para él.

– Gracias – respondió ella – ¿seguimos en tu camioneta o en la mía?

– Seguimos en la que yo traigo. Espero que te guste lo que tengo preparado.

Matt empezó a creer que ella se había vestido para ir a la ópera, y que tal vez no le agradara un picnic a la orilla del lago. Pero de antemano sabía que no podía ser prejuicioso con ella, porque siempre terminaba sorprendiéndolo.

Condujo por unos caminos que Liz no había notado, que se desprendían del camino principal y que se perdían entre los árboles. Iban rumbo al lado oeste, así el pueblo les quedaba hacia la derecha y los ranchos hacia la izquierda.

Durante todo el trayecto Liz estuvo muy seria, él la veía de soslayo a ratos, queriendo hacer plática, pero ella respondía escuetamente. Liz no podía dejar de pensar que Jeff la llevaba a algún lugar recóndito para que tuvieran sexo. Por eso se sentía triste y decepcionada.

Después de varios minutos, él se detuvo en una vereda y bajó de la parte trasera del vehículo una cesta y unas mantas. Liz sonrió, aun cuando el sol no se metía sospechaba que Jeff había llevado la cena.

– Vamos – dijo él – aun tenemos que caminar un poco.

Liz se miró los zapatos que traía. No debía haberse puesto tacones.

Con un suspiro y sin decir nada, bajó de la camioneta y se encaminó al lado de él con la más resplandeciente de las sonrisas.

Ella no se esperaba aquello. Cuando llegaron al sitio que Jeff le indicó, se sorprendió sobremanera. El sitio donde pasarían la cita, parecía salido de un cuento. Era un claro frente a un lago, que estaba adornado para una cena romántica al aire libre.

Jeff debía haberlo preparado desde temprano, pues se veía el esmero en la decoración. El lugar estaba adornado con faroles y había una fogata lista para encenderse. Él dejó la cesta en el suelo y extendió una de las mantas en el césped, sacó copas, vino, queso, ensaladas, y había algunos platillos con pollo y carne.

– No sabía que te apetecería comer – dijo él al notar que ella veía todo con unos ojos enormes por la sorpresa.

– Gracias – dijo educadamente ella – todo se ve delicioso.

No comieron de inmediato, la invitó a que se sentara a un lado de él y Liz así lo hizo.

– Cuéntame de ti, de tu familia – pidió él.

– No hay mucho que decir – respondió ella llevándose una fresa cubierta de chocolate a la boca. – mi madre murió hace unos años, mi padre es dueño de los hoteles Connor, y yo... pues yo, aun no sé qué voy a hacer con mi vida.

Él la miró sorprendido, pero no dijo nada.

– Dejé la universidad hace poco más de un año – Liz continuó al ver que él no respondía – Administración no es lo mío.

– ¿Y ya no piensas estudiar?

– Supongo que sí, pero no es una prioridad en este momento... he tenido algunos problemas con papá. No creo que en este momento quiera pagarme la universidad.

Liz empezó a sentirse incómoda, así que derivó la plática hacia él.

– ¿Hace mucho que trabajas en el Rancho Kent?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Era el momento, se dijo. El momento de decirle que él era Matt.

– Llevo toda mi vida en ese Rancho, pero empecé a trabajar realmente cuando cumplí dieciséis.

– ¿Tan joven?

– Fue cuando mi padre murió.

– Lo siento tanto.

Él sonrió y le tomó la mano. Sentía que debía decirle antes de arrepentirse, pero de pronto le entró una urgencia de besarla, porque sabía

que si primero le decía que él era Matt, seguro no lo iba a dejar acercarse hasta que se le pasara el coraje.

La luz del día empezaba a extinguirse y varios ruidos se escuchaban entre los árboles. Liz no notó que él se estaba acercando para besarla, cuando interrumpió su avance.

– Jeff – el que no lo llamara Matt lo hizo detenerse – ¿No encenderás los faroles? Se está poniendo oscuro.

– Claro que si – respondió él – pero quiero que primero veas algo, no debe de tardar mucho.

Y en efecto, a los pocos minutos unas diminutas luces empezaron a sobrevolar el agua del lago.

– ¡Oh, Dios! Es hermoso.

Cientos, si no es que miles, de luciérnagas daban un hermoso y romántico toque al lugar. Danzaban sobre la superficie del lago, haciendo que la luz de sus cuerpos se vieran reflejadas, y haciendo que Liz se sintiera entre las estrellas.

– Supuse que te gustaría. – Él le giró el rostro a ella para verla de frente – Elizabeth, hay algo muy importante que quiero decirte.

– Por supuesto, te escucho – Liz dejó un trozo de queso sobre uno de los platos.

– Mi madre y tu tía hace mucho que se conocen, y de alguna forma ellas pensaron que nosotros...

Matt no pudo terminar porque en ese momento, uno de los trabajadores de su rancho llegó corriendo hasta donde ellos estaban. Matt había dejado dicho donde estaría en caso de alguna emergencia, y a juzgar por el rostro de su empleado, debía ser así.

– ¡Jefe Jefferson! – El hombre llegó sin aliento pero aun así, hizo una inclinación con el sombrero a Liz, a modo de saludo – he venido a buscarlo

porque ocurrió algo.

– ¿Qué pasó, Brent? – Matt se puso de pie de inmediato y ayudó a Liz a hacer lo mismo.

– Uno de los toros que acaban de traer de Texas embistió a Julius y le desgarró la pierna, el médico ya viene en camino. Pero quise venir a decírselo.

Matt notó la preocupación en el rostro de Elizabeth.

– Anda, ve – dijo ella dándole un beso en la mejilla – después seguimos con nuestra cita.

– Te lo compensaré, lo prometo. – Matt la tomó de la mano – Brent, podrías recoger todo, llevaré a la señorita a donde dejamos estacionada su camioneta.

Horas después, Liz reflexionaba en lo que había conversado con Jeff, y en que no había terminado de decir aquello que había iniciado. Liz entendía que siendo el capataz del rancho, Jeff era responsable de los trabajadores a su cargo. Aun así, le hubiera encantado seguir con la velada.

Después de su desasosiego inicial, por creer que él la llevaba a un lugar apartado para tener sexo con ella y en realidad descubrir que se trataba de una cena romántica, llegó a la conclusión de que sí quería. Sí quería terminar la velada teniendo sexo con él.

Pero luego recapacitó y se dio cuenta de que no podía adelantarse a los hechos, como con Andrew. A ella le había dejado bastante lastimado su corazón, el hacer conjeturas. Esta vez iría lento, y seguro sería mejor.

CAPÍTULO VII

No supo de Jeff por días. Había ido a cabalgar por los linderos con la esperanza de verlo en la Ford F-100, pero tampoco se había parado por allá. Liz estaba empezando a preocuparse de verdad.

Y aunque había decidido ir lento, ya no estaba tan segura.

Empezaba a creer que Jeff ya no la buscaría. Lo mismo le había pasado con Andrew y se sentía estúpida.

Giró las riendas de su yegua para salir a todo galope, decidida a ya no estar esperándolo e intentar no pensar en él.

Una vez su padre le había dicho que ella tenía corazón de esponja, se enamoraba rápidamente de un chico y en cuanto se le pasaba el interés estaba lista para volverse a enamorar. Como cuando aprietas una esponja.

Estaba empezando a creer que era cierto.

Cuando llegó al rancho notó que había una mujer haciendo las labores que a ella le correspondían.

– Tía – Liz entró al despacho de Evelyn sin tocar primero – ¿Por qué hay una mujer en la cocina haciendo la cena para los empleados?

Evelyn dejó el papel que estaba leyendo sobre el escritorio y se quitó los lentes.

– Ella es Cora, la cocinera que trabajaba antes conmigo. Ha venido a decirme que necesita el trabajo y no pude negarme a devolvérselo.

– Entonces... ¿Ya no trabajaré para ti?

– Hija...

¿Cómo explicarle a Liz la situación? Las cocineras del rancho ya querían volver a su trabajo. Se suponía que solo estarían unas semanas de vacaciones, pero su “descanso” ya se había prolongado demasiado. Y lo más probable era que dentro de los próximos días, las otras dos cocineras regresaran también.

– Por supuesto que puedes seguir trabajando en el rancho. Mañana te buscaremos algo que hacer. En este momento Cora preparará la cena, yo estoy ocupada con unos asuntos y tú, pues puedes hacer lo que quieras, seguir paseando, dormir, salir con tu novio. Lo que gustes hacer, está bien.

Liz no dijo una palabra acerca de Jeff, no quiso decirle a su tía que su flamante “novio” se había esfumado y que llevaba días sin saber de él, en lugar de eso salió del despacho con una sonrisa algo fingida. No le gustaba para nada que la sacara del ritmo que ya había tomado. Ya estaba acostumbrándose al horario y a las labores, y la aterraba que la fuesen a poner a hacer algo en el campo. Como llevar pastar a los animales, o ayudar en los alumbramientos, o tener que trabajar en el rastro. No quería ver como descuartizaban a las reses.

Aunque por otro lado, podía ser la oportunidad de animarse a realizar la idea que hacía días tenía, desde aquella conversación con Jeff a la orilla del lago. Se había sentido estúpida al decir que no sabía que iba a hacer con su vida. Tal vez por eso Jeff ya no la buscaba, tal vez la consideraba una niña mimada y hueca. Y aunque tal vez en el pasado si haya sido así, hoy por hoy le avergonzaba.

Y había nacido en ella una idea que le gustaba más que estudiar administración o que ser la cocinera del rancho. Pero para ello necesitaba dinero y ya sabía cómo lo obtendría.

Fue al patio a buscar la camioneta que su tía le prestaba y sacó de la guantera el móvil que había arrojado furiosa el día que le habían cortado el crédito. Era increíble que en tanto tiempo no lo hubiera echado de menos, cuando antes no podía parar de usarlo.

Con el aparato en la mano, subió a su habitación y del armario sacó todas las prendas de diseñador, así como los zapatos y empezó a

fotografiarlos con su móvil, uno por uno. Al cabo de un rato, cuando hubo terminado, bajó al despacho de su tía.

– Me preguntaba – dijo Liz, después de que su tía le había dicho que pasara, esta vez si había tocado la puerta – si podrías prestarme tu portátil unos minutos.

– Claro que sí. Tómala – respondió Evelyn señalándosela.

Liz así lo hizo y subió a su habitación con la portátil en brazos.

Subió las imágenes tomadas con su móvil a un portal de subastas, esperaba obtener una cantidad de dinero razonable por sus prendas de diseño exclusivo. A fin de cuentas, ella ya no iba a necesitar esa ropa en Oklahoma.

Y había decidido ir al pueblo a la mañana siguiente a ponerle crédito a su móvil, así podría charlar con Jeff las veces que ella quisiera sin tener que tomar el teléfono de su tía. Pero pronto se percató de que no sabía si Jeff tenía teléfono, la próxima vez que lo viera, se lo preguntaría, a fin de cuentas ya tenía dinero y ahora podía pagarse ella misma las facturas de su móvil.

Se recostó en la cama, apenas iban a dar las cinco de la tarde y en un instante notó que se había acostumbrado tanto a las actividades del rancho que ahora no sabía qué hacer. Se sentía enclaustrada en su habitación, así que decidió que antes de que cayera el sol, saldría nuevamente.

– Tía – dijo Liz al ver que Evelyn salía del despacho con rumbo hacia la cocina, la mujer se detuvo al escucharla – saldré un momento a pasear en Star, ya debe de haber descansado.

– Claro, hija. Solo asegúrate de no llegar muy tarde. Aunque este lugar es tranquilo, puede ser peligroso andar sola en la noche.

– Lo tendré en cuenta, tía.

Dicho esto, se acomodó el sombrero y salió rumbo a las caballerizas. Su yegua Star ya había comido, la habían cepillado y estaba descansando, pero en cuanto la escuchó entrar se puso en pie, levantó las orejas y se acercó a la puerta de madera. Al parecer, el animal disfrutaba tanto como ella de sus paseos diarios.

Esta vez, Liz no cabalgó cerca de los linderos de las propiedades, en lugar de eso, se dirigió hacia el lago, supuso que yendo a caballo no tendría que caminar. Y así fue.

Aun no caía el sol cuando llegó al claro que Jeff había decorado para ella días atrás. Ya no estaban los faroles pero la fogata sin encender seguía allí. Ató la rienda de Star a uno de los árboles y caminó por la orilla del lago. Algunos patos levantaron el vuelo al sentir como ella introdujo la mano en el agua, estaba helada e increíblemente quieta.

Liz sabía que si esperaba lo suficiente, las luciérnagas saldrían de entre los juncos para iluminar la superficie del lago. Sin pensarlo, se quitó las botas y metió los pies dentro, esperaba no enfermarse. Sabía que no era buena idea pero la sensación era increíble. Al quitarse el sombrero sintió como el aire fresco se colaba entre su cabellera y la agitaba. Todos los días usaba el viejo sombrero que Jeff le regalara, la hacía sentirse cercana a él. Lo puso sobre las botas y cerró los ojos, pensando en el hombre que extrañaba tanto.

– Hola, Elizabeth – una voz grave tras su espalda la sobresaltó. No hacía falta girarse para saber quién era.

– Hola – respondió ella, sacando los pies del agua helada y tomando las botas para calzarse. Se acomodó el cabello lo mejor que pudo y se puso el sombrero antes de girarse. Cuando miró a Jeff de frente, sintió pesada la respiración.

Dios, como lo había echado de menos. Sintió la necesidad de arrojarle a sus brazos y besarlo desenfrenadamente, pero se contuvo.

Había decidido ir lento, se recordó. Aun así, verlo con los primeros tres botones de la camisa desabrochados, la estaba volviendo loca.

– Te quiero pedir una disculpa – dijo él tomándola de la mano – tuve que salir de emergencia fuera de Roostvalley, el médico del pueblo no podía hacer nada por la pierna de Julius y tuvimos que llevarlo a Oklahoma City. Sé que fueron muchos días, pero...

Al diablo con eso de esperar e ir lento, Liz se abalanzó sobre él y lo besó como nunca. Con una urgente necesidad de sentir el sabor de ese hombre que volvía locos todos sus sentidos.

Él la sostuvo de la nuca y el sombrero de Liz cayó al suelo sin hacer ruido, mientras ella metía con urgencia las manos dentro de la camisa desabotonada. Se sorprendió, pero solo por un minuto, se quitó el sombrero y le devolvió el beso con toda la pasión contenida.

Todos esos días no había hecho otra cosa sino pensar en ella. Mil veces quiso marcar por teléfono al Rancho Connor para oír la voz de Elizabeth, pero se detenía al pensar que Evelyn podía reconocerlo y cometer una indiscreción antes de que él le aclarara las cosas a la dulce chiquilla que con manos temblorosas intentaba explorarle el cuerpo.

Él metió las manos bajo el suéter y se topó con el sujetador, lo soltó de forma rápida mientras ella se restregaba contra el cuerpo de él.

En un movimiento la levantó en brazos, mientras Liz le atrapaba la cintura con las piernas.

La alejó de la orilla del lago, y la llevó hacia donde tenían atados los animales. La sostuvo con una sola mano, mientras que con la otra, sacaba una manta de la alforja de su caballo. Tiró la manta sobre el césped que el mismo había recortado antes de su cita con Elizabeth y dejó Liz suavemente sobre ella.

Estuvo a punto de preguntarle a Elizabeth si sabía lo que estaba haciendo, pero la mirada de deseo de ella y su urgente necesidad por sacarse los pantalones vaqueros, le confirmó que efectivamente, Elizabeth sabía perfectamente que estaba haciendo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII

Ya no hubo necesidad de palabras. Cada acción, cada gesto, cada caricia, era como un verso escrito por ellos dos solo para disfrutarlo. Era una promesa implícita.

Elizabeth le acarició el cuerpo con manos inseguras y respiración irregular. Lo ayudó a quitarse la camisa y se perdió en el momento, al pasar los dedos temblorosos por sus abdominales marcadas. Se detuvo en las tetillas rosadas deleitándose con el vello fino que tenían alrededor.

Matt se desabotonó el pantalón y se quitó las botas mientras ella luchaba por arrojar lejos el suéter que aun mantenía sobre sus hombros el sujetador. Al lograrlo, quedó desnuda frente a él.

Liz no sintió pena, ni siquiera cuando él estuvo desnudo totalmente frente a ella, a pesar de no haber estado así con ningún otro hombre jamás.

Él le besó la piel desde el cuello hasta el hombro, mientras la separaba levemente con la mano. Notó que ella estaba lista para recibirlo y se introdujo lentamente. No por que supiera que era algo desconocido para ella, simplemente porque quería disfrutar la dulce agonía de prolongar lo inevitable.

Ella no sintió dolor al tenerlo dentro, simplemente fue algo diferente, fue sentirse llena sin saber que antes había estado vacía.

Pero cuando él empezó a moverse, esa sensación de plenitud fue convirtiéndose en un torbellino de fuegos artificiales. A tal grado que no pudo evitar convulsionarse mientras en sus labios luchaba por contener los gritos que atenazaban su garganta. Cuando sintió una especie de contracciones, abrió los ojos desmesuradamente, encontrándose con que la noche ya había caído y cientos de diminutas luces flotaban en la oscuridad.

Matt creyó volverse loco al sentirse dentro de ella. Era cálida, suave y dulce. Al principio notó cierta resistencia que lo hizo dudar en si seguir

adelante o detenerse, pero Elizabeth hizo un movimiento con las caderas que lo hizo perder todo rastro de cordura. Y a pesar de que quería disfrutarla lento y durante toda la noche, cuando sintió que ella tenía los espasmos propios de un orgasmo, no pudo contenerse y llegó al clímax pocos segundos después que ella.

Estuvieron abrazados, largo rato sin hablar. Liz no sentía frío, pues el cuerpo de él estaba sobre el de ella.

Matt intentó moverse, sabía que su peso era demasiado para el frágil cuerpo bajo su torso y cuando lo logró y la miró al rostro, lo supo.

Los ojos de ella sonreían, sabía que Elizabeth era feliz y por un segundo quiso decirle “te amo”. Pero no lo hizo. El pánico se apoderó de Matt, al darse cuenta de que lo que habían compartido no lo había tenido nunca con nadie más.

Ni Helen, ni Laura, ni Mary Alice lo habían hecho desear gritar que las amaba. Y Elizabeth... Elizabeth, sí. Por Dios que quería gritarle al mundo que la amaba.

– Jeff – dijo ella y el volvió a la realidad. No quería aceptarlo pero sabía que ella jamás le perdonaría el haberle dejado creer que él era alguien más.

Y entonces el pánico volvió a él una vez más. Esta vez, no por descubrir que se había enamorado de ella, sino por darse cuenta que podría perderla.

– ¿Jeff? – repitió Liz, parecía que él estaba a kilómetros de distancia de ella. – ¿Sucedo algo?

– No, solo que... pues... – Elizabeth empezó a sonreír cuando notó lo nervioso que él estaba – pues... que no me esperaba que esto sucediera.

Ella dejó de sonreír.

– ¿Te arrepientes? – preguntó mientras buscaba a tientas el suéter que poco antes sentía como una verdadera prisión, con la intención desesperada de cubrirse.

– ¡No! – respondió él tomándola del rostro para que ella notara que él era sincero. La oscuridad ya había caído y aunque había luna y las luciérnagas ya danzaban en el ambiente, no quería que la oscuridad fuese un impedimento para verse los rostros claramente. – Por supuesto que no me arrepiento, es solo que no vine preparado y no he podido contenerme. Debes de creer que soy un chiquillo de quince años.

Entonces Liz lo comprendió. Él se refería a que no habían usado protección. Eso la enterneció, él estaba preocupado por ella.

– No te preocupes – dijo ella incorporándose para terminar de ponerse el suéter – Soy una persona sana, creo que tu también y por un embarazo... pues no creo que suceda.

Matt no supo cómo interpretar el último comentario. ¿Acaso ella se estaba cuidando? Porque él creyó que esa había sido la primera vez de Elizabeth.

– Todo está bien – dijo ella, pensando en que su periodo acababa de pasar y había muy pocas probabilidades de quedar embarazada. Le dio un beso, para quitar de su cabeza cualquier fantasma que se hubiese podido instalar. – ha sido maravilloso y muy satisfactorio. Muchas gracias. Ha sido mejor de lo que había imaginado.

Eso se lo confirmó. Había sido la primera vez de ella. Matt sintió que algo crecía dentro de su pecho y tuvo que acercarla. La estrechó entre sus brazos con el torso aun desnudo, notando que ella estaba helada por que la temperatura ya había empezado a bajar y Elizabeth seguía desnuda de la cintura hacia abajo.

– ¿Quieres quedarte un rato más aquí conmigo? – Le susurró él al oído – puedo encender la fogata.

– No puedo, lo siento. – Respondió pensando en que la posibilidad de quedarse ahí con Jeff toda la noche era una idea demasiado tentadora – Le he prometido a mi tía que llegaría temprano.

– Bien. Entonces te acompaño.

Se vistieron lentamente, dejando que la vista siguiera disfrutando lo que la piel ya había probado y sonrieron. Ambos se sentían tan naturalmente plenos, que aunque ninguno lo dijo, sabían que no habría nadie más para ellos.

Cabalaron poco más de una hora, lento. Disfrutando de la noche, de la luz de la luna, de los ruidos de los grillos y del ulular de las lechuzas que vivían entre los árboles. Jeff le contó que a Julius lo habían operado y que habían logrado salvarle la pierna. Pero que se había quedado en recuperación todos esos días.

Le contó también que él le había donado su sangre, y que por eso había tenido que quedarse en Oklahoma City todo ese tiempo. Eso llenó de orgullo a Liz, pues consideraba a Jeff un hombre como pocos y esa información se lo corroboraba.

– ¿Y Matt? – Quiso saber ella – ¿No se molestó porque dejaste tu trabajo toda la semana?

Matt se dio cuenta que no tendría oportunidad mejor que esa para ser honesto, pero el pánico que lo había invadido cuando pensó en que podría perderla, volvió a él y con más fuerza. Y simplemente no pudo decirle.

– Estás equivocada respecto a él – ciertamente eso era verdad – él no es el monstruo que tú piensas.

Liz se sonrojó.

– ¿Crees que pienso que es un monstruo por que el día que nos conocimos hablé pestes de él? – no necesitaba una respuesta, sabía que así era. – porque si es así, hay más que solo mala voluntad de mi parte hacia él.

Eso le pareció interesante a Matt. Quería ver qué era lo que ella pensaba.

– ¿Entonces? – La instó a seguir – me gustaría mucho conocer tu lado de la historia.

Liz no reparó en sus palabras. Lo único que quería era que a él le quedara claro que aunque su padre consideraba a Matt el mejor partido, ella definitivamente no quería nada con él. Mucho menos ahora, que se había dado cuenta que el amor existía, porque palpitaba dentro de su corazón y lo hacía por ese hombre que cabalgaba a su lado.

– Mi padre cree que... – ¿Por qué era tan difícil decirlo? Si ella no tenía nada que ver con eso – mi padre cree que Matt sería un estupendo marido para mí y ha decidido que debo casarme con él. Eso, sin consultarlo conmigo.

– ¿Y él, está de acuerdo? – esperaba que ella también supiera que ese matrimonio también había sido concertado sin su consentimiento ni aprobación. Aunque ahora deseara casarse con ella por voluntad propia.

– Supongo que sí. Jamás me he comunicado con él. Pero escuché una conversación de la madre de él y mi padre por teléfono, donde convenían que el pago para Matt sería de dos millones de dólares. Solo por hacer el sacrificio de casarse conmigo. – Liz terminó en un hilillo de voz. Le dolía realmente que su padre quisiera hacer eso con ella.

Matt casi se cayó del caballo al oír aquello. No podía creerlo. Pero efectivamente, semanas atrás había recibido un depósito de los Hoteles Connor en su cuenta de banco por la cantidad de dos millones de dólares.

Pero él había creído que se trataba del contrato que su madre había concertado para proveer de carne a la cadena hotelera. Ahora se daba cuenta de por qué Elizabeth estaba tan herida. Y sintió su dolor como si fuera propio.

– Debe haber un error – masculló él.

– No lo hay – rebatió Liz – créeme, papá hace años que me amenaza con deshacerse de mí, solo porque dice que está cansado de mi rebeldía.

La sonrisa triste de ella, hizo que Matt sintiera ganas de golpear a su futuro suegro. Así que acercó a los caballos lo suficiente como para poder abrazarla.

– No te preocupes – le dijo al oído – todo estará bien. Yo veré como arreglarlo.

Ella sonrió y Matt pudo sentirlo ya que Elizabeth había enterrado el rostro en el hueco que se formaba entre su cuello y su hombro.

– Sé que todo estará bien – confesó ella con los labios pegados a su piel – sé que ahora todo estará bien. Llegaron al Rancho Connor cerca de las nueve de la noche, Matt la acompañó hasta dentro de las caballerizas y la ayudó a quitarle la montura a Star mientras ella le contaba sobre sus futuros planes.

Él notó la felicidad de Elizabeth cuando le dijo que la apoyaría en todo. Tiró al suelo el cepillo de la yegua que traía en las manos, y en un acto de efusividad que nunca le había visto, ella le brincó tomándolo del cuello y besándolo en la boca.

– Gracias, sabía que podía contar contigo – le dijo mientras él trataba de sostenerla con ambas manos – si se lo hubiese expresado a mi padre, seguramente me habría dicho que estoy loca.

– Quiero que tengas algo presente – respondió él mirándola directamente a los ojos – en este momento y también en el futuro. Tu padre y yo no somos iguales. Créeme. Y cualquier cosa que diga lo contrario es mentira.

Ella no supo cómo interpretarlo. Pero él lo dijo pensando en el momento en que Elizabeth se enterara que él era Matt Jefferson.

– Lo tendré en cuenta – prometió ella.

Ambos terminaron de acicalar a la yegua y cuando el caballo de él hubo terminado de beber agua, se despidieron. Liz lo acompañó y se dieron un beso antes de que él volviera a montar y se perdiera en la oscuridad que acompañaba a la noche.

Cuando Liz entró a la casa, notó que su tía, quien estaba parada al pie de la escalera, la miraba con una sonrisa.

– Has recibido varias llamadas de teléfono, hija. – Evelyn se acercó a ella con una hoja donde tenía anotados todos los recados.

– ¿De parte de quien? – quiso saber Liz extrañada.

– De múltiples mujeres que están interesadas en comprar las prendas que vendes.

– ¿De verdad? – Liz se emocionó tanto que tomó de las manos a su tía y empezó a girar con ella, mientras ambas sonreían.

– Claro que si, hija. – respondió Evelyn, deteniéndose y obligando a Liz a parar de girar – Pero dime, ¿estás así de feliz por esta noticia, o por el joven que se acaba de ir?

– Por ambas cosas, tía. Creo que estoy enamorada. ¡Muy enamorada!
– gritó subiendo por las escaleras y agitando el papel en la mano.

– ¿¡No vas a cenar, Lizzy!?

Liz se paró al llegar a la segunda planta y dio un giro más.

– No tengo hambre, tía. Pero te prometo comer algo después de devolver las llamadas – respondió y se perdió por el pasillo tateando “You’re beautiful” de James Blunt.

Muy temprano por la mañana, y ya sin la ocupación de tener que preparar el desayuno, se dirigió al pueblo, cargada con varias cajas donde había empacado cuidadosamente los zapatos y los vestidos que había logrado vender.

Realmente no le habían dado lo que costaban las prendas. Y aunque había algunas a las que no les quitaba la etiqueta aun, supuso que sería por que estaban consideradas como de segunda mano.

Su padre se infartaría si descubriera que había vendido vestidos de veinte mil dólares por dos mil y zapatos que le habían costado casi cinco mil dólares por doscientos o trescientos.

Pero la realidad era que ahora tenía en su cuenta de banco cerca de quince mil dólares y ella consideraba que con eso sería suficiente para rentar el local que habían visto vacío ella y Jeff y surtirlo de mercancía.

Tenía pensado poner una tienda de ropa, que tuviera en su inventario, además de vaqueros, botas y sombreros, vestidos, bolsos y zapatos de tacón. Sabía que todas las mujeres del pueblo se convertirían en sus clientas.

Porque al haber una tienda así en el pueblo, ya no tendrían que viajar hasta Oklahoma City. No podía creer que estuviera a punto de lograrlo. Lo que más la emocionaba era el hecho de que Jeff la apoyaba incondicionalmente. Y eso la hacía sentirse querida. No como con su padre, que siempre menospreciaba las decisiones que ella tomaba.

Aun antes de llevar a cabo los planes que Elizabeth ideaba, Douglas siempre los echaba por tierra, argumentando que probablemente Elizabeth fallaría al desistir. Pero eso se había acabado, ahora había encontrado a un buen hombre que creía y confiaba en ella y que estaba logrando que por primera vez ella se enamorara de verdad.

CAPÍTULO IX

No miró a Jeff hasta dos días después. Feliz le contó que ya tenía arrendado el local que habían visto cerca de la heladería frente al parque y que estaba esperando un nuevo depósito de efectivo para ir a traer ropa de Oklahoma City.

– ¿En qué irás a por la mercancía? – quiso saber él, mientras compartían el almuerzo sentados sobre una manta a un lado de la Ford F-100.

– Mi tía me ha dicho que puedo llevarme una de las camionetas del rancho. Sé que es muy pesado conducir hasta allá. Pero es que desde la muerte de mi tío, ella vendió las avionetas y el hangar ya no se utiliza. Y aunque hubiera avioneta, no hay piloto que pueda llevarme.

– Yo te llevaré – propuso él – ¿Qué día tienes pensado ir?

– No lo había planeado aun – dijo emocionada – pero puede ser mañana ¿Podrás?

– Claro, no creo que haya problema.

– Bien – dijo él poniéndose de pie y limpiándose las comisuras con una servilleta de papel – entonces mañana te espero en el hangar de este rancho.

– Espera, espera – rebatió ella imitándolo – creí que iríamos por carretera.

– Pero en helicóptero llegaríamos en veinte minutos. – Razonó él – ¿No quieres que te lleve en el helicóptero que yo piloteo?

– ¿Piloteas helicóptero? – Preguntó emocionada – No lo sabía.

– Claro que sí. Soy piloto certificado, fui yo quien llevó en helicóptero a Julius hasta Oklahoma City ¿No te lo había comentado?

– No. Créeme, no lo hubiera olvidado, pero ¿No habrá algún problema con “ya sabes quién”?

– ¿Quién? ¿El dueño del rancho? Por supuesto que no – dijo tomándola por la cintura y dándole un beso con sabor a pizza de champiñones.

– Bien, pues siendo así, acepto encantada. Pocas semanas después de su viaje a Oklahoma City la tienda estaba a punto de ser inaugurada. Había conseguido ropa de excelente calidad a muy buen precio. Y además el fabricante le había propuesto una idea estupenda, si ella le llevaba los diseños, ellos podían manufacturarle la ropa con las telas y tallas que ella decidiera.

Así que los últimos días, los había pasado diseñando a más no poder. Liz sabía que no era muy buena dibujante, pero los diseños estaban quedando preciosos.

El local estaba listo y había quedado hermosísimo. Jeff le había ayudado a pintarlo de un color blanco marfil y había mandado traer el letrero fabricado en aluminio brillante que ponía “Elizabeth Connor” en letras grandes.

Todo se veía perfecto, y ya muchas personas se habían acercado a preguntar cuando seria la inauguración. Jeff también le había ayudado a montar los maniqués y a acomodar la ropa en los estantes y los escaparates. Solo esperaba que no lo fueran a despedir de su empleo en el Rancho Kent, porque últimamente pasaba demasiado tiempo con ella.

Liz se preguntaba si Matt Kent ya sabría que ella y Jeff eran amantes. Pero no le quería preguntar directamente a Jeff. No quería incomodarlo.

– ¡Listo! – dijo él bajando de las escaleras móviles – el último estante de ropa ya quedó terminado.

Cuando miró lo radiante que estaba Elizabeth, la apretujó contra su costado y no pudo evitar mirar orgulloso el gran negocio que ella sola había ideado y costado. Le gustaba que su Elizabeth tuviera iniciativa y que

hiciera lo que le gustaba. Bueno, en realidad a todas las mujeres les gustaba la ropa y los zapatos. Y esa era la razón por la que él estaba convencido que esa pequeña empresa sería todo un éxito.

Llevó a Elizabeth hasta el rancho y cuando se estaban despidiendo no pudo evitar besarla desenfrenadamente, tanto que empezó a excitarse ahí mismo. Pero nadie podía culparlo. Amaba a esa mujer apasionadamente y además tenían varios días tan ocupados con el negocio que ella estaba montando, que no habían tenido tiempo ni para hacer el amor y estaba realmente necesitado de sentirse fundido con ella.

Ella respondió a la caricia con la misma intensidad que él. Pero cuando notó que él quería algo más, detuvo el contacto.

– Espera – le dijo separándolo de ella un poco con la mano – alguien puede vernos. Ya sabes que los empleados nos vigilan, desde aquella vez que te presentaste en la madrugada para despertarme.

Él sonrió y ella fue feliz al verlo.

– Tienes razón. Dejémoslo para mañana.

– ¿Recuerdas que mañana es la inauguración?

– Seguro terminarás muy cansada, ¿cierto?

Ella sonrió. Parecía que él le estaba pidiendo permiso para hacerle el amor. Era tan considerado.

– Ya veremos – respondió ella con una sonrisa y le estampó otro beso antes de bajar.

Una vez en el porche, se giró para despedirse con un movimiento de mano y él hizo lo mismo. Liz se dispuso a entrar cuando miró que él encendía la marcha nuevamente. Pero giró la perilla hasta que Jeff estaba cruzando la verja del rancho.

– ¿Qué crees que haces?

La puerta principal se había abierto de golpe y Douglas Connor la sostuvo con excesiva fuerza de uno de sus brazos llevándola a jalones hacia la estancia.

– ¡Suéltame, papá! – Liz se zafó de su padre de un tirón haciendo que el sombrero terminara en el suelo. – ¿Qué es lo que tú haces? ¿Por qué me tratas así?

Douglas se giró, tratando de calmarse. Liz se parecía tanto a su madre, pero solo en lo físico. En el carácter y en el comportamiento eran totalmente diferentes.

– No puedo dar crédito a lo que veo – dijo él profundamente molesto – estoy acostumbrado a tus escándalos, a tus borracheras, a tus caprichos, pero nunca imaginé verte comportarte como una cualquiera dejándote manosear dentro de un carro. Mírate, despeinada y con los labios hinchados ¿Quién era el tipo?

– Es mi novio – respondió Liz orgullosa sin explicarle que si estaba despeinada era porque habían trabajado todo el día en el local – y no te permito que me hables así. Yo soy dueña de mi cuerpo y si quiero “manosearme”, como dices tú, con quien yo quiera, eso voy a hacer.

– Que te quede muy claro...

– No, papá, que te quede muy claro a ti, yo soy una adulta y no voy a permitir que quieras hacer con mi vida lo que te dé la gana.

Dicho esto, Liz recogió el sombrero rápidamente y subió furiosa por las escaleras, al llegar a la habitación cerró de un portazo y echó la llave. Dejando irascible a su padre en la estancia.

Douglas se sirvió un whisky, derramando unas gotas en la alfombra, la mano le temblaba de la furia que sentía. ¿Cómo podía ser tan irracional su hija? Era una caprichosa, eso era lo que sucedía.

No quería a Matthew Jefferson solo porque a él le parecía un partido estupendo. Sin embargo ahí estaba, manoseándose con un peón de rancho

solo por molestarlo a él.

Su hija salía con un trabajador de uno de los ranchos vecinos, según le había dicho Evelyn. Y no solo eso, sino que además estaba trabajando para ganarse su propio dinero, y así él ya no podía chantajearla para que regresara a casa y accediera a conocer a Matthew. Pero si la conocía, y sabía que así era, Liz se iba a cansar pronto. Se iba a cansar de trabajar y también de este tipo y lo iba a dejar cualquier día de esos, como lo había hecho innumerables veces.

Dejó el vaso de whisky en una de las mesillas que adornaban los pasillos de la casa, mientras decidido, subió al segundo piso. Si su hija pensaba que podía comportarse así con él y no iba a tener consecuencias, estaba muy equivocada.

– ¡Elizabeth! – Douglas golpeó la puerta de la habitación de su hija, mientras ella intentaba enterrarse entre las almohadas de su cama.

– ¡Vete! – Gritó ella a modo de respuesta – no quiero hablar contigo.

– ¡No hemos terminado esta conversación, señorita! – Liz casi podía ver a su padre con las manos en jarras – ¡Abre la puerta!

Con desgana, Liz se paró de su cama y abrió la puerta a regañadientes. Justo en ese momento, su tía Evelyn terminaba de subir las escaleras.

– ¡Por Dios Santo! ¿Qué está sucediendo aquí? Sus gritos se escuchan en toda la casa.

– Ésta sobrina tuya – dijo Douglas con un tono de voz más mesurado – está empeñada en matarme de un disgusto.

La cara de Liz reflejaba a las claras lo que opinaba del comentario de su padre. Aun así, consideró necesario replicar.

– No, papá. Eres tu quien quiere matarme de un disgusto a mí. No puedes culparme por querer hacer de mi vida lo que yo considere mejor.

– Santo Dios, escúchense. – Intervino Evelyn, parada en el quicio de la puerta junto a su hermano. – Son padre e hija ¿Qué puede ser tan grave como para que digan eso el uno del otro?

– ¿No se le has dicho a mi tía? – preguntó Liz, encaminándose hacia la ventana para no verle el rostro a su padre.

– ¿Decirme qué?

– Que mi padre me vendió, – respondió Liz mientras luchaba por que el nudo que sentía en su garganta desapareciera. – o mejor dicho, me compró un marido, para que me tenga sometida y ya no lo avergüence con mis “escándalos”.

Evelyn se quedó en silencio ante su comentario, eso hizo que Liz se girara, con una terrible sospecha en su interior.

– ¿Lo sabías? – quiso saber Liz, la cara que puso su tía, se lo confirmó. – No lo puedo creer, ¡lo sabías!

Liz empezó a dar vueltas por la habitación sin saber qué hacer, pero tratando de sacar su frustración.

– Cariño...

Douglas y Evelyn se miraron a la cara, ninguno sabía que decir.

– Sabías que pretendía casarme con Matt, tu vecino, al que invitaste a la cena de Año Nuevo ¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

– Lizzy...

– No tía, ya no quiero escucharlos. Me siento traicionada y herida.

Y dicho esto, Liz empezó a guardar su ropa en la maleta que estaba en el armario.

– ¿Qué crees que haces? – preguntó su padre.

– Me voy. No quiero seguir un momento más aquí, con ustedes.

– Si crees que voy a permitir que te vayas con ese tipo con el que sales, estás muy equivocada.

Liz metió a la maleta solo la ropa y las botas que había comprado en el pueblo. No guardó ni una sola prenda de diseñador de las que aun no vendía. Esperaba poder regresar por ellas después para subastarlas por internet. Porque sabía que en su nuevo negocio no las vendería jamás por el precio desorbitado que últimamente estaban alcanzando sus prendas en la red.

– No, papá. No me iré con él ¿sabes por qué es perfecto para mí? Porque me dejó bastante claro que lo único que quería de mi, era dormir conmigo, no casarse. Así que despreocúpate. No me casaré con él.

Cuando Matt llegó a su casa no se esperaba con la sorpresa de que su madre había regresado de Boston. Hacia una hora que Douglas Connor y ella habían llegado en el jet privado del magnate hotelero. Eso quería decir que el padre de Elizabeth estaba en Roostvalley, y más le valía a Matt decirle la verdad a Elizabeth antes de que algo ocurriera.

Se quedó charlando con su madre solo unos minutos, pues la excitación que le había provocado Elizabeth, era muy evidente en su cuerpo y se iba a dar una ducha fría.

Mientras el agua fresca recorría su piel desnuda, trataba de planear la manera en cómo decirle a Elizabeth que él era Matt. Sabía que se iba a molestar, inclusive podría pasar que ella se negara a seguir con la relación. Pero también estaba la posibilidad de que ella aceptara la situación.

Ya que Matt estaba realmente enamorado de ella. Mucho más que con Laura, Helen o la misma Mary Alice. Elizabeth era diferente. Lo hacía sentirse bien y pleno. Y aunque era muy mala bailando country y se comía la pizza con cubiertos, era definitivamente la mujer de su vida. A él le gustaba en demasía verla sonreír y poner mirada de soñadora mientras compartían recuerdos de sus vidas.

Y de verdad, Matt no deseaba arruinar la relación entre ellos. Sobre todo ahora que sabía qué era hacer el amor con Elizabeth. No quería que ella pensara que había utilizado la confusión respecto a los nombres para aprovecharse de ella.

Pensó en pedirle ayuda a Evelyn o a su madre, pero de inmediato desechó la idea, debía hablar con ella directamente, sin intermediarios.

Y ya sabía que haría, después de la inauguración del local de ropa, la invitaría a una cena romántica a la orilla del lago y le propondría matrimonio. Esta vez decoraría el lugar con rosas rojas y velas. Pondría una mesa con fresas y chocolate y después de cenar, le explicaría todo.

Solo tenía que pedirle el anillo de diamantes de la familia a su madre. Y esperaba que pudiera guardar el secreto hasta que Elizabeth supiera toda la verdad y aceptara casarse con él.

CAPÍTULO X

Caminar en medio de la noche y cargando una maleta pesada por medio de un camino agreste, no era la mejor idea que Liz había tenido en su vida. Pero no tuvo otro remedio después de que le estuvo marcando al móvil a Jeff y nunca respondió.

Por eso se atrevió a llamar por teléfono al Rancho Kent para preguntar por él. Esperaba que pudiera llevarla al local, tenía pensado dormir en la trastienda. Pero colgó cuando una mujer, cuya voz se le hacía familiar y supuso sería Abygail Kent, le preguntó cuál era el apellido de Jeff, por que no recordaba a ningún empleado con ese nombre.

En ese momento comprendió que no sabía el apellido de Jeff, ella nunca se lo había preguntado y él nunca se había molestado en decírselo.

Así que, en ese estado de conmoción, hizo lo único que creyó conveniente. No podía ir a pie hasta el pueblo. Pero si podía caminar hasta la vieja camioneta que Jeff estaba reparando. Ta vez no sería cómodo dormir ahí, pero estaría protegida del frío y de cualquier animal que rondara los valles y las colinas de las praderas.

Cuando llegó hasta allá, sacó de la caja de la Ford la manta sobre la que almorzaban ella y Jeff y la extendió en el asiento de la cabina. Todo estaba totalmente oscuro y solo tenía la luz de su móvil para iluminar un poco la negrura de la noche. Se recostó después de cerrar las puertas del vehículo lo mejor que pudo.

Tardó bastante en quedarse dormida y cuando por fin lo logró, el sonido de varios caballos al galope la despertó sobresaltada. Esperaba que no fuera una manada de caballos salvajes desbocados. Rondaban las doce de la noche cuando Abygail despertó a Matt.

Seymour, el capataz, había llamado a la puerta principal, para avisar que uno de los trabajadores había visto a alguien introduciéndose

furtivamente al rancho por el lindero oeste, muy cerca de donde estaba la vieja F-100 abandonada.

Matt se levantó de inmediato y rápidamente Seymour y él organizaron una cuadrilla para ir a ver si se trataban de cuatreritos o algún ladrón vulgar.

Todo estaba en calma, estuvieron revisando largo rato los alrededores, pero no había nada fuera de lo común. Entonces Matt decidió que debían revisar la Ford F-100. Tal vez quien había entrado al rancho, aun seguía ahí.

Y en efecto, él y los quince hombres que lo acompañaban encontraron al intruso durmiendo dentro de la Ford, pero no se trataba ni de un cuatrero, ni de un ladrón. Era Elizabeth que salió despavorida del vehículo al escuchar los cascos y relinchos de los animales.

– ¿Elizabeth? ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche? – Matt desmontó y se acercó a ella desesperado, esperaba que no le hubiera sucedido nada malo.

– ¡Oh, Jeff! Qué alegría verte – respondió ella arrojándose a sus brazos. Él estaba cálido y se sentía protegida ahí contra su torso. – Tuve un problema... pero me gustaría hablarlo contigo a solas – siguió Liz en voz más baja al notar que eran el centro de atención de todos los hombres a caballo.

– Por supuesto. – Dijo él ayudándola a subir a su corcel – muchachos, los que están de guardia pueden volver a sus puestos, los demás vayan a descansar.

Todos los hombres obedecieron, cada uno tomó rumbo diferente, mientras Elizabeth y él cabalgaban hacia la casa. Matt esperaba que su madre ya estuviera dormida, por que había la posibilidad de que todo se descubriera antes de que él se lo confesara a Elizabeth. Y por Dios que no quería que pasara así.

Entraron a la casa por la puerta de la cocina y Matt puso una tetera en la estufa para hervir agua.

– ¿Apeteces café o té? – Matt notó que ella estaba helada. La había encontrado dormida en vaqueros y suéter, y esa prenda era tan delgada que bien podría darle una pulmonía a la joven.

– Té, por favor.

Cuando la tetera empezó a silbar, sirvió dos tazas, las puso sobre la mesa y se sentó frente a Elizabeth.

– Ahora, cuéntame que ha sucedido, ¿Por qué estabas dormida en la F-100?

– Es algo largo de contar. Pero para resumir, mi padre nos vio besándonos fuera de la casa de mi tía, discutimos y decidí que no quería dormir bajo el mismo techo que él.

– ¿Y por qué no me llamaste? Yo hubiera ido por ti y te habría traído conmigo.

– Si te llamé, pero nunca contestaste tu móvil y cuando marqué para acá, la señora que respondió dijo que no conocía a ningún Jeff.

Matt se atragantó con el té. Debía haber sido su madre quien contestó la llamada.

– ¿Te encuentras bien? – preguntó ella levantándose y acercándose a él para darle unas palmadas en la espalda.

– Sí, es solo que la señora Abygail no me dice Jeff – expresó él, omitiendo que como le decía era “hijo” – debió ser ella quien respondió.

Liz ya lo suponía.

– No quiero darte molestias, pero la verdad, no me siento cómoda aquí. No quisiera que la señora Abygail o el mismo Matt nos encuentren en su cocina. ¿Sería posible que fuésemos a tu habitación?

Matt no supo que decir. Si le confesaba la verdad, y conociéndola, sabía que seguro saldría molesta de ahí, a esas horas de la noche y sola. En

cuestión de segundos lo decidió. Seguiría con la farsa hasta que amaneciera, la llevara a su casa, hablara con Douglas Connor acerca de lo que pensaba de su actuar como padre y aclarara todo ese enredo con ella.

– Bien, vamos. – tomó el Stetson de la mesa y la guió hacia las casas de los empleados.

Matt había pensado en llevarla a dormir a alguna de las casas de los que estaban de guardia. Pero luego reparó en la cabaña que solía usar de niño para jugar. Era pequeña. Pero estaba acondicionada bien, pues cuando estaba por casarse con Helen, ella solía encerrarse ahí para hacer los “planes de la boda”. Después Matt se enteró que lo que realmente hacía ahí dentro, encerrada y supuestamente sola, era serle infiel con uno de sus empleados que resultó ser amante de la mujer desde antaño.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Y se sorprendió al darse cuenta que el recuerdo de lo sucedido con Helen cuatro años antes ya no lo lastimaba.

No había entrado a esa cabaña desde esa noche tiempo atrás, pero sabía que estaba totalmente amueblada. Lo único que haría sería tirar las sábanas y poner un juego nuevo.

– Parece abandonada – dijo ella al entrar.

– Ha estado sin usarse por varios años.

– ¿No es donde tu vives?

– No, claro que no. – Dijo él sacando las sábanas de la cama y tirándolas en la basura – No quiero que tu reputación esté en boca de todos. Ya los empleados saben que te viniste conmigo y no me parece adecuado que estemos en la misma habitación, aun cuando ya hayamos hecho el amor.

Liz le agradeció en silencio. Jeff siempre se preocupaba por ella.

Sacudieron un poco el polvo de los muebles, y cuando ella estaba quedándose dormida de pie, él se despidió y le dijo que durmiera, que se verían por la mañana. Apenas hubo amanecido Matt se duchó, se afeitó, se vistió y se dirigió hacia el Rancho Connor con la clara intención de partírla la cara a su futuro suegro.

Cuando llegó allá, lo recibió Evelyn desesperada. No había dormido en toda la noche angustiada porque Elizabeth no había pasado la noche ahí y no sabían dónde estaba.

– No se preocupe, Evelyn, – dijo él dispuesto a confesarle la verdad, después de todo dentro un par de horas toda la verdad se sabría cuando hablara con Elizabeth. – ella está en mi casa.

El cerebro de Evelyn tardó unos minutos en procesar la información. Luego todo fue claro en su mente. Alto, guapo, rubio de ojos verdes, abdomen y brazos fuertes, trabajaba en un rancho vecino y además su sobrina lo llamaba Jeff.

Sonrió complacida. No había duda, Jeff era de Jefferson. Eso quería decir que Matt era Jeff. Matt Jefferson.

– Vaya, me quitas un peso de encima, hijo – respondió ella abrazándolo – cuando Lizzy dijo que no iría a buscarte por que tu solo querías dormir con ella y no casarte, pensé que ella hablaba en serio.

Ahora era el cerebro de Matt el que tardaba en procesar. Pero cuando lo hizo, un dolor aplastante se apoderó de él. Elizabeth ya sabía que él era Matt Jefferson. Y solo Dios sabía desde cuándo estaba enterada.

Seguro siempre lo había sabido y había usado la estrategia de “no saber quién era él” para meterse en su cama, enamorarlo y atraparlo. Y todo ese tiempo que se hizo la frágil, triste y necesitada de afecto, solo fue un truco para hacerlo caer.

Se sentía estúpido y utilizado. Sentía un dolor en el pecho que no le permitía respirar. Todo había sido una treta. Ella era buena actriz. Incluso

mejor que Helen o Laura. Y pensar que estuvo a punto de pedirle matrimonio. Era un imbécil, había caído tres veces en la misma treta.

– Tengo que irme – dijo cuando por fin pudo recuperar el habla – díglele al señor Connor que ella está sana y salva y que no se preocupe, anoche no le toque ni un pelo a Elizabeth. Puede confirmarlo con mi madre. Yo dormí en mi habitación y ella en una de las cabañas del rancho.

Sin esperar nada más, Matt salió hecho una furia, esperando poder enfrentar a Elizabeth antes de que Evelyn le dijera que ya había descubierto el engaño. Necesitaba hablar con ella, necesitaba escuchar de sus labios la verdad, por más cruel que fuera. Le diría sus verdades y la echaría de su vida como había echado a Helen.

Cuando Liz despertó esa mañana, esperaba que Jeff estuviera cerca, pero por más que se asomó a la ventana nunca lo vio. Por eso decidió salir a buscarlo. Corría el riesgo de que Matt o Abygail la descubrieran, pero para que darle más vueltas al asunto. Tarde o temprano se iban a enterar que ella y Jeff tenían una relación.

Afuera, todo el mundo trabajaba. Ese rancho era más grande que el de su tía. No solo la construcción de la casa en sí, sino a lo que se dedicaban. Tenían ganado, sembraban las tierras de producción agrícola y criaban caballos sementales.

Estaba mirando cómo unos vaqueros domaban unos potros salvajes cuando un hombre mayor de cabello blanco se acercó a ella.

– Señorita – el hombre se quitó el sombrero de la cabeza – ¿Puedo ayudarla en algo?

– La verdad si, estaba buscando a Jeff, pero no lo encuentro por ningún lado.

– ¿Jeff? – Repitió el anciano rascándose la cabeza – ¡Ah! Se refiere al jefe Jefferson.

– Si, me refiero a Jefferson – respondió ella con una sonrisa.

– Es que aquí nadie lo llama Jeff.

Entonces Liz comprendió el porqué la señora Abygail le había dicho que no había ningún empleado con ese nombre.

– ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

– Salió hace casi una hora. No sé donde pueda estar, en los últimos meses ya casi no se le ve por aquí. – Liz sonrió culpable, sabía que el motivo de las ausencias de Jeff era ella. – ¿Usted es la señorita que encontraron anoche en la camioneta abandonada?

– Sí, soy yo – confesó algo apenada.

– ¿Es amiga de él?

– Más bien soy algo así como su novia – respondió ella y el anciano sonrió.

– Me imagino. ¿Lo necesitaba para algo en especial?

– Sí. Necesito ir con urgencia al pueblo. A las ocho tengo pensado inaugurar un local de ropa y quiero llegar temprano. Jeff ya lo sabía, no sé por qué se fue sin despedirse. No quiero sonar quejumbrosa, pero de verdad es importante que llegue al pueblo antes de esa hora.

– Pues la verdad, no creo que haya problema si yo la llevo al pueblo, y cuando llegue él, se lo informo.

– ¿Haría eso por mí? Muchas gracias.

CAPÍTULO XI

Casi daban las nueve de la mañana y la inauguración era un verdadero éxito. Todas las mujeres del pueblo y de los alrededores estaban en la tienda, incluida la chica que atendía la tienda de ropa donde ella había comprado sus vaqueros y botas.

Jeff le había dicho que esa chica era Anna Benson, la dueña de la tienda. Así que Liz primero había pensado que la mujer estaba ahí para espiar la competencia. Pero había adquirido tres vestidos de gasa, que le sentaban de maravilla.

Todas estaban comprando e incluso había algunos hombres que pedían su opinión para llevar ropa para sus esposas. Pensó que si las cosas seguían así, tendría que contratar a una ayudante.

Liz miraba hacia la puerta constantemente, pues esperaba ver llegar a Jeff en cualquier momento, pero la verdad era que ya estaba desesperada. Llevaba aproximadamente cien vistazos a la puerta de entrada cuando miró llegar a Mary Alice, la ex de Jeff.

Estaba ataviada con unos pantalones de cuero negro y una blusa tipo corsé de encaje negro con rosas rojas bordadas. La miró pasearse entre los aparadores y poco después se acercó a pagar a la caja. Había comprado un vestido blanco sin mangas y unos zapatos de tacón bajo a juego.

– Gracias por su compra – dijo Liz cuando le dio el cambio.

– ¿Sabes quién soy? – pregunto Mary Alice.

– Eres la ex de Jeff.

La mujer sonrió, ella solía llamarlo así.

– Tanto como ex, pues no. Solo éramos amigos. ¿Tu si eres su novia, cierto?

Liz no sabía cómo contestar, no quería hacer sentir mal a la chica.

– Todavía no lo sé.

– Claro que si – respondió Mary Alice, dando un suspiro y moviendo la cabeza – claro que eres su novia. Solo hay que ver sus rostros para darse cuenta que están perdidamente enamorados el uno del otro.

¿Tan evidente era?

– Solo quiero decirte algo – continuó Mary Alice – no le rompas el corazón, él ya ha sufrido demasiado.

– ¿A qué te refieres?

– ¿No te ha hablado de Helen o de Laura?

– No. – ¿Quién rayos serían esas mujeres?

– Pues él estuvo a punto de casarse dos veces. Primero con Laura, una chica que fue el amor de colegio de él. Pero el día de la boda, frente al altar ella dijo que no y salió corriendo de la Iglesia, eso lo devastó y terminó por enredarse con una mala mujer.

– Helen – dijo Liz.

– En efecto – confirmó Mary Alice – ella no llegó hasta la iglesia junto con él, pero una semana antes de la boda, la encontró teniendo sexo con uno de los empleados de su rancho. Y aun cuando fue ella quien canceló la boda, fue él quien tuvo que dar la cara después de la ruptura.

– ¿Perdón? – Liz creyó que había entendido mal – ¿Un empleado de su rancho?

– ¿No sabías que Jeff es el dueño del Rancho Kent? – Preguntó Mary Alice incrédula.

– Debes estar confundida – sonrió Liz con cierta incertidumbre – Matthew Kent es el dueño del Rancho Kent.

Mary Alice rió abiertamente.

– Elizabeth, ¿Puedo decirte así? Jeff es Matthew. Y no se apellida Kent, ese es el apellido de soltera de su madre. Él es Matthew Jefferson, de ahí que yo le dijera Jeff, como diminutivo de su apellido. Por eso él me decía Jen, porque yo me apellido Jenkins.

La cruda verdad. La cruda y brutal verdad llegó a ella como una certera puñalada en su corazón.

– Bueno, solo te pido que no le rompas el corazón. Él es bueno y se merece una buena mujer que lo sepa hacer feliz.

La mujer tomó la bolsa donde minutos antes Liz había guardado el vestido y los zapatos y salió del lugar.

Liz sintió que todo se volvió negro y casi se desvaneció, se había quedado sin habla ante el descubrimiento. Jeff, o mejor dicho Matt, la había utilizado. Se había aprovechado de ella y la había engañado para que se enamorara de él. Era un desgraciado.

Y lo peor era que lo había conseguido. Lo amaba como una tonta.

Pero no podía perdonarlo. Era un mentiroso, seguramente había estado de acuerdo con su padre desde el principio. Se sentía humillada.

Deseaba abofetearlo. Por Dios que sí. Quería llorar, gritar y abofetearlo hasta que las manos le sangraran.

– Señorita, señorita – un hombre que llevaba un par de zapatos, que esperaba fuesen para la esposa, la hizo reaccionar – ¿podría cobrarme?

– Por supuesto. Gracias por su compra, vuelva pronto – le dijo como autómatas guardando los billetes en la caja registradora.

Cuando levantó la vista para ver como su cliente se marchaba, lo miró entrar. Venía vestido con la misma ropa con la que lo vio la primera vez, botas, pantalón y sombrero Stetson negros y camisa a cuadros azules.

Sonrió irónicamente. Ella también vestía el mismo vestido Chanel negro con lunares blancos y sus zapatos Manolo Blanick.

Liz sentía que el dolor de su corazón podía verse en su rostro y trató de ocultarlo con una máscara de frialdad. No supo cómo interpretar la mirada de él. Pero algo en su forma de caminar hacia ella le dijo que no todo estaba bien.

Tal vez se había encontrado a Mary Alice en la acera y ya sabía que ella estaba enterada de que él era Matt Jefferson.

– Necesito hablar contigo a solas – dijo tomándola por el brazo y dirigiéndola hacia la trastienda.

Liz no hizo el intento de zafarse o de negarse. Ella también quería hablar con él. Necesitaba echarle en cara el abuso del que había sido objeto por parte de él, el engaño, la mentira, la traición. Pero a la vez quería que él le asegurara que no era Matt, que era su Jeff. Que Mary Alice estaba equivocada o que solo quería molestarla al decirle aquello ¿Pero con qué objeto? Liz estaba segura que Mary Alice ni siquiera sabía lo que ella estaba pasando por culpa de Matt.

– ¿Qué quieres decirme? – preguntó ella quitando el brazo de forma violenta para que el contacto se rompiera.

Antes de decir nada, Matt se le quedó mirando fijamente, quería creer en la inocencia y honestidad de ella. Quería creerle todas aquellas cosas que ella le dijo y que compartió con él.

Pero en su rostro ya no existía la chiquilla solitaria de ojos tristes.

En lugar de eso, parecía que una mujer fría se había apoderado de Elizabeth.

– Lo sé – declaró él como si con esas simples palabras se resumiera todo el infierno por el que estaba pasando.

– Yo también lo sé – respondió Liz – lo supe desde que te vi entrar.

– ¡Vaya! – Contestó él – parece que me conoces más de lo que yo a ti.

– Lo dudo mucho. – Liz veía insistentemente a través de la puerta entreabierta, no porque le preocupara que la gente pudiera robarle algo de la tienda, si no porque no quería verle directamente la cara a él. – ¿Podemos dejarnos de engaños y hablar sin tapujos, Jeff? ¿O mejor debo decir, Matthew?

Ella tenía miedo de quebrarse y llorar frente a él. Porque no sabía que tanto podría aguantar con la fachada que se había puesto, ya que sentía que su alma estaba desgarrada.

– Entonces, es cierto – afirmó él, sintiendo como la última esperanza de que tal vez estuviera equivocado se esfumaba.

La veía impacientarse, poner los brazos en jarras y mirar hacia otro lado.

– ¿Es cierto el qué? – Ésta vez Liz lo miró directamente a los ojos, con la mandíbula apretada – ¿Qué sé que eres Matthew Jefferson? Si, es verdad, lo sé. ¿Piensas disculparte por el engaño al que me sometiste?

Una risa ronca y gutural demasiado sarcástica como para ser sensual, salió de la garganta de Matthew.

– ¡Vaya! Eres mejor actriz de lo que imaginé. – respondió amargamente.

– ¿Qué esperabas? ¿Qué rompiera a llorar? – Liz temía eso, precisamente – No soy esa clase de mujer.

– Y dices que yo te engañé – los puños de Matt estaban tan apretados que sus nudillos se habían vuelto de un tono blanco amarillento – que cara tan dura debes tener.

– ¡Por favor! Por lo menos yo no fingí que era otra persona para poder conseguir lo que quería.

– ¿No, verdad? Simplemente hiciste algo más efectivo, te acostaste conmigo. El truco más antiguo del mundo.

– Eres un imbécil – ese comentario la hirió en lo más profundo. Si ella se había entregado a él había sido porque estaba segura que él era el amor de su vida.

– Y yo que te había creído cuando decías que estabas sola y triste, y quería protegerte.

– Sí, seguro – rebatió Liz – y los dos millones no tienen nada que ver.

– ¿Dos millones? Pero por Dios, ¿Qué son dos millones para cerrar un negocio, si con ello consigues poder meterle la mano a la fortuna total de la familia? – durante el trayecto del Rancho Connor hacia el pueblo, Matt había llegado a la conclusión de que ella quería atraparlo para casarse y luego divorciarse, para posteriormente quedarse con la fortuna de los Jefferson.

– Supongo que dos millones, para ti es poco – Así que no lo negaba. Matt había aceptado casarse con ella, recibiendo dos millones de dólares como anticipo, solo por tener la oportunidad de acceder a la fortuna de los Connor.

– La verdad, sí. Dos millones para mí es poco. Pero supongo que alcanzan para pagar unas buenas tardes de sexo – obviamente se refería a la intimidad que ellos dos habían compartido y aunque ese comentario había sonado horrible, quería lastimarla, que ella sintiera el dolor que él tenía. Aun a pesar de que habían sido los mejores momentos de su vida.

– ¿Eso fue para ti? – Liz no pudo evitar que su pregunta tuviera un rastro de tristeza y amargura.

– Sí, supongo que sí. Solo fueron ratos de placer. – mintió y lo sabía, aunque tampoco parecía afectarla a ella demasiado.

– Sí, supongo que para mí también – respondió ella, sintiendo como su corazón le dolía dentro del pecho.

– Dime ¿ya lo tenías planeado desde que fui a recogerte al bar de Mary Alice?

– Planeado, no. En ese momento no sabía quién eras. No digamos Matthew. Simplemente no sabía quién eras. Pero si, me gustaste y noté que yo a ti también.

– ¿Y te hubieras acostado conmigo, si yo no hubiese sido Matthew?

– Por supuesto que sí – respondió ella, omitiendo el detalle de que seguiría acostándose con él, si no fuera Matt. Ojalá de verdad fuese Jeff. – pero no lo tomes como un cumplido. Me habría acostado con cualquiera.

– Y yo que pensé que eras virgen – Matt se pasó la mano por el pelo – y resulta que todo fue parte de la farsa.

– Puedes pensar lo que quieras. Puedes creer que soy la Madre Teresa o Matahari, ya no me interesa.

– No, ¿verdad? Ya el engaño quedó al descubierto.

– Exactamente, y ahora, si me disculpas, ya perdí demasiado tiempo contigo. Te invito amablemente a que te retires de mi negocio y no vuelvas a molestarme jamás. Creo que ya no tenemos nada más que decirnos – ella le señaló la puerta de salida con la mano. Pero Matt no movió ni un músculo.

Liz ya no podía seguir pareciendo fría e indiferente, le dolía tanto que sentía que de un segundo a otro se pondría a llorar. Así que fue ella quien salió de la trastienda, respiró profundamente tres veces, se alisó el vestido y puso su mejor sonrisa falsa para seguir atendiendo a los clientes.

Era una ventaja haber recibido dentro de su estricta instrucción, siendo adolescente, las armas para convertirla en una mujer capaz de controlar y ocultar sus sentimientos. Por más desgarradores que éstos fueran.

Cinco minutos después, salió Matthew de la trastienda, pasó de largo frente a ella sin girarse a verla, y se fue del negocio dando un portazo.

Después de eso, el tiempo pareció perder sentido. Liz pasó todo ese día y los siguientes en una nebulosa. Ya no regresó al Rancho Connor ni por la ropa que había dejado allá ni para saber de su padre. Ahora vivía en la trastienda, allí tenía una cama un pequeño armario, una estufa y un frigorífico. No necesitaba salir del local, excepto para traer los víveres cada semana.

Su tía Evelyn había ido al negocio un par de veces y había hablado con ella. Se había disculpado y le había dicho que si no se quería casar con Matthew estaba bien, que ella la apoyaba y que solo quería que fuera feliz.

Liz casi lloró esa vez. Porque muy en el fondo si quería casarse con él, pero no lo iba a reconocer jamás frente a nadie.

En casi un mes, no había vuelto a ver a Matt y no había sabido nada de él, a pesar de que Abygail Jefferson se había pasado por su tienda y había comprado casi mil dólares en algunos vestidos de los que ella misma había diseñado.

Abygail la había saludado efusivamente y le había preguntado por su padre, Liz respondió escuetamente que hacía semanas no lo veía.

Tres semanas después de eso, mientras Liz salía del supermercado con los víveres que necesitaba, notó que Matt entraba al bar Sunshine Tavern y pensó que él se había recuperado demasiado rápido después de la discusión y rompimiento entre ambos. Luego llegó a la conclusión de que tal vez Matt jamás había dejado su relación con Mary Alice.

No quiso seguir viendo hacia la entrada del bar y giró en la esquina para dirigirse a su propio local. Una hora después, y tremendamente intranquila, decidió cerrar su negocio e ir al bar. A decirle sus verdades en la cara a Matt. Pero cuando llegó, Matt y Mary Alice estaban en la entrada del lugar, envueltos en un interminable abrazo.

Entonces Liz lo comprendió. No tenía caso seguir allí, haciéndose daño. Y no se refería solo a la acera de enfrente desde donde estaba observando como el amor de su vida estaba con otra.

En ese segundo lo decidió. Regresó a su tienda, tomó sus pertenencias y, dudando, metió el sombrero que Matt le regalara en la única maleta que pensaba llevarse. Había pensado en quemarlo o tirarlo a la basura, pero el hecho de que Matt le confesara que ese sombrero había sido de su padre, la imposibilitó para atreverse a hacerlo, sin embargo, había decidido no volver a usarlo nunca más.

Cerró la puerta con llave y dio un último vistazo al lugar antes de girarse, con un terrible dolor en el pecho. Resistiendo las ganas de llorar se dirigió a la estación de autobuses, decidida a olvidar a Matt y a lo que había vivido en Oklahoma. Ya no tenía caso seguir en Roostvalley.

CAPÍTULO XII

Liz llegó a su casa en Boston esa misma tarde, aun tenía la llave de la casa con ella y abrió sin llamar al timbre. Subió a su habitación cargando ella misma la maleta y se encerró, sin que nadie se percatara que ella había regresado.

Se quedó acostada en su cama mirando hacia el techo, y por raro que pareciera ya no se sentía en su hogar. Pero entonces, no tenía hogar, porque en todos los lugares en los que habitó durante esos meses, solo había uno donde se había sentido como en casa.

E irónicamente, era el único lugar en donde no había dormido. Se había sentido en su hogar, estando en brazos de Matt, a la orilla del lago, la tarde que habían hecho el amor. Los recuerdos se agolparon en su mente y sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Era la primera vez que se permitía llorar abiertamente.

Desde la muerte de su madre, no había podido llorar, y mucho menos en público. Por eso, llegó a la conclusión de que en ese momento estaba llorando, porque estaba sola y bajo llave dentro de su habitación.

Jeff, o Matt, o como quiera que se llamase, no se merecía sus lágrimas. Así que se puso en pie de inmediato, se limpió la cara y bajó a la cocina para prepararse algo de cenar.

Las cocineras se sorprendieron al verla entrar, no solo por el hecho de que no sabían que había regresado, sino porque Liz jamás se había parado por la cocina. Y se sorprendieron aun más, cuando en lugar de pedir que le prepararan algo, ella misma abrió el frigorífico y sacó lo necesario para un sándwich, lo hizo, se sirvió un vaso con leche, guardó todo, limpió y se despidió de las empleadas con una leve sonrisa.

Liz se dirigía hacia su habitación con el plato y el vaso en la mano, cuando la puerta de entrada se abrió.

– ¿Liz? – Preguntó su padre extrañado – ¿Qué haces aquí?

En otras circunstancias, Liz se hubiera subido a su habitación sin contestarle nada, ya que aun seguía molesta con él. Pero dado que su padre venía llegando a casa abrazado de una mujer que era Abygail Jefferson, se quedó clavada al piso, mirándolos con unos enormes ojos.

– Pensé que seguirías en Oklahoma – siguió él, dándose cuenta de que aun sostenía de la cintura a Abygail y la soltó lentamente.

– Sí, se nota – respondió Liz recuperando el habla y levantando una ceja.

– Lizzy... – dijo Abygail intentando acercarse a ella para abrazarla.

– Lo siento señora Jefferson, pero solo mi tía Evelyn me dice así. – obviamente Liz estaba molesta. No solo porque no sabía nada de la relación de su padre con la madre de Matt, si no porque ellos se veían felices mientras ella sentía que su corazón sangraba por dentro. – supongo que debido a que el arreglo de matrimonio entre Matt y yo no funcionó, han decidido casarse entre ustedes, para por fin poder hacer una sola fortuna, ¿me equivoco? Déjenme felicitarlos, se merecen el uno al otro.

El comentario lleno de sarcasmo y de amargura, afectó visiblemente a Abygail, pero a Liz no le importó, los dejó parados ahí mientras ella subía a encerrarse en su habitación.

– ¡Liz! ¡Liz! ¡Elizabeth! – gritó su padre, pero la joven no se volvió.

El golpe que dio al estrellar la puerta contra su marco, se pudo escuchar en toda la casa.

Los días pasaron y Liz solo salía de su habitación para comer, veía a su padre pero lo trataba como a un extraño, no hablaba con él y ni siquiera compartía las comidas. Ya no volvió a ver a Abygail Jefferson en su casa.

Casi un mes después de haber regresado de Oklahoma, recibió una llamada de su tía Evelyn, donde le decía que habían llegado varias cajas

selladas de Oklahoma City para ella y que el arrendador las había llevado al rancho Connor.

– En este momento he mandado a Wade al pueblo, para que te envíe por paquetería las cajas hacia Boston –la voz de Evelyn sonaba triste – hija, te fuiste sin despedirte ¿Sigues molesta conmigo?

– No, tía, es solo que ya no podía seguir un segundo más en Roostvalley.

– Es por Matt, ¿cierto?

– Sí, tía, es por él.

– ¿Qué sucedió entre ustedes? Pensé que todo iba de maravilla, te veías tan enamorada.

– ¿Tú sabías que estaba saliendo con Matt? – preguntó incrédula, nunca se imaginó que su tía pudiera estar al tanto.

– Me enteré el día de la inauguración de tu negocio. Matt vino a hablar con tu padre, a avisarnos que estabas bien y en su casa. Supuse que el joven con quien salías era él, gracias a la descripción física que me habías dado.

– Sí, supongo.

– ¿Entonces qué pasó? Parecía que todo marchaba bien.

– Y así era, tía. Hasta que ambos descubrimos que lo que esperábamos el uno del otro, no era lo mismo.

–Confío en que puedan arreglar sus diferencias. Valora lo que compartieron y analiza si eso que los separa, no tiene solución.

– Lo haré tía, no te preocupes.

Se despidieron hasta que Evelyn la obligó a comprometerse a que volvería pronto por el rancho. Después de todo, la tienda que había tenido

gran éxito y aceptación, no podía estar mucho tiempo cerrada. Pero eso a Liz ya no le importaba.

Dos días después llegaron las cajas que su tía le había mandado, se trataban del último pedido de ropa confeccionada con los diseños que Liz había mandado el fabricante de Oklahoma City.

Todos eran diseños originales y habían quedado muy bien, pero como había decidido que ya no volvería a Roostvalley, no sabía qué hacer con las prendas, la mayoría no eran de su talla. Entonces pensó en Ashley, seguro a ella se le ocurriría algo. Douglas Connor estaba saliendo de su despacho cuando el timbre de la puerta sonó.

– Yo abro – le dijo a la empleada de servicio cuando notó que se dirigía a atender el llamado.

– Hola, señor Connor. – Ashley, la amiga de su hija había llegado.

Se alegraba verla, de verdad que sí. Esperaba que pudiera ayudar a su hija a salir del aturdimiento en que estaba metida desde que había regresado de Oklahoma. Por mucho que Liz discutiera con él y se portara altanera, él la amaba y solo quería lo mejor para su retoño. Solo que Liz no lo entendía así.

Y, aunque llevaba mucho tiempo preocupado por ella, las últimas semanas habían sido las peores, parecía que su hija estaba muerta en vida.

La veía deambular por la casa, o sentarse en el jardín largas horas sin hacer otra que sostener un viejo sombrero de paja, casi no comía, casi no hablaba. Pero lo más preocupante de todo, eso que le confirmaba a él que ella estaba pasando por algo muy difícil, era que jamás, ni cuando su madre había muerto, había dejado de salir a las fiestas cada fin de semana.

Y ahora llevaba tres semanas prácticamente bajo llave dentro de la mansión.

Primero había pensado que su actitud era un berrinche posterior al descubrimiento de que, efectivamente, él y Abygail estaban iniciando una

relación amorosa. Pero cuando él se lo confirmó a su hija en la última cena que habían compartido cerca de dos semanas atrás y que ella le había dicho que estaba bien, que no la molestaba, ya no supo que pensar.

– Pasa, hija, ¿Qué te trae por aquí? – Ashley se acercó para saludarlo dándole un beso en la mejilla.

– Liz me habló hace un rato y vine lo más rápido que pude. No sabía que ya había vuelto. Fue toda una sorpresa.

– ¿Ella no te avisó con anterioridad que pensaba volver?

– No, señor. De hecho tenía casi cuatro meses que no hablábamos por teléfono.

– Pensé que eran mejores amigas.

– Y yo también, no sé qué pasó. La última vez que conversamos, le estaba diciendo que se matriculara en la universidad, que el semestre empezaría, pero ya la conoce.

Douglas asintió con la cabeza mientras cerraba la puerta.

– Bueno, hija, pasa. Ella está en su habitación.

Ashley subió por las escaleras, ya sabía cuál era la habitación de Liz. La puerta estaba abierta y entró. Liz estaba sentada en el piso con muchas cajas de cartón abiertas y haciendo anotaciones en una libreta.

– ¡Hola! – Dijo Ashley abrazándola por la espalda – te extrañé.

– Y yo a ti – respondió poniéndose en pie para devolverle el abrazo.

– Si, se nota – dijo Ashley con sarcasmo – por los cientos de llamadas que me hiciste estos largos meses que estuviste de vacaciones con tu tía Evelyn.

– Lo siento – se disculpó Liz – pero es que al principio mi padre me había cancelado las tarjetas de crédito y el contrato con la compañía de

teléfonos y después, cuando ya tenía como pagar mis facturas, pues, estuve bastante ocupada.

Las últimas frases las dijo con un dejo de tristeza, no pudo evitar pensar que durante esas semanas, el tiempo lo había pasado enamorándose del embustero de Matt.

– Pero ahora ya estoy aquí – continuó Liz – y te he pedido que vinieras porque no se qué hacer con esta ropa ¿Crees que a la asociación que tu madre apoya, le interesen como donación?

– Claro que si, ellos aceptan todo lo que les donan – respondió Ashley tomando uno de los vestidos entre sus manos – pero están muy lindos, ¿estás segura que quieres donarlos?

– Si, ya no los quiero.

– ¿Puedo quedarme con algunos? Las prendas son estupendas ¿Quién es el diseñador?

– Gracias – respondió Liz sonrojándose – La diseñadora soy yo.

– ¿De verdad? ¡Qué maravilla! No te conocía este talento. Deberías dedicarte de lleno a ser diseñadora.

– Lo había pensado, créeme. Pero en este momento lo único de lo que tengo ganas es de tirarme en la cama y no levantarme jamás de ahí.

Ashley dejó el vestido sobre la cama y miró fijamente a Liz. Fue la primera vez que la miró con los ojos anegados en lágrimas. Liz se abrazó a ella con fuerza y se soltó a llorar abiertamente. Lloró mucho y fuerte, apoyada contra el hombro de su amiga. Cuando Liz se calmó lo suficiente, Ashley la ayudó a sentarse en la cama.

– ¿Qué sucede, linda? ¿Qué te pasó? ¿Por qué estas así? ¿Es por Andrew? ¿Aun no lo olvidas?

– No, no es por él. – respondió Liz, limpiándose la nariz con un pañuelo desechable que su amiga había sacado del bolso – Creo que solo

pensé en Andrew tres veces desde que llegué a Oklahoma. – dijo omitiendo el hecho de que algunas veces aun soñaba con Andrew y Dominic en la cama, pero era algo que no podía decirle a su amiga.

– ¿Pero es por un hombre? – no hubo necesidad de respuesta, pues a Liz se le volvieron a llenar los ojos de agua. – ¿Cómo se llama?

– Matt, Matt Jefferson – respondió la rubia.

– ¿El mismo Matt con el que tu padre quería obligarte a casar? ¿El gordo, calvo, pervertido y aprovechado capaz de hacer cualquier cosa por dinero? ¿Ese?

– Sí, ese mismo. – Liz sonrió, a pesar de tener las mejillas húmedas por el llanto. Y sonrió porque Ashley aun recordaba cada palabra que ella había dicho de Matt.

– ¿Pero qué pasó? ¿Te hizo algo? Dime y le pido a Dominic que vaya y le parta la cara.

– Lo que sucede es que ni es gordo, ni es calvo. Pervertido, creo que un poco – sonrió – pero el problema es que si es un aprovechado capaz de hacer todo por dinero. Y lo peor es que me enamoré de él como una tonta. Caí en su juego y le creí y, cuando me di cuenta que lo único que él quería era el dinero que mi padre le estaba dando para que se casara conmigo, no pude seguir adelante.

– Me imagino.

– ¿Por qué nadie me quiere, Ash? – Era la primera vez que Liz lo decía en voz alta – ¿Soy tan terrible persona?

– Linda, yo si te quiero – respondió Ashley abrazándola una vez más. – debemos hacer algo para que cobres venganza.

– No, ya no quiero volver a verlo nunca más. Hay que dejarlo así.

– Pero...

– Por favor – le pidió Liz – lo único que quiero es olvidarlo.

Mejor dime ¿Cómo te ha ido a ti con “tu” George?

– Pues, ya sabes. Lo “nuestro” no iba a durar. Nuestro noviazgo solo sirvió para lo que yo quería, para que Charles se diera cuenta que estaba interesado en mi.

– ¿Y no te sientes mal por el pobre de George?

– ¿Mal? No, él sabía de lo que se trataba. Aunque te he de confesar que a veces lo echo de menos y no puedo evitar compararlo con Charles.

Pero George tiene su vida y yo la mía. Y créeme, nunca compaginarían.

– Ten cuidado. No vaya a ocurrirte lo mismo que a mí y termines enamorada del hombre equivocado y sin querer.

Ashley sonrió.

– Por supuesto que jamás me enamoraría de George, eso lo tenía muy claro desde el principio. Ahora déjame ayudarte a guardar la ropa en sus cajas. Dominic y la tarántula de Trisha pasarán por mí dentro de un rato.

– ¿La tarántula? – Así era como llamaban a Trisha DeCheser, la ex novia del hermano de Ashley, apodo que se había desperdigado como reguero de pólvora en la empresa Coleman – ¿Dominic volvió con ella?

– Sí, y eso no es lo peor.

– ¿Entonces? – Liz pensó que ya había descubierto que Dominic era gay.

– Van a casarse. Ayer Dominic le pidió matrimonio a la tarántula.

– ¡No lo puedo creer! ¿Y Andrew?

– ¿Andrew? ¿Qué tiene que ver Andrew?

– No, nada – Liz se dio cuenta de su error, era obvio que su amiga no sabía nada de la relación entre Andrew y Dominic – solo quería saber de él.

– Desde que Andrew pasó la navidad con nosotros en Haverhill, no lo he vuelto a ver. Creo que su contrato en la empresa expiró. La verdad no sé muy bien, ya sabes que yo no meto en los asuntos de mi hermano.

– Si, por supuesto. Lo olvidaba. – Comentó Liz pensando en que Andrew debía estarla pasando igual de terrible que ella.

– Cásate conmigo, Mary Alice – había dicho Matt en un arranque de desesperación – ayúdame a no volver a enamorarme de otra mujer, nunca más.

– Si me lo hubieras pedido meses atrás, no habría dudado en aceptar – respondió Mary Alice tocándole el rostro a Matt que estaba al otro lado de la barra – pero sé que estás enamorado de ella, y créeme, lo nuestro no funcionará.

Matt sabía que Mary Alice tenía razón, pero se negaba a aceptarlo.

No quería reconocer que Elizabeth se había colado en su corazón y se había quedado impregnada en su piel. Le dolía demasiado recordarla.

Los primeros días después de su discusión en la trastienda del negocio, la ira lo embargaba, pero ahora la tristeza lo estaba consumiendo. La necesitaba para vivir, como necesitaba el aire para respirar.

Había pensado en volver con ella, aun a pesar de saber que lo único que Elizabeth quería de él era su dinero. Varias veces tuvo que volverse en la calle cuando la miraba en el pueblo, porque si se la topaba de frente, seguro terminaría arrodillado ante ella suplicando una migaja de cariño, y él no quería humillarse así.

Por eso fue un alivio cuando uno de los muchachos del rancho le había dicho que Elizabeth había dejado el pueblo. Sin embargo cuando pasó por su tienda y miró que estaba cerrada, una tristeza lo invadió, porque en ese momento supo que ella no regresaría.

– Discúlpame – le pidió a Mary Alice – últimamente no sé ni lo que hago ni lo que digo. Y de verdad quiero pedirte perdón si te he lastimado.

Ella sonrió levemente, tratando de ocultar su tristeza. Cuatro años con Matt y él nunca se había prendado de ella, y en solo tres meses la fuereña lo había enamorado tanto que había dejado a ese hombre hecho un guiñapo.

– No pasa nada. Ambos sabíamos que lo que teníamos, era solo compañía y placer.

Matt levantó la vista y la penetró con su verde mirada. Mary Alice intuyó que él trataba de decirle que retomaran la relación donde la habían dejado, pero ella ya no estaba dispuesta. Así que para no tener que negarse, se retiró, antes de que él dijera algo.

– Voy a la bodega – dijo ella dejando sobre el mostrador la franela con la que limpiaba los vasos – necesito buscar unas botellas de licor. Me tomaré un rato, pero puedes quedarte el tiempo que te plazca.

Dicho esto se giró y salió del bar por la puerta trasera. El local estaba vacío, era mediodía y el sonido de la rockola era lo único que se escuchaba en el lugar. Matt vació el vaso que tenía enfrente de un solo trago y salió de ahí tomando su sombrero con excesiva fuerza.

Tenía que hacer algo para olvidarla.

CAPÍTULO XIII

El tiempo no perdona. Solía decir Elise, la madre de Liz. Ahora entendía por qué. El tiempo no se detuvo.

Mientras ella estaba de luto por su ruptura con “Jeff”. Ashley no donó los vestidos a la asociación de Ann Coleman, en lugar de eso, había inscrito los diseños en un certamen, y aunque no habían ganado el primer lugar, su calidad era tal que habían hecho a Liz acreedora a una beca universitaria. Podía escoger cualquier universidad del país. Eso le daba la pauta para alejarse de su padre sin tener que tomar ni un centavo del dinero de éste.

Por otro lado, durante esos cuatro meses que llevaba en Boston, esperando que iniciaran los cursos de diseño, Trisha alias “la tarántula”, la había comprometido a tener que ser dama de honor en su boda con Dominic Coleman.

Claro que Liz se hubiera podido negar, sino fuera porque Ashley le había rogado que no la dejara sola. Puesto que Ashley, como hermana del novio y ya que la novia no tenía amigas, se veía prácticamente obligada a ser dama de honor.

Con la actitud insoportable de la flamante novia y todo el trabajo que ella y Ashley tenían que hacer, pocas horas le quedaban libres. Y aunque intentaba no hacerlo, no podía evitar pensar en Matt.

Repetía mentalmente, una y otra vez, todo lo vivido con él. Y cada vez que los recuerdos la inundaban, tenía la sensación de que algo no concordaba. A pesar de que Matt no había sido honesto con ella, en lo que a su identidad se refería, no podía evitar creer que él si había sido honesto en lo demás. Así mismo en su cabeza retumbaba la propuesta que él le había hecho cuando decidieron tener una relación, él había dicho que no le interesaba casarse, y para ella, eso no tenía sentido.

¿Por qué él diría algo así, si tenía pensado hacer todo lo contrario?

Dejó sus cavilaciones cuando miró que estaba por llegar a los Laboratorios Coleman. Estacionó su auto en la acera, no quiso entrar al estacionamiento pues solo iría a dejarle a Janeth, la recepcionista de la empresa de Dominic, las facturas de los arreglos florales para la boda, y después de eso, tenía que ir al centro a recoger el vestido de novia.

Le pareció extraño no ver al guardia en la entrada, pues aunque fuese la hora del almuerzo, alguien siempre estaba en la puerta cuidando quien entraba y quien salía. Pero casi se desmaya del susto cuando miró a una mujer en estado avanzado de embarazo a punto de dar a luz en medio de la recepción.

Su primer impulso fue querer sacar el móvil para llamar al 911, pero en un instante comprendió que harían el doble de tiempo si se sentaban a esperar a que llegara una ambulancia.

– ¡Dios mío! Esta mujer necesita ir a un hospital – Liz le dio la mano a la joven mujer para que se pusiera en pie. – ¿Cada cuanto son las contracciones?

– Cada dos o tres minutos – respondió Janeth, que ayudó a ponerse en pie a la mujer.

– Ayúdenme a subirla a mi auto, la llevaré al hospital.

Liz se introdujo rápidamente a su auto mientras el guardia y la recepcionista ayudaban a subir a la mujer al vehículo, encendió el motor y salió a toda prisa de ahí, el hospital estaba a unas calles al oeste y a esa hora del día el camino debía tener mucho tráfico, pues todos salían a comer.

Notó que la mujer se retorció en el asiento, intentando no hacer ruido, pero se le escapaban los gemidos de la boca. Había en ella algo muy familiar pero no sabía qué.

– Respira por la boca. – le aconsejó con una falsa calma.

No sabía si iba servirle de algo, pero intentaba ayudarla. La mujer no decía nada, pero sospechaba que si no aceleraba más, el bebé nacería en su

auto. Tomó un atajo por Cambridge Street, no quiso tomar la Congress Street, que debía estar en un atasco. Y por lo visto, había tomado la decisión correcta. A los pocos minutos miró el hospital y sintió que una ola de paz inundaba su ser, pronto llegarían.

Entró el estacionamiento del hospital y la ayudó a bajar. La mujer apenas podía caminar. Liz miró como un paramédico se acercaba corriendo empujando una silla de ruedas hacía ellas. Cuando la mujer estuvo sentada en la silla de ruedas volteó a mirarla. No dijo una sola palabra, pero la profundidad de la mirada que le dirigió le decía lo mucho que le agradecía el haberla ayudado.

Las horas pasaron una tras otra y Liz no sabía qué hacer ¿a quién debía llamar? nada más llegar a la recepción del hospital se dio cuenta que no sabía nada de la mujer, ni quién era, ni como se llamaba.

La enfermera le pedía los datos pero ella no lo sabía, por eso no había podido irse a su casa. No sabía a quién llamar ni que hacer. Liz simplemente la había ayudado a llegar al hospital, no contaba con que la harían responsable por ella.

Caminaba de un lado a otro sin saber qué hacer, no podía dejarla ahí sin más. Pero tampoco quería quedarse a responder preguntas de las cuales no tenía respuestas. En eso estaba cuando miró aproximarse al doctor hacía donde estaba ella.

– Ha sido un hermoso varón – anunció el doctor, como si ella fuera de la familia – muy sano y fuerte: nueve libras y mide veintiocho pulgadas, será un bebé enorme – el doctor todavía no notaba que entre ella y la madre del niño no había parentesco.

– Doctor...

– Se ha adelantado un poco – él no le prestó la más mínima atención, ni permitió que ella le interrumpiera – pero es normal con los varones, las niñas tardan un poco más en nacer.

– Doctor... – quiso interrumpir de nuevo.

– La madre está muy bien, un poco agotada, pero con descanso estará perfecta.

– Doctor...

– Si gusta puede ver al bebé en los cuneros – le dijo eso empujándola al pasillo, ella caminó un poco pero el doctor la guió hasta donde estaban todos los bebés – tendrá que verlo a través del vidrio, en unos minutos podrá pasar al cuarto a ver a la madre.

– Doctor... – trató de decir ella una vez más, pero cuando miró al bebé las palabras murieron en sus labios.

– ¿Sí? Dígame.

– No, nada – apenas podía creerlo – nada importante, ¿Cuál dice que es el bebé?

El hombre apuntó con el dedo hasta donde estaba el recién nacido.

La impresión de ver al pequeñito fue mayor, se le borró de la mente todo lo que había planeado decirle al doctor cuando lo viera. No necesitaba que el médico le dijera de cuál de los ruidosos bebés recién nacidos se trataba.

Lo hubiera reconocido de inmediato, y efectivamente era un bebé muy grande y tenía los mismos ojos marrones y con espesas pestañas que su padre. Dominic.

Ya no quedaba duda, después de que la pasaron al cuarto a ver a la madre del bebé lo supo. Sabía que no había error, no podía ser alguien más, Liz caminaba de un lado a otro en la habitación del hospital, cavilando. Pero por más que le daba vueltas al asunto, siempre llegaba a la misma conclusión.

“Está un poco hinchada, pero acaba de ser madre. Supongo que es normal” pensaba Liz.

Se acercaba, se alejaba, la veía de frente, de lado. La inspeccionaba, pero siempre llegaba a la misma deducción, no podía ser nadie más.

Además nadie tenía los ojos tan azul profundo como él. No cabía la menor duda: esa mujer era Andrew. Su Andrew. El hombre por el que había sufrido tanto. El hombre del cual se había decepcionado al saberlo homosexual.

Pero, si esa mujer era Andrew, entonces Andrew no era hombre, ni gay. Sino mujer. Y el día que lo encontró con Dominic había sido porque Dominic ya sabía que era mujer. Qué alivio sentía. Al menos ahora podría dormir en paz. Ya no la asaltarían sueños a media noche donde miraba a Andrew en una tórrida pasión con Dominic.

Pero al final de todo seguía en las mismas: sin entender nada. Tenía miles de preguntas que hacer. Empezando por qué Dominic no estaba con ella en el hospital el día que su hijo nació, y por qué se iba a casar con Trisha en lugar de con ella. Definitivamente tenía que despertar a “Andrew” necesitaba saber muchas cosas, y solo ella podía responder a sus preguntas. Pero intuía que estaba agotada después del parto y decidió dejar su interrogatorio para el día siguiente.

Y si el día anterior había sido agotador, la noche que le siguió fue abrumadora. Ya estaba acostumbrada a dormir cuando salía se metía el sol y a despertarse antes de que saliera. Pero estaba tan agitada anímicamente, que Liz se quedó dormida en el sofá que había en la habitación. Despertó abruptamente cuando, inconscientemente, se dio cuenta de que estaba en un lugar extraño.

– Pensé que te ibas a quedar dormida todo el día – le dijo la mujer mientras sonreía – muchas gracias por traerme al hospital, si no hubieras llegado no sabría qué hubiera pasado.

– Déjalo – le dijo Liz, cuando la escuchó hablar cualquier duda sobre la identidad de la mujer se disipó– no fue nada. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Se levantó del incomodo sillón y se estiró. Se acercó a la cama y tocó la cabecita del bebé que yacía en los brazos de la madre.

– Es de Dominic – afirmó Liz, ni siquiera era pregunta.

– Si. Es de él – le confirmó – pero él no sabe nada aún. Y así quiero que se quede.

– ¿Sabes que en menos de una semana se casa?

– Si, lo sé.

– ¿Y no piensas hacer nada? – Liz se sentó al pie de la cama.

– No puedo hacer nada.

Liz la miró extrañada. ¿Cómo podía decir que no podía hacer nada teniendo al hijo de Dominic en los brazos? no lo entendía.

– Entonces, no sé si soy lenta – replicó la joven – pero creo que tendrás que explicarme, porque no te estoy entendiendo.

– No puedo decirte mucho – La mujer se llevó al bebé al hombro, para darle palmaditas en la espalda – pero una serie de eventos, fuera de mi control, me han separado de Dominic. Él ya eligió su camino, y yo no puedo hacer nada para impedirlo. Así como también yo elegí mi camino y Dominic ya no está dentro de él.

– Si me preguntas mi opinión, creo que eres tonta.

– ¿Por qué? Dominic ya eligió a otra mujer. – el bebé se le quedó dormido en el hombro y ella lo bajó para acunarlo en sus brazos.

– Pero si él se enterara del bebé, te aseguro que vendría corriendo a buscarte.

Liz estaba convencida de ello. Aunque no sabía prácticamente nada acerca de la relación que ellos habían tenido, conocía a Dominic de toda la vida y sabía que se responsabilizaría por ese bebé.

Además, no creía que Dominic amara a Trisha, según lo que le había dicho Ashley, nadie se explicaba la decisión de él de querer casarse con esa cazafortunas.

– Ya esperé mucho tiempo a que eso sucediera, ¿y sabes qué?

Nunca pasó. Él ya eligió y no fui yo. – Liz notó la tristeza reflejada en ella, y no pudo evitar sentir pena, se notaba que ella si amaba a Dominic.

– Deberías dejar que él se enterara y entonces eligiera. Estoy segura que ni siquiera sospecha esto. – dijo señalándola a ella con el bebé en brazos. – ahora me iré. Necesito ducharme e ir a casa de Dominic. La tarántula debe estar hecha una fiera porque ayer no me aparecí con el vestido.

– ¿La tarántula?

– Si. Trisha DeCheser. La prometida de Dominic.

– Ah.

Liz dio un suspiro y se puso en pie, tomó su bolso de mano que había dejado en el sillón. Caminó hasta la cama de Andy nuevamente, depositó un beso en la cabecita castaña del bebé y a ella le dio otro beso en la mejilla.

– No te preocupes– dijo con el pomo de la puerta en la mano – todos los gastos del hospital están cubiertos. Solo tienes que llenar tus datos en el formulario. Como te imaginarás, no supe que eras tú hasta que vi al bebé. Y de todas maneras no podría decirles que eras “Andrew”

– Perdona si te hice sufrir – exclamó al notar la acidez con que dijo la última frase.

– Hace mucho que lo superé – Liz sonrió esperando que no se notara su propia tristeza, sin poder evitar que su mente viajara hasta Matt – de todas maneras creo que me gustabas porque te parecías a mí. No eras muy masculino que digamos.

Ambas sonrieron.

– Tienes razón, y Liz...

– ¿Sí?

– Quisiera pedirte que no comentaras esto con nadie.

– No te preocupes – dijo Liz antes de desaparecer detrás de la puerta blanca – no tenía pensado hacerlo. Eso es algo que te corresponde a ti.

Y Liz salió de la habitación para dirigirse a casa de Dominic.

Cuando llegó, la tarántula se portó desdeñosa, como siempre. Como si ella estuviera obligada a ser su mandadera, solo porque había aceptado no dejar sola a Ashley. No le sorprendió comprobar que Trisha ya tenía el vestido, mejor, se dijo, y con una falsa sonrisa se fue de ahí, esperando no tener que verla hasta el día de la boda.

Liz no entendía como era que Dominic había preferido a esa mujer en lugar de Andrew, ésta vez sonrió sinceramente, al notar que no le había preguntado su verdadero nombre.

Después de haber comprobado que Trisha ya tenía el vestido de novia y argumentándole a Ashley que ella ya había hecho lo suficiente por esa mujer egoísta y malagradecida, Liz decidió ya no mover ni un dedo para seguir ayudando a organizar la boda.

En lugar de ello, había pasado los días en el hospital acompañando a Andy, ya que ésta le había confesado que su verdadero nombre era Sarah Andrea, mirando como el bebé crecía y escuchando parte de la triste historia de Andy. En algún momento no pudo evitar comparar la historia que la joven relataba con la suya propia.

Pero había demasiadas diferencias. Matt no solo había sido deshonesto con ella, sino que no la amaba, solo quería su dinero. Y en la historia de Andy, la verdad era que habían sido separados por fuerzas externas, por eso estaba convencida de que podían volver a estar juntos. Y quería hacérselo entender a Andrea, aunque fuera a la fuerza.

– Pero no es posible que seas tan testaruda – le dijo Liz, en un último intento por hacerla razonar. El tiempo ya se les estaba agotando.

– ¿Por qué? – Le respondió Andy en un bufido – si a él no le intereso, a mí tampoco me interesa él.

Liz miraba a Andrea pasearse como posesa de un lado a otro de la habitación mientras cargaba al bebé en brazos y lo arrullaba. Quería hacerla entrar en razón, pero a veces querer obligar a alguien a la fuerza, no era la manera. Andrea tenía que darse cuenta por sí sola.

– Está bien, como quieras – cedió Liz tomando su bolso de la cama del hospital donde Andy todavía estaba. – pero no digas que yo no te lo advertí. Serías muy tonta si dejas que Dominic se case con esa mujer. Es obvio que él no es feliz con ella. Él te ama a ti.

– ¿Él te lo dijo? – preguntó Andy incrédula

– No, no lo hizo – reconoció Liz– pero eso no significa que no te ame.

– Si me amara, me hubiera buscado, aún a pesar de cualquier cosa.

– Eso es lo que piensas en este momento porque estas molesta – Liz se paró a un lado de la puerta – pero después cuando reflexiones, veras que fue un error. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Dicho esto salió dando un portazo, no por que estuviera molesta con Andrea por ser tan testaruda, sino porque acababa de darse cuenta que ella era igual de testaruda.

La realidad la golpeó al darse cuenta de por qué la había afectado tanto enterarse de que Jeff era Matt. Lo amaba. Y por muy estúpido que sonara, no quería que su amor terminara así. En un amor no correspondido.

Ni siquiera sabía si tenía sentido lo que pensaba. Pero ya no le importaba que Matt se casara con ella solo por interés. Seguro habría tiempo para hacer que él la amase de verdad.

En ese segundo decidió que, así como le había aconsejado a Andy, ella buscaría al hombre al que amaba. Y aunque Andy no siguiera su consejo, ella si lo haría. Iría a buscarlo para decirle que lo amaba y que si aun quería, ella estaba dispuesta a contraer matrimonio con él.

Sabía que no era lo correcto, pero confiaba en que algún día Matt la amara de verdad.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIV

Liz jamás imaginó que sucedería lo que aconteció en la boda de

Dominic con la tarántula. Pero después de ver que tal vez el amor si triunfa al final, si uno se esfuerza y lucha por ello, decidió que no dejaría pasar un solo segundo más para ir en busca de Matt. Estaba segura de que él no pondría pega a su propuesta, Liz estaba dispuesta a estar con él, ya fuera si se casaban o no.

Quería confiar en que Matt aun quisiera tener una relación con ella.

Con la condición de que siempre fuera honesto, después de todo, ella ya sabía que él quería el dinero de su padre. Pero también sabía que había química entre ellos, y que el tiempo que compartieron en la cama fue muy placentero para ambos.

Por otra parte, siempre ha habido parejas que se casan sin amor, por dinero o por placer y aun así, son felices. Así que no veía por que ella no podía obviar el pequeño detalle de que Matt no la amara. Y tal vez, algún día, Liz lograra que él la amara de verdad. Pero para eso, necesitaba estar cerca de él y convencerlo de que ella era la indicada.

Además estuvo analizando toda la información que tenía sobre Matt, y estaba convencida de que no era un oportunista. Después de ver el rancho, estaba segura de Matt tenía tantos ingresos como su propio padre.

No parecía que el Rancho Kent estuviera al borde de la quiebra o algo parecido. Más bien, Liz estaba convencida que Matt había intentado realizar un matrimonio arreglado porque ya no quería llevarse el fiasco de que lo dejaran plantado en la boda.

Liz entendía que un hombre como Matt, debía sentirse lo suficientemente humillado por tener que cancelar las dos bodas anteriores.

Y suponía que Matt no quería volver a arriesgarse ¿Y qué mejor forma de conseguir una novia, que mediante un arreglo financiero? Aunque todavía no entendía muy bien por qué su padre había pagado. Lo más lógico era que fuese Matt el que pagara.

Solo que el detalle era que nadie le había consultado a ella. Pero comprendía el por qué. Seguro su padre le había advertido a Matt que ella no estaba de acuerdo, y seguro, Matt había decidido que ella debía conocerlo antes de prejuzgarlo como lo había hecho.

Ahora Liz se sentía estúpida. Por haberlo acusado sin escucharlo.

Solo esperaba que su actitud y rechazo hacia él no lo hayan hecho correr a buscar a otra mujer. Como había ocurrido con Dominic, que tras el malentendido que tuvo con Andrea, había corrido a los brazos de Trisha.

Y es que algunas veces, los hombres eran tan tontos.

Esta vez Liz tampoco quiso tomar el jet privado de su padre. Pero ya no le molestaba tener que tomar varios transportes para llegar a Roostvalley, sobre todo después de descubrir lo cómodo que se viajaba en vaqueros.

Llegó al pueblo poco después del amanecer, había viajado toda la noche, caminó las dos cuadras que la separaban de su tienda de ropa. A pesar de que tenía poco más de cuatro meses de que la tienda estaba cerrada, parecía que había sido ayer cuando se había marchado.

Sacó la llave de su bolso y la tienda seguía tal cual la había dejado.

Esta vez no traía consigo las tres maletas con las que acostumbraba viajar, solo había empacado un par de camisetas y unos vaqueros en el bolso de mano. Dejó las prendas sobre la pequeña cama que tenía en la trastienda, se puso el sombrero que Matt le había regalado y se encaminó hacia el rancho de éste.

Sabía que seguramente tardaría mediodía en llegar caminando, pero en ese momento, no tenía otra manera de transportarse.

Probablemente había caminado alrededor de diez millas cuando una camioneta Range Rover se detuvo a su lado levantando una enorme nube de polvo. Era el primer vehículo que veía pasar por el camino desde que había salido del pueblo.

– Buenos días, señorita – dijo el hombre quitándose el sombrero y sonriéndole – soy Calvin Quinn, del Rancho Doble Q, ¿sabe que hay varias millas antes de llegar al próximo rancho?

– Sí, lo sé – respondió Liz, sintiendo como el sudor bajaba por el nacimiento de su cabello y recorría su mejilla – pero me urge llegar al rancho Kent, y tengo entendido que este es el camino más corto.

La sonrisa del hombre se ensanchó.

– Pues mire, que casualidad, yo me dirijo hacia allá – el hombre se soltó el cinturón de seguridad, se bajó del vehículo y abrió la puerta para que Liz subiera – sería un placer poder llevarla.

El hombre era lo bastante joven y atractivo como para que en el pasado Liz le hubiera dirigido más de una simple mirada. Pero en este momento, el único hombre que ocupaba sus pensamientos era Matt Jefferson. Y precisamente por eso, aceptó su invitación para llevarla al rancho.

– Muchas gracias – dijo ella subiendo al vehículo – creo que llevaba más de una hora caminando.

– Debe de ser muy importante el motivo que la lleva al rancho, para haberse aventurado a ir caminando y tan temprano. – el hombre se puso el cinturón de seguridad y puso en marcha la Range Rover.

Ella no respondió, solo sonrió y miró por la ventana. Realmente había echado de menos ese paisaje. Se sentía más en casa que estando en Boston.

– Y si no es indiscreción, señorita – dijo mirándole de reojo – ¿Cuál es su nombre?

Liz se giró y sonrió.

– Discúlpeme, debe creer que soy una maleducada, soy Elizabeth Connor – respondió estirando la mano.

– Vaya, ¿usted es la diseñadora que tiene una tienda en el pueblo?

Mi hermana me trae loco, porque quiere comprarse uno de los vestidos que usted vende, pero cada vez que voy al pueblo, que no es muy seguido, veo la tienda cerrada.

Liz se sonrojó.

– Estuve fuera del pueblo por varios meses, pero esta vez espero poder quedarme definitivamente.

Liz pudo distinguir la entrada al rancho de su tía, antes de que el señor Quinn doblara hacia la izquierda, y notó que el hombre hizo las conjeturas en la cabeza.

– ¿Connor? ¿Eres pariente de Evelyn Connor?

– Es mi tía – dijo Liz como respuesta.

– Vaya, que bien. Y, si no es indiscreción ¿A qué vas al Rancho Kent? ¿A visitar a Abygail Jefferson?

– No – respondió Liz.

No quería contarle tantas cosas a un desconocido, pero sabía que la gente del pueblo no era como la de Boston, se podía confiar en ellos.

Sonrió irónicamente, ella había confiado en Matt, y él había sido honesto.

Pero eso, ya no importaba más.

– Tengo que ver a Matt Jefferson.

– Vaya – dijo el hombre – espero que tenga suerte, llevo meses queriendo arreglar unos asuntos con él y no he podido. Ojalá que su viaje no sea inútil.

– ¿Por qué? – quiso saber ella, esta vez prestó toda su atención a lo que el hombre platicaba – ¿Acaso sucedió algo con él?

– No, señorita. No se alarme. Solo que ya casi nunca está en el rancho. Y ahora la señora Abygail ha retomado la administración del lugar.

Liz suspiró aliviada, pero inmediatamente sintió un hueco en el estómago al ver que ya casi estaban en la entrada de la propiedad de Matt.

– Bien, señorita Connor, ya llegamos – anunció el hombre bajándose de la camioneta.

En el pasado, Liz hubiera esperado a que le abrieran la puerta para bajar del vehículo, pero esta vez no. Abrió la puerta, salió aprisa y casi corriendo, tocó el timbre de la entrada al rancho, que más bien parecía una mansión.

Una mujer mayor le sonrió y los hizo pasar, fue cuando Liz notó que el hombre estaba parado detrás de ella y esperaba que ella avanzara para poder entrar.

– La señora Jefferson los atenderá en el despacho.

– Muchas gracias, Norma – respondió Calvin – es que ya me estaba esperando – le dijo a Liz para aclarar.

Liz siguió a la empleada, pues nunca había visto la casa de Matt, a excepción de la cocina y no sabía por dónde quedaba el despacho de Abygail. Cuando Norma les abrió la puerta, los ojos de Abygail se desorbitaron.

– Lizzy, querida – dijo Abygail poniéndose en pie – perdón, Elizabeth ¿Qué te trae por aquí?

– Lizzy está bien, no es necesario que me llame Elizabeth – respondió Liz sintiéndose avergonzada por como la había tratado la última vez que se habían visto – pero creo que el señor Quinn tiene asuntos de negocios que tratar con usted, creo que será mejor que espere afuera.

– Vamos Lizzy, Calvin es como de la familia. Dime lo que quieras.

– Estoy buscando a Matt. – dijo sintiendo como se ruborizaba.

La cara de Abygail cambió.

– Calvin, supongo que no te importará si me esperas unos minutos. Vamos, hija.

Abygail la dirigió hacia afuera, haciendo que Liz sintiera pánico.

Seguro si le había pasado algo a Matt.

– Le sucedió algo Matt, ¿cierto?

– Es lo que yo quisiera saber. Lleva meses mal. Primero trabajaba como loco, de sol a sol y casi no descansaba. Después se iba todo el día y solo venía a dormir o comer y ahora, se pierde por completo. Anoche no durmió aquí, y estoy preocupada por él. No sé que le sucede.

Liz se sentó al ver que estaban paradas en medio de la sala. Aunque no sabía cómo habían llegado hasta ahí.

– Me alegra que estés aquí, hija, y que estés interesada en ver a Matt. Hace tiempo que quería hablar contigo respecto a él.

– Ya sé todo, no se preocupe. Y no estoy molesta.

– No, hija. Crees que sabes, pero no es así. Espero que no te molestes conmigo por lo que voy a decirte. Tu padre me contó que habías escuchado una conversación entre nosotros y que habías malentendido la situación. Es verdad que todos, incluida tu tía Evelyn, queríamos que Matt y tu se conocieran, porque sabíamos que ambos son perfectos el uno para el otro. Pero nunca acordamos un matrimonio por conveniencia. Matt, al igual que

tu, no sabía nada. Y me entristece profundamente que esto te haya lastimado, por eso quiero que quede claro que nunca hubo dinero de por medio. Me di cuenta de que creías eso la vez que dijiste que por fin las fortunas se unirían. Pero te juro que no se trataba de dinero. Es solo que Matt no quería tener ningún compromiso, por otras relaciones fallidas, y tu padre tenía miedo que si cumplías los veintiún años y te daban el fideicomiso que tu madre te dejó de herencia, la desperdiciarías. Pero tu padre ya entendió que no será así, dice que está preocupado por ti, y que pagaría para que volvieras a ser la de antes.

Liz sintió un nudo en la garganta, no se esperaba aquello.

– Pero, te repito, no te compré para mi hijo, ni tu padre te vendió. Ni viceversa. Solo queríamos que se conocieran, porque sabíamos que podían llegar a algo.

– ¿Mi tía Evelyn no le comentó nada? – Liz dudó al preguntar, pero tenía que saber si Abygail o su padre sabían de la relación de Matt y ella.

– ¿Respecto a que, hija?

– Veo que no – murmuró en voz baja – debo decir que me sorprende todo lo que me ha confesado, y la verdad es que estoy aquí buscando a Matt, porque él y yo ya nos conocemos. Y de hecho, si las cosas salen bien, me encantaría tener una relación con él. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Abygail sonrió.

– Seguro volverá a mediodía, cuando tenga hambre. ¿Quieres esperarlo?

– No, creo que iré a saludar a mi tía y después vuelvo. No le diga a Matt que estuve aquí. Quiero ver su reacción al verme.

Abygail sonrió con complicidad.

– Así será, hija.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV

– Lizzy, ¡que sorpresa! – Evelyn le dio un abrazo fuerte a Liz, como la vez anterior que había llegado de Boston.

– Hola, tía – Abygail le había prestado una de las camionetas del rancho para que no fuera andando al Rancho Connor.

La joven se sentía agotada, física y emocionalmente, pero quería corroborar con su tía lo que la señora Jefferson le había contado.

– ¿Por qué no me avisaste que venías? Habría ido por ti al pueblo.

Liz sonrió y se sentó en los sillones color melocotón que había en la sala de su tía.

– La verdad, ni lo pensé. Creo que desde que me acostumbré a ayudar aquí en el rancho, me volví más independiente de lo que creí.

– Hija, me alegra mucho que hayas vuelto – Evelyn le dio un nuevo abrazo – no he dejado de preguntarme si todavía estas molesta conmigo, porque...

– Tía, disculpa que te interrumpa, pero necesito saber algo. – lo impaciente aun no cambiaba en Liz.

– Claro, hija, dime qué quieres saber.

– Tía, ¿Es verdad que Matt no sabía que mi padre, su madre y tu habían concertado nuestro matrimonio?

Evelyn se levantó del sillón incómoda. ¿Cómo responder a eso sin que Liz se enfadara con ella todavía más?

– La verdad es que, no fue tanto como concertar su matrimonio... pero no. Matt no tenía ni idea de lo que planeábamos. Solo queríamos que

se conocieran porque sabíamos que al hacerlo, seguramente surgiría algún sentimiento entre ustedes. Ambos son atractivos y son buenos. Solo que no han tenido la suerte de encontrarse con alguien que los sepa apreciar.

– Gracias, tía, necesitaba que tú me lo dijeras. Sé que a mi padre no le importo, y...

– No, hija, claro que le importas – Evelyn retornó a sentarse en el lugar que segundos antes había abandonado.

– No, tía. No le importo, pero está bien, hace mucho que lo superé.

– No digas eso, hija. Él te ama y por supuesto que le importas.

– Te diré algo solo para que comprendas que lo que yo digo es la realidad. Hace unos años atrás, hubo un incidente con el hijo de uno de sus inversionistas, cuando se lo dije, no hizo nada al respecto.

– Te equivocas, hija. Lo sé porque esa misma noche me hizo una llamada por teléfono muy alterado, para preguntarme que debía hacer, porque quería matar al joven. Yo le dije que no se metiera en problemas legales por una sabandija como esa. Lo que hizo fue cancelar el contrato al padre y le cerró las puertas al hijo. Dime ¿has vuelto a saber algo de este joven?

– Pensándolo bien, la verdad es que no.

– Lo ves. Aunque no apruebo al cien por ciento su método, tu padre hizo lo mejor que creyó. Y eso fue no permitirle a esa gente seguir cerca de ti.

– ¡Vaya! creo que tengo muchas cosas que asimilar – Liz se puso en pie y la dio un beso a su tía en la coronilla – ¿crees que alguno de los empleados me pueda ensillar a Star? Quiero dar un paseo.

– Claro que si, hija, Star está en los establos. Debe echarte de menos, porque la he notado desanimada desde que te marchaste.

– Yo también echo de menos las cabalgatas que dábamos. Creo que pasearé con ella, hasta que sea mediodía. ¿No te importa?

– Claro que no, hija, te comprendo. Anda ve, después, si quieres saber algo más solo debes preguntar.

Y Liz sonrió sabiendo que lo que decía su tía era cierto. Lo único que necesitaba era preguntar. Si hubiese hecho eso desde el principio, seguramente no habría sufrido tanto.

El problema con Liz era que hacía conjeturas erróneas con demasiada rapidez. Y no se detenía a corroborar si lo que pensaba era cierto. Pero ya no lo haría.

Cuando Liz llegó a los establos, Star se levantó y se acercó ansiosa, la joven le acarició la cabeza y le pidió a Tom, el caballerango, que le ensillara el animal.

Media hora después, ya estaba cerca de los linderos del Rancho Kent. Primero pensó que se había equivocado de lugar, pues la camioneta Ford que Matt solía tratar de arreglar, no se veía por ningún lado. Pero Liz estaba segura que era el mismo lugar. Solo que el vehículo ya no estaba.

Cuando la señora Abygail dijo que Matt no había llegado a dormir, Liz pensó que tal vez había pasado la noche en la camioneta, como ella lo había intentado alguna vez. Pero ahora, ya no estaba tan segura. Tal vez Matt había pasado la noche con Mary Alice en el pueblo.

Ese pensamiento le dolió, pero intentó desecharlo rápidamente. Se había prometido no hacer conjeturas. Miró su reloj de pulsera y se dio cuenta que aun faltaban un par de horas para mediodía. Así que decidió ir al lago.

Sentía la necesidad de volver ahí. Probablemente haría una hora en ir y la otra en volver, pero seguro para cuando regresara, Matt ya estaría en su casa. Se sorprendió demasiado al ver el lugar. Ya no estaba como la última vez que lo recordaba. Parecía que alguien se había mudado a vivir ahí,

puesto que había una cabaña hecha de madera al final del claro, algo escondida entre los arboles muy cerca del lago.

Pensó en irse antes de ser descubierta. Puesto que no quería tener problemas con el dueño del lugar en caso de que el lago fuera propiedad privada.

Pero un súbito movimiento dentro del agua, en medio del lago, que debía ser la parte más profunda, la hizo desmontar de su yegua de un brinco.

Era imposible no reconocer que la persona que intentaba salir del agua para luego volverse a sumergir precipitadamente era Matt.

El espacio que la separaba del borde del lago, a Liz se le hizo eterno, mientras corría desbocadamente hacia Matt para ayudarlo a salir, el sombrero que traía puesto salió volando. Antes de llegar al agua, de un salto entró al lago sin quitarse las botas o algo de ropa y obviando el hecho de que no sabía nadar.

Entendió su error cuando las botas, pesadas por el agua, no la dejaban moverse. Se sumergió en el agua azul verdosa del lago y miró como las burbujas de aire que ella desprendía subían rápidamente en una carrera por alcanzar la superficie.

Lo que más le dolía no era estar ahí y ponerse en peligro por no razonar, sino el hecho de que no iba a poder ayudar a Matt.

– Matt – intentó decir Liz bajo el agua, y millares de pequeñas burbujitas de oxígeno la abandonaron al unísono.

Matt había sentido la estruendosa turbulencia dentro de las plácidas aguas del lago, propias de un cuerpo extraño sumergiéndose y rompiendo con la quietud del lugar.

Lo que le confirmó que así era, fue el hecho de que se notaba el movimiento del agua muy cerca de la orilla. No miró quien había saltado al

lago, pero era obvio que estaba en problemas, pues llevaba demasiado tiempo sin salir.

Matt nadó lo más rápido posible hasta el lugar y de un tirón sacó al frágil cuerpo de mujer que intentaba salir fallidamente del fondo del lago.

– ¿Pero qué demonios...? – las palabras murieron en labios de Matt al reconocer a Liz.

Pálida y tosiendo, la chica se agarraba débilmente al cuello del hombre. La sacó en brazos del lago y la depositó sobre el césped ahora un poco marchito. Estuvieron ahí, ella sentada y él arrodillado, sin decir nada, solo observándose en silencio.

Pero no era un silencio incómodo, era un silencio con miedo a romper el momento y decir algo que rompiera con las ilusiones que, el ver al otro ser amado frente a uno, empezaban a emerger.

Liz se puso en pie lentamente cuando la tos empezó a disminuir, Matt le imitó y quedaron parados frente a frente. Ninguno sabía que decir, pero cuando Liz se arrojó hacia el pecho de Matt, éste la recibió con los brazos abiertos.

Estuvieron atrapados en ese abrazo largo rato, sin decir nada que rompiera con la situación. Ambos estaban empañados y escurriendo agua, ella se apretó un poco más al torso desnudo de Matt y fue cuando una pequeña alarma se prendió en la cabeza del hombre. Separó a Liz un poco y le levantó el rostro con la mano para mirarle a los ojos. No entendía que era lo que ella estaba haciendo ahí y menos entendía el motivo por el cual se había arrojado al lago con todo y botas.

– Perdóname – dijo ella y Matt pensó que había escuchado mal – he sido una tonta, me he dejado llevar por imaginaciones mías, a causa de varios eventos que no he entendido, y en lugar de platicarlo contigo, me he encerrado en mi propio egoísmo y te he culpado y pensado cosas horribles de ti. Y la verdad es que no te lo mereces.

Matt pensó que había algo raro y la separó poco a poco de sus brazos. Cinco meses sin verla. Había creído que lo había superado, pero no, ahí estaba su corazón a todo galope dentro de su pecho por unas cuantas palabras que, a su experiencia, lo más seguro era que fuesen falsas.

Matt se giró, sin decir nada y tomó la toalla que estaba sobre una roca al borde del lago, envolvió a Liz en ella y la frotó para restarle un poco del agua que ella aun escurría.

– Vayamos dentro – le pidió él y Liz no supo que pensar.

Ella creía que Matt también la amaba. O eso pensó después de haber hablado con Abygail y su tía Evelyn. Pero ahora ya no estaba tan segura. Había pensado que la reacción de Matt sería diferente. Tampoco es que estuviera esperando una declaración de amor o una petición formal de matrimonio, solo es que había creído que por lo menos le daría un beso.

Liz sonrió débilmente y con cierta incertidumbre mientras se encaminaba a la cabaña de madera que ahora estaba casi en el mismo lugar donde ellos habían hecho el amor la primera vez.

El lugar no tenía nada que ver con la cabaña que ella había habitado la noche que durmió en el Rancho Kent. Era más bien un lugar rústico, con una cama sencilla una mesa y un par de sillas.

– Recién me he mudado, – dijo él al notar la expresión que tenía Liz cuando miró el lugar. – siéntate.

Matt abrió una pequeña puerta al lado de la cama y sacó un par de camisas, le dio una a ella y se puso otra él.

– No entiendo que estás haciendo aquí y por qué saltaste al agua con todo y ropa – dijo él sin preámbulos – ¿Intentabas suicidarte?

– ¡No! Por supuesto que no – dijo ella apretando la tela de la camisa que él le había dado – creí que estabas en problemas... que te estabas ahogando – terminó ella en un susurro.

– ¿Y pensaste que la mejor forma de ayudarme era saltando sin haberte quitado las botas?

– No tuve tiempo para pensar – Liz no entendía por qué él seguía hablando de eso y no decía nada acerca de la disculpa que ella le había pedido.

Entonces lo entendió, ya era demasiado tarde. Liz puso la camisa sobre la mesa y acomodó la toalla húmeda en el respaldo de la silla.

– No quise importunarte, no debí haber venido – dijo ella saliendo de la cabaña.

Liz corrió el último tramo por que empezaba a sentir cómo las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos. Montó a Star que pastaba plácidamente en el lugar donde la había dejado sin atar y la espoleó para que saliera de ahí a todo galope.

Matt no reaccionó al instante, pudo moverse hasta que la puerta de madera golpeó su marco, sacándolo de su aturdimiento, entonces corrió tras ella, con el firme propósito de pedirle, de rogarle, que se quedara con él.

Pero fue tarde, al salir, ella ya se perdía entre los árboles que rodeaban el claro. Miró el sombrero que él le regalara tirado cerca de la orilla del lago y lo levantó. Supuso que había salido volando de su cabeza, al correr hacia el agua a tratar de salvarlo, y al hacer ese descubrimiento algo en su interior emergió de golpe. No podía ser mentira.

No podía ser mentira la disculpa que ella le pidió. Elizabeth era sincera. El hecho de que hubiese guardado con ella ese sombrero, lo demostraba.

Matt corrió hacia la parte de atrás de la cabaña y encendió la Ford F-100 color amarillo. Hacia un mes había terminado de repararla y ahora estaba como nueva. El problema era que no había un camino que lo sacara de ahí. Matt había hecho un sendero hacia un mes, pero ya había crecido demasiado follaje y los arbustos que había quitado ya pegaban en la transmisión del vehículo. Generalmente caminaba el tramo que lo separaba

del camino principal y de ahí, alguno de los trabajadores del Rancho Kent lo recogía para llevarlo.

Sabía que podía dañar la camioneta, pero no le importó. Introdujo el vehículo a toda velocidad por el camino lleno de arbustos y ramas, atropellando cuanta piedra o ramaje se interpusiera en su camino. Para cuando llegó a la parte del valle donde había camino, Liz ya no se veía.

Matt le pegó un golpe al volante de la Ford, se sentía frustrado, deseaba no haber hecho que ella se marchara.

Ella había ido a disculparse y en lugar de escucharla la había hecho sentirse tonta por haberse lanzado al agua a tratar de salvarlo. El idiota había sido él, por no haber entendido desde el principio lo que eso significaba.

Se bajó del vehículo, sin saber qué hacer, conociéndola, lo más seguro era que ya estuviera camino a Boston y que no quisiera volver a hablar con él. Dio un puntapié a la llanta y fue cuando escuchó el relincho de un animal.

Tenía que ser el de Elizabeth. No había otra opción. Y con ese pensamiento corrió entre los árboles, intentando seguir el ruido que se escuchaba cada vez más cerca. Miró a la yegua blanca pastando sola, la joven no se distinguía por ningún lado, así que se acercó al animal, temeroso de que a ella le hubiese pasado algo. Entonces la miró.

Estaba sentada al pie de un árbol con los brazos alrededor de las rodillas y el rostro enterrado en el hueco que quedaba entre sus antebrazos. Parecía una niña pequeña y perdida, entonces lo entendió. La amaba.

La amaba más de lo que había amado a las otras mujeres que había habido en su vida y sabía en lo profundo de su ser que aunque pasaran cien años ese sentimiento no iba a cambiar. Ya no importaba que ella fuera una niña caprichosa, mimada y solo interesada en el dinero.

Y si eso era lo que Elizabeth quería, él estaba dispuesto a poner toda su fortuna a los pies de ella, con la única condición de que estuvieran juntos

por siempre.

La abrazó así como estaba, sentada sobre las hojas secas de los árboles, haciendo que ella se sobresaltara. Cuando Liz levantó la vista, tenía los ojos rojos y las mejillas húmedas por el llanto.

– Gracias a Dios te he podido alcanzar – le dijo él quitándole el cabello del rostro y poniéndole sobre la cabeza el sombrero que había encontrado tirado a la orilla del lago – ¿Por qué saliste huyendo así? Pensé que habías ido a aclarar las cosas conmigo.

– Y así era, pero... – Matt no la dejó terminar la frase por que selló su boca con los labios.

Hacia tanto que ambos habían esperado ese beso que pronto se volvió hambriento. Había empezado suave, como una simple caricia, pero se había convertido en una necesidad de sentirse fundidos.

Sin embargo Matt necesitaba que quedaran claras las posiciones entre ellos, quería escucharla, saber que era lo que ella tenía que decir y también decirle todo lo que había pensado.

Que quería que se casaran y que si ella aceptaba y pasaba el resto de su vida junto a él, ella no tendría que trabajar jamás, le daría todo, viajes, joyas, autos, ropa y zapatos de diseñador, lo que ella necesitara para ser feliz. Pero la quería junto a él para siempre.

Y si ella necesita tenerlo por escrito, estaba dispuesto a firmarle un contrato que lo estipulara.

– Te amo – dijo ella y él se quedó helado.

Matt esperaba cualquier cosa excepto aquello. No podía creer que fuera cierto. Sabía que para ella, él solo era una cuenta de banco.

– Te amo – repitió – y por eso se me hizo insoportable la idea de que hubieses aceptado dinero de mi padre a cambio de casarte conmigo.

– Eso no fue así – dijo él desesperado – yo nunca acepté ni un centavo de tu padre, mucho menos por ti. Yo no te considero ganado.

– Ahora lo sé – respondió ella tomándole el rostro con las manos – hablé con tu madre y con mi tía, y ellas me explicaron que esa idea de hacer que nos conociéramos, fue idea de ellas. Y no es que planearan un matrimonio arreglado, simplemente es que nos conocen y sabían que nos sentiríamos atraídos el uno por el otro.

– ¿Entonces tu tampoco estabas de acuerdo con ese matrimonio?

– Por supuesto que no, ya te lo había dicho. Me rebelé contra esa idea nada más enterarme ¿Por qué crees que me vine a vivir a este lugar tan lejos de mi casa?

– Si te respondo, te vas a molestar conmigo – contestó Matt con una sonrisa de culpabilidad – ¿Entonces que fue todo lo que me dijiste en la trastienda la mañana que discutimos?

– Fue el intento de protegerse de una mujer enamorada que se sentía herida al creerse traicionada.

– Yo también te amo – dijo él – y no me importa que estés conmigo solo por dinero. Lo único que me interesa es que estés conmigo siempre.

– ¿No me escuchas? Tu dinero no me importa, te amo, y viviría feliz a tu lado aunque viviéramos en la cabaña del lago sin electricidad, sin estufa y sin una ducha decente.

Matt la apretó un poco más entre sus brazos y le besó apasionadamente.

– Es una gran noticia, pero no será necesario vivir ahí. Me mudé hace poco, porque ya no quería ver a nadie más. Pero si me aceptas, viviremos donde tú quieras, y en la casa que tu escojas.

Elizabeth sonrió, de verdad le gustaba la cabaña que él había levantado en el lago. Y estaba segura que ahí, vivirían felices, por que de

todos los lugares del mundo, ese claro a un lado del lago, era el único que ella sentía como su hogar.

– ¿Esto es real? – quiso saber ella,

– Mírame – pidió Matt tomándole el rostro entre las manos. – es tan real como el sol que brilla en el cielo, o el agua que aun escurre de tu cabello. Yo te amo, no debe caberte duda.

– ¿Y crees que funcione? – Liz bajó la mirada, sintiendo un terrible miedo a que aquello no fuera cierto – ¿Funcionará lo nuestro?

– Yo confío que sí. No debemos dar por sentado que todo saldrá bien siempre. Seguro habrá algunas diferencias entre nosotros, puesto que somos diferentes. Pero hablando, comunicándonos y sobre todo, amándonos y confiando el uno en el otro seguro siempre arreglaremos esas diferencias. Dime ¿Confías en mí?

Liz sonrió y lo miró directamente a los ojos, era feliz y claro que lo amaba y confiaba en él y Matt no necesitó respuesta. Sabía lo que el rostro de ella reflejaba, ambos sabían lo que el otro sentía y era maravilloso. Por fin habían encontrado el amor.

Ella se echó a sus brazos y le besó, para comprobar que aquello no era un sueño. Aquello era realidad. Matt y Liz se miraron a los ojos y sonrieron. Era un convenio implícito.

Él la ayudó a ponerse de pie, tomó a la yegua de la rienda y abrazó a la mujer que amaba. Caminaron juntos por el sendero entre los árboles, sabiendo que ese andar unidos era el inicio de la vida que les esperaba. Ya jamás estarían solos, ahora ambos se harían compañía, y era la mejor compañía del mundo.

Liz recapacitó. No era el lugar lo que la hacía sentirse en su hogar, era él. Su hogar era Matt. Hacía mucho que lo sabía, pero ahora estaba claro, Matthew Jefferson era su hogar y siempre lo sería, porque sabía que lo que ambos sentían era genuino y que iba a durar por mucho más tiempo que las grandes praderas de Oklahoma.

Eso era amor.

FIN

OceanofPDF.com